

César Vallejo

Artículos Olvidados

Primera Serie

PROLOGO DE LUIS ALBERTO SANCHEZ

Asociación Peruana por la Libertad de la Cultura

SERIE: LITERATURA E HISTORIA

Nº 4

LIMA - 1960

El Congreso por la Libertad de la Cultura es una asociación libre, que defiende la libertad como única atmósfera posible para que se desenvuelva la cultura.

Se fundó en 1950, en una reunión histórica, en que participaron altos representantes intelectuales del Mundo Libre. En 1951 se lanzó la primera declaración en Berlín, amenazado entonces por el totalitarismo soviético.

El Congreso por la Libertad de la Cultura carece de nexos gubernativos, y rechaza sistemáticamente toda cooperación de tipo oficial, venga de donde viniere. Tampoco acepta ninguna colusión, con regímenes dictatoriales o totalitarios, bajo los cuales es imposible el desarrollo de una cultura libre.

Se sustenta de sus propias cotizaciones y de donativos privados, provenientes en su casi totalidad de Fundaciones particulares. Sostiene Seminarios y Mesas Redondas, revistas y conversatorios. En castellano, su órgano principal es "Cuadernos"; en

62
CESAR VALLEJO

ARTICULOS OLVIDADOS

Prólogo de Luis Alberto Sánchez

Asociación Peruana por la Libertad de la Cultura

SERIE: LITERATURA E HISTORIA

Nº 4

LIMA - 1960

JUAN MEJIA BACA
Biblioteca

NOTICIA

César Vallejo salió del Perú a mediados de 1923: no regresó más. Había publicado ya en prensas peruanas, "Los Heraldos negros", "Trilce", "Escaleras melografiadas" y "Fabla salvaje". Esta última, breve ensayo de novela regional, salió semanas antes de la partida de su autor.

Sin embargo de la ausencia física, jamás fue interrumpido el diálogo del poeta con su gente. Ello se efectuó a través de colaboraciones periodísticas que Vallejo redactó para diarios y revistas de su tierra, y de que obtenía alguna retribución con que se ayudaba a completar su magro presupuesto mensual.

Dos son las fuentes principales de este aspecto de la producción vallejana: "Mundial" y "Variedades", ambos hebdomadarios, dirigidos el primero por Andrés A. Aramburú Salinas, y el segundo por Clemente Palma. Además, Vallejo colaboró en "El Norte" de Trujillo, dirigido por Antenor Orrego y Alcides Spelucín; en "El Comercio" de Lima, dirigido entonces por José Antonio Miró Quesada, y en "Amauta", dirigida por José Carlos Mariátegui.

Los honorarios por cada colaboración eran modestos, aunque, comparativamente con los actuales, algo apreciables. "Mundial", de la que formaba parte el autor de esta "Noticia", le abonaba veinte soles semanales, o sea ochenta y fracción al mes. Eso equivalía en aquella fecha a unos cuarenta dólares de los de buena ley, es decir, con un valor adquisitivo casi triple del actual. Eran como cuatrocientos francos mensuales, de los francos robustos de la época del ministerio Poincaré.

Vallejo debía escribir sobre temas "amenos": era la exigencia editorial. Lo hizo cumplidísimamente. Asombra

la agilidad con que se encara a los sucesos bulevarderos. En la misma época en que todavía privaba la crónica un tanto barroca al modo de Ventura García Calderón, o de una trivialidad mosqueteril, al modo de Enrique Gómez Carrillo, las de Vallejo se mantienen en un difícil equilibrio entre la noticia escueta y el comentario punzante. A menudo, sobretodo, a partir de fines de 1925, su estilo se vuelve más personal, y se atreve a monologar en voz alta, preguntándose y respondiéndose. Tienen esas páginas el acento patético de algunos de los poemas en prosa que forman parte de su libro póstumo "Poemas humanos", al que pusieron Raúl Porras, prólogo, y el autor de estas líneas, colofón.

Es curioso observar el estilo de Vallejo en estas páginas. Desde luego, abundan los galicismos y, más que eso, los términos franceses trasladados sin beneficio de comillas a taracear el texto castellano. Se advierte que Vallejo atraviesa un instante de duda entre el francés adviniente y el castellano celoso y raigal. La solución, no es recomendable, pero, sin duda, llena de agilidad y gracia. Si los puristas van a arrugar más aun el ceño, los no-puristas extenderán más la sonrisa, regocijadamente. Buena cosecha.

Las páginas que siguen han sido copiadas bajo la dirección del doctor Jorge Puccinelli, quien nos ha cedido el privilegio de usarlas, lo que hacemos en servicio de una causa tan alta como es la divulgación y conocimiento pleno de Vallejo, y sin ningún ánimo de lucro. La Institución patrocinante —la Asociación Peruana por la Libertad de la Cultura— no retiene para sí un solo centavo y, en cambio, pese a cualquier privilegio que pudiera otorgar la ley, observa rigurosamente las disposiciones habituales que, en defensa del autor, norman esta clase de empresas.

Sucesivamente iremos reimprimiendo —de reimpresión se trata— otros artículos y páginas éditas de Vallejo, con el propósito de prestar a sus innumerables admiradores un servicio, a la vez deleite e información, que ellos, de seguro, apreciarán como es debido.

L. A. S.

INDICE

	Pág.
La Exposición de Artes Decorativas	9
Guitry, Flammarion, Mangin, Pierre Louys	14
Crónica de París	19
La nueva generación de Francia	26
Los crímenes exóticos de la Medicina	33
El verano en Deauville	39
Lo que de mí ha hecho Decrefftt	45
La Danza del Leopardo	49
El Salón de Otoño de París	54
Del Barrio Negro a los Campos Elíseos	57
Entre Francia y España	61
Un gran libro de Clemenceau	65
Influencia del Vesubio en Mussolini	70
Las pirámides de Egipto	74
Una gran lucha entre Francia y Estados Unidos ...	78
La tumba bajo el Arco del Triunfo	82
Manuscritos inéditos de Descartes	87
El secreto de Toledo	92
La diplomacia directa de Briand	96
Los peligros del tennis	102
París renuncia a ser centro del mundo	106
La visita de los reyes de España a París	111
La revancha de los monos	116
La canonización de Poincaré	121
Montaigne sobre Shakespeare	126
La gran piedad de los escritores de Francia	130
El Salón del Automóvil de París	135
El crepúsculo de las águilas	139
El nuevo Renacimiento	143
La fiesta de las novias reales en París	147
Un gran descubrimiento científico	151
Ginebra y las pequeñas naciones	155
La muerte de Claude Monet	160
La justa distribución de las horas	164
Los premios literarios de Francia	168

	Pág.
Ultimos descubrimientos científicos	172
Una gran reunión latino-americana	175
La resurrección de la carne	179
Los ídolos de la vida contemporánea	183
Religiones de vanguardia	186
La revolución en la Opera de París	189
La inoculación del genio	192
Oriente y Occidente	195
Explicación de la guerra	198

LA EXPOSICION DE ARTES DECORATIVAS DE PARIS

Banquete a la Prensa Latino-Americana.— Los grandes acontecimientos: la guerra de 1914, la revolución rusa y la Exposición Internacional de París.— 200,000 visitantes diarios.— Campanas dadaístas.— Violines de los Cárpatos y cornamusas de Escocia. Las diez puertas simbólicas.— Teatro medioeval con triple escenario.— Afuera los cubistas...! El affaire Delaunay.— Máquinas para llorar.— La Walkiria y las princesas pálidas.— Corbatas para mujeres y corsets para hombres.— Los encajes de Mistinguette y de la Rubinstein.— Cinco bacarats para el "Gourmet".

(Especial para Mundial)

París, junio, de 1925.

M. Fernand Davis, Comisario General de la Exposición Internacional de París, ha querido agradecer a la Prensa Latinoamericana su propaganda en favor de la Exposición, obsequiando con un almuerzo a los periodistas transatlánticos, en el pabellón Armenonville del Bosque de Boloña. El señor Davis ha querido, al propio tiempo, recordarnos por medio de esta cortés demostración oficial, el deber de la prensa en orden a la propaganda de la Exposición, más allá de los mares.

Naturalmente. Esta Exposición Internacional de 1925 reviste una importancia indiscutible. Es un acontecimien-

to cultural que va a la zaga de la revolución rusa y de la guerra europea: por su contenido temático cosmopolita, por su alcance panorámico del arte, la ciencia y la industria modernas, por constituir, en fin, la más auténtica y ancha tabla de las inquietudes contemporáneas. La Exposición pone de manifiesto la vida y el espíritu de nuestra época en toda su carnación elíptica y cardíaca.

Cuando, después de haber experimentado tales emociones, abandonamos esa ciudad improvisada y fantástica, donde entre iluminaciones y murmullos inalámbricos, flamean las banderas de todos los países (por qué faltan ahí Alemania y América?), sentimos que nos come la boca por gritar, ante los absortos cielos, las ingentes grandezas de que son capaces los hombres de buena voluntad sobre la tierra. Así como los cañones de 1914 pregonaron la suma de ruina que es capaz de fraguar el hombre, cuando le encienden las furias del corazón, así ahora una rosa de mediodía "cuyo corazón atesora lágrimas de amor" como decía Samain; un ahumado cristal escandinavo, digno del fuerte acquavit de Stocolmo; una hebra de seda de Indochina, una campana dadaísta de las fundiciones del Africa del Norte, y aún la corrosiva cabeza de bronce de Lenin que se encorva en el Pabellón de Soviet, pregonan, justamente, ante el terrible Cuartel de los Inválidos, la suma de amor y perfección que es capaz de edificar el hombre cuando le encienden las Gracias el corazón.

La ceremonia oficial de la inauguración tuvo lugar el 28 de abril, aunque la mayor parte de los pabellones no estuviesen a la sazón terminados. A la inauguración asistió el Presidente de la República, rodeado de los miembros del Gobierno y del Cuerpo Diplomático. Después de cantar M. Frantz un solo emocionante de la "Marsellesa", sostenido por los coros de la Opera, y luego de ejecutar la orquesta de la Sociedad de los Conciertos del Conservatorio la obertura de "Patria" de Bizet, M. Fernand David dijo en el peristilo del Grand-Palais, donde se instaló el cortejo oficial, las siguientes palabras llenas de verdad.

"El fuego sagrado, —dijo— acabaría por apagarse, si las chispas del arte y del genio no vinieran a alimentarlo más. Contra semejante peligro, los hombres de fe y de buena voluntad han querido llevar a cabo esta Exposición. Todo cuanto ellas muestre a la admiración de los visitantes, aparecerá sellado por una inspiración nueva y por un esfuerzo sincero y apasionado hacia la belleza.

En este esfuerzo están íntimamente empeñados el artista que concibe la forma y el realizador que le da la

vida: asociación necesaria en la actual organización social y que ha de verificarse en nuestra Exposición, para que ella deje tras de sí resultados fecundos al Bien, en el dominio moral, y ambas cosas proceden de la misma nobleza de inspiración. No se trata solamente de servir una causa artística o económica; se trata de servir la evolución humana, toda entera, esto es, de mantener despierta en el corazón de todos, la preocupación del ideal...”.

Estas palabras concisas y sobrias expresan muy bien la vasta significación del acontecimiento que comentamos, en el cual no se excluye ninguna actividad cultural. El arte, la ciencia, la industria, con todos sus progresos, están ahí, visibles a los millones de visitantes que, en su mayor parte, son extranjeros venidos especialmente a ver este espectáculo, de todos los puntos de la tierra. La estadística oficial anuncia doscientos mil visitantes diarios. Durante todo el día, hasta la madrugada, se observa, aún bajo la terca lluvia de una primavera que no quiere calentar, océanos de cabezas humanas en los parterres, cascadas de cabezas humanas en las anchas graderías, y remolinos de cabezas, ya en torno de la estatua de la risa de Francia, ya al rededor de una fuente eslava, que lleva inscripciones sacadas de “Las almas muertas” de Gogol, ya en torno de un vago violín de los Cárpatos, en que toca algún peregrino, tormentosas tocatas comunistas... Las gentes suelen también detenerse, con no se qué entusiasmo inquietante, a contemplar el mausoleo, un poco constructivista y otro poco bizantino, de los héroes de la guerra cuyas cenizas no se sabe dónde reposan, si no es bajo el Arco del Triunfo... O se paran a respirar no menos pólvora estética, ante la escultura al fuego que representa “La Danza triunfal de Palas Atenea”.

La Exposición presenta el aspecto de una cruz inmensa. La Alameda central, que se abre entre el Grand-Palais y el Petit-Palais, atraviesa la encrucijada de las Naciones, se prolonga por el puente de Alejandro, sobre el que se ha edificado una doble galería de lujosas vitrinas de la moda parisiense, y va a desembocar en la Esplanada de los Inválidos, donde están reunidos los Pabellones del Arte Francés y las Grandes Galerías de la Exposición. El otro brazo de la cruz, que se extiende desde la Plaza de la Concordia hasta el Puente de Alma, presenta dos filas de Palacios y Pabellones: la una sobre la orilla derecha del Sena, ofrece la rica diversidad de los edificios extranjeros, y la otra, que ocupa la margen izquierda del río, es el dominio de las provincias francesas.

Diez pórticos brillantes tiene esta ciudad de magia, que los arquitectos André Ventre y Henri Favier han revestido de una novedosa superficie metálica, que les da el aspecto de una preciosa y colosal obra de ferretería.

Hace pocos días empezó a funcionar el caprichoso teatro edificado dentro de la Exposición para un ciclo de representaciones de autores y actores de todos los países. El teatro es de un estilo caprichoso, hemos dicho, porque tiene pretensiones muy modernas, pues, que recuerda la disposición escénica de flamante invención simultaneísta del teatro de Beauduint, y, por otro lado, se emparenta con el escenario medioeval. Otra exposición que acaba de abrirse en el local de la Opera para revelar la *mise en scène* antigua, nos viene a probar que hace ya siglos había teatros de tres escenarios, con un juego de cortinas dispuestas de tal manera que permitían utilizarlas parcial o simultáneamente.

A propósito de antigüedad. En general se advierte en la Exposición una estética verdaderamente moderna. Ningún asomo de la mitología greco-latina. Apenas tal o cual sirena en los estanques nórdicos del Pabellón de Dinamarca. Después, todo es muy moderno, es decir, "muy moderno y muy antiguo, audaz, cosmopolita". Lo que no quita que el otro día M. Paul Léon, Director de Bellas Artes, haya rechazado indignado unos dibujos cubistas de la Embajada Francesa, cuyo autor era Robert Delaunay. "Toda esta Exposición se debe a nosotros"— —alegó Delaunay, hablando en nombre de los cubistas. Pero los dibujos fueron sacados, y la prensa ha hecho un gran escándalo solidarizándose naturalmente con los buenos luzbeles de la paleta.

El propio Marinetti, que acaba de llegar de Roma para dirigir una exposición futurista en el Pabellón Italiano, dice que si no vuelve la tela de Delaunay a la Embajada Francesa, él, Marinetti se vuelve a Roma...

La Exposición de París! Una Babilonia adorable, perfumada de todos los refinamientos. Maravillas de hierro y movimiento, que hacen sonreír derechamente a los norteamericanos; concursos de horticultura, máquinas cinemáticas, descompuestas al infinito, y cuyos matices arrancan de los ojos del espectador lágrimas, no tanto de emoción, cuanto de imposición visual; temerarios dibujos ingleses, sobre motivos de "La Walkiria" de Wagner, que hacen palidecer de ilusión a las impúberes princesitas del boulevard Saint-Germain, endiabladas manufacturas de Lyon y de Beauvais, en que el encaje de seda pensativa, piensa

en Mistinguette o en el próximo viaje que Ida Rubinstein hará en aeroplano, para oír la lectura que, en la tranquila granja de Gardenia, va a dedicarle D'Annunzio, de una última tragedia de vírgenes o santos, que el poeta-soldado está escribiendo especialmente para ella.

La Exposición de París! El Pabellón de Pomona, en que florecen corbatas íntimas para mujeres y corsets deportivos para hombres: galerías todopoderosas de diamantes, cuyo dueño es el señor Citroën, cuyo tallador es el señor Tennolier y cuyo comprador no ha nacido todavía; pabellones de las lindas cañas místicas del Japón; mesas del "gourmet" y bandejas hebreas con los cinco cálices de vino...

Se baila, se navega en el Sena, se sueña en esta fiesta. ¿Epicureísmo? ¿y el Affaire Delaunay?... Y los aires quejumbrosos que los músicos escoceses del Cameron Highlanders, arrancan de sus hocas cornamusas?...

(Mundial, N° 266, 17 de Julio de 1925).

* Con esta interesantísima crónica sobre el gran acontecimiento mundial que constituye la maravillosa Exposición de Artes Decorativas, inaugurada en París, inicia su valiosa colaboración, el poeta peruano César Vallejo. No necesitamos hacer elogio de este positivo valor de la literatura nacional, que, como aquí, ha sabido triunfar en la babilónica Ciudad Luz.

Nuestros lectores apreciarán este esfuerzo de "Mundial" que envuelve el constante anhelo de mejorar siempre nuestra Revista.

GUITRY, FLAMMARION, MANGIN, PIERRE LOUYS...

Lucien Guitry en "On ne joue pas pour s'amuser".— El testamento de Flammarion y el corazón del astrónomo.— Moscú mandó envenenar a Mangin?— El Microbio de Rusia en todas partes.— La débacle del liberalismo.— Pierre Louys y el desnudo femenino.— "El crepúsculo de las ninfas" y el boycott del traje de baño.— De Afrodita a la garçonne; del templo de Astarté al Folies-Bérgères.

La Moda en la muerte, al par que en las mujeres y en los artistas, se hace cada día más caprichosa. Y dónde, si no en París. Monópolis incomparable, ha de lucir la Muerte sus maneras bizarras de maniquí irresistible? En París puede la Muerte aventurar cualquier ademán, su más estrafalario escorzo de gran seductora de corazones, y la airosa salida del más fino gusto femenino estará siempre de su parte. En qué lugar del mundo ha matado la muerte cuerpos de mayor colorido histórico y por medio de sangrías más pintorescas, distinguidas o canallas? Recordáis la muerte de los primeros galos en las remotas guerras de Aníbal? Recordáis, sobre todo, la muerte de aquella extraña hembra —mitad santa, mitad pastora— que solía aparecerse en las sombrías cámaras del Duque de Agnac, a espantar de la muerte principesca los torvos pensares devastadores de los Estados Llanos del manso Loire?... Sin ir tan lejos, supongo que no habréis olvi-

dado el cadalso de María Antonieta y del pobre rey bonachón y dieciseis. Y la muerte romántica de los millones de hombres en 1914?...

Pero si todo esto no fuese suficiente para dejar afirmada la caprichosa, mujeril y artística manera con que la Muerte sabe mostrarse en París, habrá que pensar en Lucien Guitry, en Camille Flammarion, en el General Mangin, en Pierre Louys y en el reloj-pulsera, que acaban de morir en París, todos ellos en el breve trozo de tiempo de veinte días. Yo le negaría el saludo a la Muerte, si fuese mi amiga; mejor dicho, si fuese mi amiga, me haría yo su amante por lo rara que es la Muerte, por lo mujer, por lo artista, por lo inclinada a las modas truculentas. Seducir y llevarse a cosas tan bellas y diversas, de una sola caída de ojos, de un solo rumor de joyas, de un solo plegamiento de manto...

Mas, deveras París está golpeado en el corazón por la muerte de Guitry, la máscara suprema del teatro francés y acaso mundial. Puede decirse que de todos estos muertos ilustres de veinte días, a Guitry le llora París más que a ninguno... Ya os veo sonreír con vuestra llaneza impresionable y piadosa. Sí. Por eso. Porque Guitry fue hombre decorativo en grado sumo, es decir, porque fue un ser de moda por excelencia. Los seres de teatro son seres de moda por excelencia, quieran o no quieran. Y la Muerte lo hizo suyo por eso, y porque seducir a quienes andan cerca de sus instintos peculiares, como el de la moda por ejemplo, es moda preferida de la Muerte.

Lucien Guitry, un encarnizado ser de traje! Vestía de todos los gustos y de todas las épocas: vestía de alumno del Conservatorio de París, y la línea del peinado estilo Tercera República, nunca llegó a borrarsele sino al venir de la madrugada, cuando volvía a su primer piso y arrojaba el sombrero como quien da vuelta el volante de una máquina para dormir su sueño de gran trágico dormido; calzó más tarde, en el viejo "Gymnase", el guante provincial de Armand Duval, para recoger el primer laurel de su carrera teatral; vistió de Misántropo, de Tartufo, en fin, interpretando como le vino en gana a Molière, en la Comedia Francesa, en el Odeón, en el Renaissance, en Londres, en San Petersburgo, en Nueva York... Guitry fue una estupenda máscara de estupendo traje. Su perfil poseía la maleabilidad de las láminas calientes. Hasta que un día empezó a representar "On ne joue pas pour s'amuser" de Sacha, y entonces empezó a morirse. "On ne joue pas pour s'amuser", tal fue la frase maliciosa de la Muerte a los oídos

de Guitry, una noche del pasado invierno, en tanto la sala del "Edouard VII" batía su pleno. Ay! "on ne joue pas pour s'amuser! On ne joue pas pour s'amuser", Lucien Guitry!...

A los cuatro días de Guitry, muere Camille Flammarion, el francés, cuyo nombre al decir de muchos, ha sido con los de Foch, Joffre y Clemenceau, de los más universales en los últimos tiempos. Sin duda será así. Porque sus estudios de las ciencias ocultas, su labor de vulgarización de la astronomía, son conocidos en todas partes. Cuatro espíritus de magia e inquietud han tenido sus citas extraterrestres con ese nombre sonoro y sinfónico, al rededor de la mesa litúrgica, en la hora de los astros y de los misterios... Flammarion resultaba una existencia nebulosa; acaso viva, acaso muerta, pero siempre nebulosa y presente en todas partes. A tal extremo sus ideas sobre la espiritualidad del hombre y de las cosas, poseen contagio poético y soplo de infinito.

Flammarion disfrutaba de la simpatía de todos los sistemas filosóficos de todos los hombres. "Yo me siento en estrecha afinidad con espíritus como el suyo", le decía Víctor Hugo, mientras, más tarde, el propio Albert Einstein, refiriéndose a "*La pluralidad de los mundos*", decía a un profesor de la Sorbona: "Flammarion ha comprendido y ha realizado como nadie el sentido social de la Ciencia". Porque el hurraño y simpático viejo del "*Haute-Marne*" supo jugar muy bien su rol de sabio clásico, a lo caldeo, realizando lo que quiere Oswald Spengler, es decir, popularizando la ciencia, evangelizando la palabra silenciosa y eterna de la conciencia cósmica. El mismo Einstein está dado a esta labor de socializar el conocimiento de laboratorio y difundir la cifra mística del telescopio, que acrece la belleza y hace dichoso a los hombres.

Flammarion, en este sentido, fue un obrero del amor. Hasta en la hora de su muerte, dijo con todo ese amor de sabio de su vida: "Quiero que mi corazón sea extraído de mi cuerpo y entregado al pueblo de mi nacimiento" Y he aquí que el día de sus funerales, un médico famoso de París susurraba al oído del señor Painlevé, jefe del Gobierno y matemático insigne:

—Dicen que del corazón de los antiguos astrónomos del Oriente, cuando morían, solía nacer una flor brillante y extraña de dos pétalos, la cual era conservada en un fino vaso de oro negro, junto al lecho de plumas de buho de los sátrapas; esa flor protegía la armonía y la paz en el imperio.

A lo que el señor Painlevé respondía sutilmente:

—En el corazón de este sabio francés debe estar contenida toda la sangre que derramaron los pueblos justos, en la guerra mayor de los tiempos”.

*

* *

Cuando hace pocos meses me ocupaba yo en traducir el último libro de Mangin, “*Au tour du Continent Latin*”, un amigo me decía: “Traducir a Mangin es el colmo!” Ayer ví a este amigo y, al comentar la actitud de la Academia Francesa, que acababa de conceder a Mangin, a título póstumo, el Gran Premio de Literatura de este año, en oposición a Camille Mauclair, le he dicho:

—Mangin no hacía literatura; Stendhal le habría amado. Mangin escribía por necesidad y no por esclavitud, que son dos cosas distintas. Mangin escribía por necesidad política. Prueba de ello es que se murmura que ha muerto envenenado por el Soviet, pues, era el soldado más grande de la Europa demócrata.

En efecto. El señor Maurras así lo ha dicho. De lo que resulta que el Soviet paga ahora todos los picantes. El complot de Sofía fue organizado por Moscú; se descubrió un proyecto de atentado contra Chamberlain en Londres, preparado por Moscú; en la guerra de Marruecos están las manos de Moscú; los nacionalistas de Montmartre cayeron al asalto de los agentes de Moscú; Moscú subleva a los kurdos contra Turquía... Menos mal para el Kremlin, que los comunistas se conducen con armas parecidas, por su parte. Cuando el General Mangin visitó América, le salieron al encuentro todos los muchachos imbuidos en la pasión de Lenin y le llamaron “sospechoso”, “el de Verdun”, etc. El liberalismo ha desaparecido. La Guerra continúa, más acerba y rencorosa. El gas asfixiante mana de la garganta de sangre de los apóstoles de nuevo cuño; la trinchera abrupta se encorva en el rijoso y calofriante terreno cuaternario del fascismo, expreso o disfrazado.

Lo único que queda de todas las teorías, es la siembra de pasión humana en uno u otro frente. Mangin será tan grande en su bando, como otros tantos héroes del Soviet. La historia no se sectariza ni se interesa por las ideologías. La historia pertenece a los grandes apasionados, llámense Platón o Epicuro, Kempis o Zaratustra, no importa la clase de sus ideas o morales.

*

* *

Justamente, cuando la primavera empezaba a calentar y cuando las mujeres empezaban a mostrarse más ligeras de ropas, ha muerto Pierre Louys, el pagano, el que con la publicación de su "*Afrodita*" puso de moda el desnudo exasperado. Pobre Pierre Louys! Quién le hubiera dicho que, precisamente, en sus días de fuego, de deseo y de azul, se apagaría su vida, tras de una lenta agonía, en que estaban ya apagados sus ojos para siempre. Pobre Pierre Louys, el de los muelles dorados de la dulce y moribunda Alejandría. A la noticia de su muerte, las mujeres habrán pensado en las tristes "*Chansons de Bilitis*", y los hombres en el doloroso "*Crepúsculo de las ninfas*". Trés parisien, Pierre Louys! Tanto, que, a la noticia de su muerte y al empezar las mañanas de sol y de esperanza, las ediciones de sus obras han volado de las lujosas librerías, como por ensalmo. Porque Pierre Louys está en el ambiente de París, en los caros y profundos instintos de esta raza de faunos de bronce y de Dianas inmóviles de mármol. Antes que griego, francés; antes que pagano, artista.

Ese libro "*Afrodita*", que no necesitó de la Academia de François Coppée para ganar la gloria, puesto que de golpe voló a toda su escabrosa castidad, que parece escrito después de la guerra, después del sport americano y después de la poesía de Henri de Montherlant. De aquí que su influencia y actualidad se ha constatado en nuestros días, más que en ninguna otra época. Chrysis está en la garçonne; el templo de Astarté está en el Folies-Bérgers. Y ¿no será acaso "*Afrodita*" la causa de esta desatentada e incontenible simplificación de las modas de la mujer, que ha llegado hasta dar por tierra con el batik a lo cowboy o a lo apache, con la sombrilla japonesa, con el traje de baño, y aún con el inocente reloj-pulsera?... Todavía más, no será acaso "*Afrodita*" la causa de que las mujeres prefieran ahora pintarse el rostro, con amaranillo y ópera, entre todos los colores?... Al menos, así lo están insinuando los modistos y los periodistas.

De todos modos, ese libro enseña a desnudarse cuerpo y alma.

(Mundial, Nº 267, 24 de Julio de 1925).

CRONICA DE PARIS

Hay Liberalismo y liberalismo.— La nueva filosofía.— Un sol por quince horas de trabajo en Shan-Ghai.— Golpe comunista a la Legación de la China en París.— Plausibles apóstrofes de León Daudet.— Sheherazada en el Grand-Palais.— Las sandalias están de moda.— Los ojos le decían a la Muerte: Basta!— Misteriosas amenazas a la Policía del Sena.— Mil francos por una butaca de teatro y dos mil artistas en una escalera.— La Torre de Eiffel es alquilada a Citroën.— Consuelo metafísico de Pascal.— El jabón "Cadum" entre las quimeras de Nôtre-Dame.— Para investigar la paternidad.— Introducción del método socrático a la crónica.— El viaje del explorador Amundsen al Polo Norte.

Liberalismo, dije en mi crónica anterior. Desde cuándo existe semejante filosofía? Desde la Enciclopedia? Desde Lutero? Desde Pico de la Mirandola? Desde cuándo? No será, por cierto, desde las filosofías orientales, por sabias que ellas fuesen e inspiradas en la unidad sintética, pues, antes bien, las filosofías orientales, de Confucio a Zoroastro, derramaban sabiduría, por todo lo contrario, es decir, por su intolerancia, por su dogmatismo despótico, por su sagrada pasión sectarizante, por su maravillosa xenofobia hacia los otros hombres y hacia los otros sentimientos.

Leyendo los "Soliloquios" de San Agustín, puede cogerse el hilo del liberalismo religioso que parece arrancar desde el terrible puñetazo que Jesús quería para la otra mejilla. Pero, en verdad, el hilo viene desde más lejos, desde Budha. Sólo que tanto en el Señor de la manse-dumbre como en el Maestro de la caridad, el liberalismo vocea requerir palmas fuertes, fuertes espíritus, que reclaman y reciben el alegato o el lanzazo contrario, con la virtud sonora de la bóveda: devolviéndolo. Liberales son, pues, los poderosos de corazón; liberales, en el sentido puro y constructivo del vocablo, son los que andan muy cerca de la serenidad.

Pero ese liberalismo religioso, al hacerse político y caminar de la Bastilla a Versalles, y saltar de tribuna a tribuna en los Estados Generales, volvióse plebeyo, magro, retórico y lo que fue modo firme, de firme sustancia moral, se hace cobarde expediente de vacuna debilidad. En todas las democracias, desde 1789 hasta hoy, los partidos políticos llamados liberales, son dentaduras de enfermos que sonrían. Ultimamente, este seudo liberalismo, esta melosa y mujeril tolerancia, sin contenido alguno de afirmación vital, que tenían en sus manos los gobiernos de casi todos los países europeos hacia 1914, fue la que auspicó y precipitó la guerra.

Tienen razón los nuevos escritores del mundo, que en estos momentos marchan contra el liberalismo político, tronco de todos los torcidos horizontes. Semejante reacción respaldada está de un principio protoplasmático de continuación histórica. Abajo los liberales! Más pasión selectiva; más intolerancia, mayor fuerza centrífuga. No basta decir: mi idea es buena. Menester intolerable. El liberalismo verdadero, alto, religioso, vital, no significa una moral defensiva o de frío eclecticismo, sino un temperamento ofensivo, pungente, que logra convertir, en la fragua interior, lo contrario y adverso, en elemento de gran amplificación de sí mismo.

*

* *

La juventud intelectual de la China, que por miles estudia en la Sorbonne, se ha unido a los obreros chinos y ha dado un golpe de fuerza a la Legación de su país en Francia, para arrancarle documentos que pueden utilizar los huelguistas de Shan-Ghai. El gobierno tembloroso y

vacilante del señor Painlevé, se sobresalta. Moscú! Moscú! Se hacen pesquisas; se arresta a los culpables y se exigen declaraciones al jefe de ellos. Yen Tchoung Sien, director de periódicos de propaganda comunista tales como "*Ciel Rouge*" y "*Rayon Rouge*". Los republicanos del centro y de todas las salas, se agitan y dirigen miradas consultivas al señor León Daudet:

—Qué le parece, señor Daudet! — parecen interrogar izquierdas y derechas francesas, esperando que el recalitrante realista les dé una mecha encendida, con estos apóstrofes hermosos, tan hermosos que es como no decir nada, o como decir halagos refinados.

—Fuego a los chinos de Francia! Bandidos! Traidores! Cobardes! Ladrones! etc., etc.

Porque el señor Daudet es muy enojadizo.

Aunque, por otro lado, en Shan-Ghai existen fábricas inglesas y francesas de hilados, donde trabajan día y noche, bajo las banderas de Francia y de Inglaterra, hombres, mujeres y niños chinos, con salarios de dos chelines, ocho peniques y dos peniques por jornadas de quince horas. Sí, señores. Y sin ley de accidente de trabajo, ni seguro, ni nada.

Mientras los pobres estudiantes chinos se reunían en algún secreto departamento de la rue de L'Ecole de Médecine, en el Barrio Latino, para fraguar su golpe reivindicacionista, he aquí que en casa de los duques de Rouen, de los condes Greffulhe, de los marqueses de Malayessie, de los príncipes de Murat, de los barones de la Motte, del heredero de Suecia, del Maharajah de Khapurthala, de los señores de Rothschild, discutían las lindas mujeres elegantes sobre las sorpresas y las nuevas revelaciones que los modistos de París lanzarían en la fiesta de la Nuit du Grand Palais. Junto al bronce "*L'homme au nez cassé*" de Rodin, decía una Princesa, un poco entrada en años, en tanto acariciaba a un irritado perro de Brie, que no la dejaba hablar:

—Gellé prepara un calzado en oro brasilero, de piel de cocodrilo y gamo, en un trenzado absolutamente esquemático, a dos o tres correhuelas, a manera de la sandalia griega.

—Yo esperaré ver los dibujos de Les Sieyeux para los comienzos del verano —aducía una hija de banquero—; me los han ofrecido para el 16... Si la fiesta es justamente el 16... No importa. Los esclavos de la moda no somos los que vestimos, sino los costureros... Y los maniqués... Y los enamorados!

Luego vino la gran fiesta. Y mientras los obreros chinos, aguantando a la policía, se reunían por última vez, en un hotel de los alrededores de Luxemburgo, para sellar sus acuerdos de rebelión, he aquí que entraban al Grand Palais las mujeres bonitas, los hombres del gran mundo, los artistas felices, los escritores afortunados, los ricos extranjeros, los títulos nobiliarios...

Y, una vez en la sala refulgente y dorada, unos evocaban a Scheherazada, otros a Doniazada y quiénes al Sultán melancólico de la noche postrera. Y entonces empezaron a desfilar los heraldos magníficos anunciando las maravillas que iban a aparecer. Y desfiló el cortejo de la moda, derecha, al sesgo, espasmódica, a los sones de "Scheherazada" de Korsakoff; el cortejo de los adornos y piedras preciosas, con un gran diamante al centro, anguloso, cejudo, digno de un dedo mutilado. Desfiló el cortejo de gestos y ademanes de artistas famosos, en trajes de tipo del teatro de Molière; el cortejo del Baile de los Bailes, el deslumbrante "Arcoiris", formado de encajes y dibujos de las más importantes casas de costura de París; y luego, el cortejo de tipos del teatro de D'Annunzio, a los sones de las "Sirenas" de Debussy... Mistinguette, Ida Rubinstein, etc. Los ojos, posesos de la luz y de línea, le dijeron a la Muerte: Basta!

Mas a mitad de tan soberbio espectáculo, alguien vino y susurró apresuradamente algunas palabras al oído del señor Morán, Prefecto de París... Ya, desde hacía días, hubo anónimos, panfletos, amenazas misteriosas en torno a la fiesta del Grand-Palais. Se dieron órdenes oficiales. Revelaron señales de inquietud. Brigadas de agentes y secciones de bomberos fueron movilizadas al instante. El calofrío misterioso penetró hasta la gran escalera, escenario de la espléndida fiesta. En ese momento tenía lugar la "Entrada de los Clowns", a los sones pintorescos del "Carnaval" de Berlioz. La risa quedó entonces amarrada entre dos muecas geniales de los Fratellini, que se tornaron trémulos de efectiva zozobra.

Al día siguiente se ha murmurado tantas cosas tremebundas: "Los bolcheviques iban a arrojar una bomba, como en Sofía, protestando contra tan insultante orgía de dinero y de lujo". "Iba a producirse un incendio de todo el palacio como la vez pasada, en el Bazar de la Caridad..." "La gran escalera iba a desplomarse bajo el peso de los innumerables artistas... etc.

Total: 600 mil francos de entradas. Una miseria!

Por mucho que cada butaca costaba mil francos y que tomasen parte en el desfile dos mil artistas de París.

—Fiesta de réclame comercial para las casas de modas, — rezongan los fotofóbicos.

Pero, en materia de réclame, no hay para los norteamericanos. Por más que el señor Citroën quiera competirles, no lo conseguirá. El gran rival de Ford acaba de celebrar un contrato con el Municipio de París, para iluminar la Torre de Eiffel con su nombre, es decir, con el de Citroën.

Los periodistas, los poetas (que no sean Montherlant, o Geo Charles), los filósofos espiritualistas, que todavía los hay en Francia, han puesto el grito en el cielo: "No faltaba más. El nombre de Citroën en el mástil de la torre más alta del mundo! Ahí donde debiera estar el nombre de Dios!". "Petulancia, ha clamado el señor Maurice de Waleffe, entre espumarajos. Va a ser una nueva Babel. Dios lanzará su castigo; se confundirán los linderos de las naciones, más de lo que están, ya que las lenguas se hallan ya harto confundidas. Ni ese bárbaro de Ford se ha atrevido a poner su nombre en las iluminaciones de la catarata del Niágara..."

—Pero; si es solamente por el tiempo que dure la exposición de Artes Decorativas, —arguye el señor Citroën;— y para dar mejor vista a la ciudad por la noche...

—No, señor! Ni por una sola noche. El tiempo no cuenta en ciertos casos. La profanación no quiere sino una sola vez, como en los adulterios y en el huevo de Colón... Así, pues, ese contrato es nulo.

Mas, a pesar de las protestas, todo hace creer que el nombre de Citroën resplandecerá en el asta de la magnífica torre, para consuelo metafísico de Pascal, pálido aficionado a las alturas, y para venta de automóviles en serie.

Y lo peor de todo es que el ejemplo cundirá entre los competidores. No habrá ninguna razón para negarle a "Cadum" que coloque su famoso anuncio de jabón entre las quimeras de Nôtre-Dame. Las píldoras Pink clavarán su bandera en la terraza del Arco del Triunfo. Cook iluminará el Obelisco de la Concordia, etc.

*

* *

Cada loco con su tema. Los industriales con los réclames y los fisiólogos con los dedos.

Acaba de descubrirse un infalible procedimiento para investigar la paternidad. Los legisladores y los jueces deben estar de plácemes el derecho civil garantizado y las mujeres ya no tendrán que alegar tanto para resolver ese problema que, en verdad, no lo es, pero que a menudo suele complicarse de manera harto inextricable y escabroso. El procedimiento es sencillo: una simple comparación de señales digitales entre el hijo y el padre posible.

Queréis una muestra de la crónica moderna y parisense, rápida, insinuante, cinemática? Allá os envío una sacada de *Paris-Midi*.

“DE MEDIODIA A MEDIODIA”

“Quién ganará el Gran Premio, “Belfonds” o “Chubasco”? El señor León Daudet será elegido Senador en el Maine-et-Loire, o su contrincante, el señor Villeneau? Las muchachas que irán a Magic-City, encontrarán novio en la feria, o volverán solteras? Los tenedores de bonos están contentos por sus economías del empréstito estipulado en oro, o no están satisfechos? El Mariscal Joffre recobrará su cédula celeste o ella está perdida para siempre?

“La Comisión Parlamentaria, de retorno de Marruecos, hará un viaje o tropezará con occidentes? El cadáver descubierto en la floresta de Senart, será identificado o quedará anónimo? El señor Painlevé, después de una semana tan recargada, pronunciará realmente hoy dos discursos de Versalles y en Sena, o dirá dos veces el mismo discurso?

“Las salvas de artillería que lanzarán las niñas y las señoras de Beauvais en honor de Juana Machete, crepitarán o harán un fuego largo? El franco va a subir o bajar?

“Hay que llevar el bastón o el paragua?

“Cuántas incógnitas en un solo día!

PIERRE AUDIAT”.

Verdad que esto significa la introducción del método socrático en la crónica periodística? Aunque la factura de la muestra, habla más bien de un tono de oráculo popular.

Por otro lado, nuestra época es eminentemente interrogativa. Todo es problemático; todo es una incógnita. Vivimos entre problemas angustiosos, innumerables, acaso

insolubles muchos de ellos. Tal es la resonancia de la guerra.

El gran explorador Noruego Roald Amundsen, vino a darnos hace pocos días otro motivo de interrogación. Una buena mañana tomó un avión en Peary, y siguiendo una de las direcciones de la aguja magnética, fue a perderse entre las nieblas polares del norte. Pasaron los días y los días y el silencio se hizo absoluto tras de las bravas hélices. Entonces surgieron mil preguntas: "Habrá muerto de frío?... Habrá sufrido una caída y las focas melancólicas llorarán junto a sus restos de héroe? Le habrán devorado los monstruosos animales que, como las vírgenes feas tienen dos corazones y de los cuales nos habla Conan Doyle?... Se lo habrá tragado otro Malstron de Poe?... Habrá llegado al mismo rabo de la tierra y allí habrá sido coronado emperador de meridianos y paralelos?... Irá a salir, a lo mejor, por abajo, es decir, por el Polo Antártico? Habrá descubierto otra América, como Colón?..."

Fueron de todas partes en su socorro. Y en una tarde gris volvió el explorador, por vía marina. No le había sucedido nada. Mejor dicho, la había sucedido la tragedia de no sucederle nada.

Mundial N° 270, 14 de Agosto de 1925.

LA NUEVA GENERACION DE FRANCIA

Candente batalla contra el pasado.— La víctima de los surrealistas: Madame Rachilde.— Ladrones que roban cantando la Internacional.— Luigi Pirandello en el Teatro Eduardo VII.— La crisis de la habitación da lugar a la desaparición del lecho conyugal.— La soltería del Presidente Doumergue y la elección de la Reina de Francia.— Epitalamio inédito de Barbey d'Aurevilly.

Sabido es que entre los poetas simbolistas, Saint-Pol-Roux fue, a su hora, el más rojo y atrevido de todos. Mallarmé era el jefe, por su rol teorizante de la escuela, pero Saint-Pol-Roux, por su acendrada práctica de la estética simbolista, llevada por él a sus extremas consecuencias, y por su existencia retirada, de lirón soñador, incontaminada de toda realidad circunstancial, era el tipo representativo y palpitante de los poetas simbolistas. Su desconexión con la vida social y común de las gentes, le arrastró hasta las soledades de Camaret, lejos de París y del Mundo, y ahí plantó su zahareña pila de mil casas, su rascacielo lírico, en una zurda Nueva York de montes y silencio. En la soledad de Camaret ha estado Saint-Pol-Roux, insepulto y horizontal de olvido, durante años y años. Murió el simbolismo, murió el seo-simbolismo, vino la guerra, nació el cubismo, murió Apollinaire y él seguía como muerto; vino la Paz de Versalles y nació el dadaísmo, y él seguía en el olvido; Barrés murió y nació el suprarrealismo, y él seguía en Camaret.

Un día, "Les Nouvelles Littéraires" trajeron su tercera página cocida a grandes hilvanes con esta rúbrica que iba de hombro a hombro de la página: "*Homenaje a Saint-Pol-Roux*". Y, entre truenos y relámpagos, encendió su tercer día, el olvidado, entrando a París, no ya a lomo de asno bíblico, sino en un tren del Norte. Los truenos reventaban por el lado de los suprarrealistas y los relámpagos zeteaban en las señas enigmáticas que se hacían los demás mortales. "Saint-Pol-Roux" —dijeron los suprarrealistas en su homenaje al aeda simbolista—, fue nuestro Precursor y el único de entre los viejos, al que podemos llamar Maestro. Todos los demás han sido unos imbéciles!"

Pues, sucede que estos suprarrealistas, como buenos sobrinos de Dadá, le han heredado la afición al escándalo. Quieren imponerse a puñetazos. En el simpático teatro de vanguardia "Vieux-Colombier", acaban de armar la de San Quintín, quebrando sillas, echando sangre, injuriando, descorriendo todas las cortinas y los rabos, a fin de llamar la atención y sublevar a la Prudencia bípeda y al bípedo Equilibrio.

Por mal de sus culpas, los hombres de Letras ponderados, los correctos chalecos de la lira, académicos, escritores maduros, muchos que han llegado y otros que ya van a llegar, todos ellos antiguos compañeros del Precursor Saint-Pol-Roux, decidieron banquetearle en el famoso café de "La Closerie des Lilas". Entonces los muchachos malcriados también fueron allí. Al primer plato, empezaron a hacer, como en el colegio, un ruido de tormenta con los pies; al segundo, hicieron un moscón más amenazador; al tercero; llovieron los gritos y los insultos, y al cuarto, vino la policía. "Burgueses! Idiotas! Cobardes! Ladrones!"... Los suprarrealistas acusaban a las viejas generaciones y el ataque se hizo hasta personal y por las vías del hecho.

—Yo vengo navegando desde Camaret, —exclamó Saint-Pol-Roux, tratando de hacer la paz—, y a mi bordo soy el único capitán! Señores, continúa la sesión... Yo tengo amigos en uno y otro bando!

Fue peor. La víctima propiciatoria fue Madame Rachilde. La pobre señora de Vallete se defendió como pudo. Cuentan —yo estaba en los bajos y el banquete era en los altos— que a "Monsieur Venus" o "Nueva Elena", como llaman ciertos periódicos a Madame Rachilde, le arrancaron los cabellos, la arrojaron de la mesa, la amenazaron de muerte y le dijeron que tenía setenta años...

Pero eso no fue todo. Los rebeldes hicieron una cosa terrible, pavorosa, y yo no sé cómo no fueron linchados por acción popular. Figúrense Uds. lo que hicieron: se metieron con la patria. "Abajo Francia! Viva Alemania! Viva Abd-el-Karim! El Riff para los rifeños!"...

Bueno! Hacer estas cosas en París! A quién se le ocurre! En París, en Francia, cuyo espíritu religioso, si aún lo tiene, ha dejado de fundarse en Dios, para fundarse en la Patria. El último baluarte del nacionalismo, señores comunistas de todos los climas, será Francia. En todas partes se puede temer el contagio comunista; pero creer que Francia va a adoptar algún día el sistema comunista... Primero desaparece el suelo francés!

Los periódicos, las instituciones, las esferas oficiales, los círculos artísticos y literarios, París en masa ha sido estremecido por la actitud insólita de esos malcriados. A Madame Rachilde podían hacerle todo; pero a la Patria!...

—Pero si el escritor en el que más se encarna la patria francesa, —me argumentaba un librero de la Avenida del Observatorio—, es justamente Madame Rachilde. Al ofenderla, pues, a ella, ofendían a la misma Francia.

Yo no supe qué responderle.

—Y por qué la saña contra Madame Rachilde? —continuó mi interlocutor— Será porque el "*Mercure de France*" sintetiza y representa actualmente la tradición de la literatura francesa?... Tampoco supe qué contestarle por miedo a que se me escapase alguna palabra inconveniente. Tratándose de la patria, en Francia, toda discreción es siempre oportuna.

De la "Closerie" salieron varios presos y contusos.

Al día siguiente, "*Le Fígaro*" publica un manifiesto con este título: "Los intelectuales al lado de la patria", que lleva la firma de numerosos sabios y escritores. La Sociedad de Gentes de Letras que preside M. Georges Lecomte, de la Academia Francesa, ha votado la siguiente orden del día: "El Comité de la Sociedad de Gentes de Letras, indignado por los acontecimientos ocurridos en un banquete literario, condena la conducta escandalosa de algunos asistentes, que han insultado a una mujer de letras, Madame Rachilde, y que han gritado: ¡Abajo Francia!". De otro lado, la Asociación de los Escritores Combatientes publica la protesta que sigue: "Vivamente impresionado por la innoble agresión que desde el principio de un banquete literario y al grito de "Abajo Francia", ha ejercitado un puñado de cobardes contra una mujer de

letras, el Comité de los Escritores Combatientes declaró su desprecio público a los autores de esa manifestación premeditada que, por la repercusión que ella ha tenido, constituye una injuria al pensamiento francés y un ultraje a todos aquellos que han combatido o han muerto por él”.

Vaya una semana de inauditas sorpresas. Diríase que ya nada se teme ni se respeta nada. No sabemos si esto es desvergüenza y descaró, o sinceridad salvaje. De todas maneras ello es que vienen días sin ambajes ni moderación alguna. A las cosas se las llama por sus nombres y lo que en un momento se piensa se dice, aunque venga el cadalso. Nótese, además, que la política lo invade todo. Los literatos obran en la política internacional y en forma traumática. Los ladrones y necesitados obran también por imperativos de política social, y también en forma traumática, como van ustedes a verlo.

En un tribunal de Amiens se acaba de juzgar a una banda de ladrones que en 1924 y 1925 han cometido veinte robos calificados, acompañados de agresión a mano armada. Los debates judiciales han dado lugar a vivos incidentes, de gran sintomatismo moral. El jefe de la banda, llamado Thimpont León, insultó a los jueces en plena audiencia y declaró varias veces no lamentar absolutamente los crímenes cometidos. Al terminar la audiencia, León entonó un himno de revolución social. Los otros acusados hicieron cosa parecida. Cantando la Internacional entraron en la audiencia y expusieron que todo lo habían hecho en nombre de un sentimiento de Justicia social, puesto que eran pobres y no tenían trabajo. Naturalmente, el tribunal ha condenado a León a 7 años de trabajos forzados y a los otros a diversas prisiones.

Esos no hicieron lo que hizo el otro, que una tarde, en una de las calles que rodean “Sacre-Coeur”, en Montmartre, aprovechando la ausencia de los dueños de un departamento, forzó la puerta, penetró en él e hizo de las suyas. Cuando volvió el dueño, encontró al intruso, sentado a la mesa del comedor, haciendo los honores a un sabroso rosbif con berros.

—No se alarme usted, —dijo tranquilamente el comensal al dueño de la casa—. No he venido a robarle. He tenido hambre y sólo he entrado a comer algo. No se alarme usted. En cuanto acabe de comer, me marchó.

El dueño de la casa, convencido de la verdad de las palabras que acababa de oír, y apiadado en su corazón, le sirvió vino, le dejó que terminase su rosbif y, al mar-

chase el extraño visitante, le estrechó la mano diciéndole en un giro muy campechano y parisiense.

—Hasta luego, mi viejo.

Bulladas cosas en política y en moral. Bulladas cosa ha sido también, en la vida teatral de París, la llegada de Luigi Pirandello y de su compañía de Teatro de arte de Roma, en la que figuran tan egregios comediantes como Ruggero Ruggeri, Lamberto Picasso y Marta Abba...

Por varias razones, esta temporada de Pirandello será el acontecimiento más notable de la escena francesa en 1925. Primeramente, porque la crítica considera a Pirandello, como el más grande dramaturgo del mundo en este instante, y, luego, porque su compañía trae una *mise en scene* original, nueva, arreglada bajo la dirección del propio Pirandello y que, según teníamos noticias, constituía un magnífico complemento de sus magníficas obras.

París ansiaba ver, sobre todo, "*Seis personajes en busca de autor*", montado en escena según el pensamiento integral del autor. Se nos había dicho que el aparato escénico de esta comedia en particular, era una maravilla y del todo diferente a lo que se ha hecho sobre la misma obra en París y en las otras capitales europeas.

En efecto. Eso está muy bien. En otra ocasión he escrito ya muy extraños comentarios en torno al teatro pirandelliano, a base de las representaciones del año pasado, por la troupe de Jacques Hébertot, en que figuraban los incomparables Pitoeff. Hoy solamente podría hacer notar un hecho, que ya antes he advertido, y que hoy, ante las representaciones dirigidas por el mismo Pirandello, se me aparece más claro y elocuente. "*Seis personajes en busca de autor*", la comedia más valiosa de Pirandello plantea la crisis del teatro contemporáneo. Es menester advertir que en dicha comedia la situación dramática sustancial consiste por entero en la oposición insoluble que hay entre la verdad estética de la vida y la verdad estética del tablado. Eso es todo. Lo demás es secundario. Luigi Pirandello, así parece darlo a entender con el interesante artículo que con el título "*Seis personajes en busca de autor*", publica hoy en la "*Revue de Paris*".

Las otras obras de Pirandello, tales como "*Enrique IV*" y "*Cada uno en su rol*", pertenecen a una técnica teatral corriente, tradicional. ¿No alcanzará Pirandello a darnos más tarde una obra diversa de todas las que ha hecho hasta ahora y que, resolviendo las nuevas exigencias y oscuros enunciados estéticos que se perfilan en los

“Seis personajes”, venga a revelarnos un arte nuevo en literatura? Por lo pronto, me parece que las gentes y los críticos oficiales sacan su entusiasmo de los resortes baratos del aparato escénico, es decir, de lo que tiene de truco el movimiento de actores y personajes de la famosa comedia.

Y los trucos, como los muebles, pasan de moda, los unos al ser descubiertos y los otros también descubiertos lo que tienen de excesivamente superfluo o de pleonasma.

Tal se quejaba el otro día la delicada Blanche Vogt en una de las espirituales notas de “*L’Intrant*” de que los honestos ciudadanos de hoy están desterrando poco a poco la cama, de la batería mobiliaria. Blanche Vogt encuentra que tal destierro proviene de la crisis de la habitación. Como es difícil disfrutar de dormitorio, se hace de una sola pieza, una especie de “salón-escritorio-sala de fumar-comedor”, donde uno también se acuesta. El lecho es reemplazado así por un *sommier* completado por un colchón y cubierto de un brocado más o menos fastuoso. Esta combinación mobiliaria toma el nombre de diván y todo el mundo se sienta en él. Y Mlle. Vogt expresa sus nostalgias: “Antes, dice, un lecho nos veía nacer y nos veía morir. Me es ahora difícil imaginar una nueva mamá haciendo su convalecencia del dolor de dar a luz, nada menos que sobre un diván. Quizás porque la gente se divorcia tanto y porque no se tiene hijos, es que ya no se toma en serio la cama conyugal”...

Yo no digo nada. Tántas cosas he visto en sueños!...

Pero si falta el lecho conyugal, no quiere decir esto que el amor y las mujeres no lleven a los hombres cada día más fuera de sí. París es ante todo la ciudad de las mujeres bonitas y del amor multánime: frívolo y versátil como el amor de los dioses y profundo duradero como el amor de los hombres. Las formas del amor y de hacer el amor? En París son múltiples. Se ama a las mujeres a las heroínas de la pantalla, a los maniqués, a las estatuas, a las princesas, a las midinettes. Ni el sexo influye en el amor en París.

La belleza y sólo la belleza. Corydónica como en André Gide, garconnida como en Margueritte, misógina y literaria como en el Bosque de Boulogne, bajo la luna de julio. La belleza y sólo la belleza, como en la antigua Hélade.

Las muchachas más bonitas de las provincias de Francia, acaban de estar en París en calidad de reinas. Reina de Bretaña, Reina de Normandía, Reina de Aquitania, Rei-

na de Anjou, Reina de la Isla de Francia. Su presencia ha dado lugar a grandes fiestas. De entre ellas se eligió a Mlle. Adeline Basso, Reina de las Reinas, es decir, Reina de Francia, y su coronación solemne ha tenido lugar, bajo la presencia de M. Pierre de Nolac, de la Academia Francesa, en pleno jardín de las Tullerías, tal como si no fuese de engaños y como si viviéramos en el siglo de María de Médicis.

No falta quien haya hecho una fuga de lógica deliciosa. Una Reina de Francia? El señor Gastón Doumergue, Presidente de la República, es soltero!... No será posible un matrimonio en que la democracia y la monarquía se fundan para siempre, en una boda única y definitiva en la historia?...

Y digno de tan fausto y escabroso matrimonio podría ser un epitalamio, mitad salomónico y mitad victorhuguesco, un arduo epitalamio a lo Barbey d'Aurevilly. Se podría hallarlo posiblemente entre los excelsos manuscritos del gran Condestable de las Letras, cuyo museo acaba de ser inaugurado en Saint-Sauver-le Vicomte.

Mundial, Nº 273, 4 de Setiembre de 1925.

LOS CRIMENES EXOTICOS DE LA MEDICINA

*Nuevo concepto científico del milagro.—
Importantes opiniones del doctor Biot.—
Egoísmo e individualismo.— Una carta de
Napoleón Bonaparte a los 14 años.— En-
cuesta sobre el amor y sobre el matrimo-
nio.— La última moda femenina: las cade-
ras anchas.— Influencia de la estampilla
de correo sobre la mentalidad.— Los pre-
mios de Arte de Roma.*

No se apaga todavía en París la impresión causada hace algunos meses por el crimen de una actriz polaca en la persona de su amante, asesinato perpetrado para redimirle del inútil y espantoso dolor de un cáncer sin remedio. El delito resonó en toda la redondez de la tierra y aún se asegura que fue imitado en más de una aldea refinada o primitiva, de este o el otro lado del mundo.

Se recordará que entonces los médicos, tocados en el corazón por una duda trascendental que ponía en terrible aprieto a la ciencia, cayeron en cuenta de que sus diagnósticos no son todo lo concluyentes e infalibles que se supone. ¿Aquel cáncer era, en verdad, incurable? “Sí y nó”, respondieron unánimes los médicos. Mejor dicho, ninguno estaba seguro de si podía o no curar al enfermo. Los jueces, por su parte, no sabían si la actriz no había hecho más que adelantar en algunos días una muerte segura e inevitable, o si la desgraciada enamorada había dado muerte a un hombre cuya vida no estaba en peligro.

Médicos y jueces, y con ellos la sociedad entera, se sumieron en una perplejidad calofriante. Uno de los médicos consultados, sabio de reconocida competencia, pudo decir, en tono bíblico y reconfortante: "En verdad os digo que cualquiera que fuese la gravedad de un paciente, siempre su curación está dentro de lo posible; en todo caso, no se debe cerrar nunca la puerta a la realización de un milagro, es decir, de un acontecimiento que, por lo inesperado e imprevisto, parece salirse de las leyes de la ciencia y aún de lo natural, pero que, ciertamente, está ajustado a ellas y es sólo la manera cómo se produce lo que se ignora y nos sorprende". Con todo, la duda prendió en los espíritus, una duda ancha y espesa, que ni Pirron ni los más espeluznantes pesimistas de la historia conocieron.

El doctor Biot, en la gran revista de ciencias "*Páginas medicinales y parisienses*", ha vuelto en estos últimos días sobre la materia. "El carácter milagroso de una curación, —dice—, no puede ser objeto de una demostración científica, en el sentido moderno de la palabra. No se puede dar de ello una prueba física, por decirlo así, material. La certeza que de ello se tiene no es del mismo orden que la certeza de la existencia de los microbios. Así, pues, creer en el milagro, no es de ningún modo salirse del espíritu científico. No solamente el médico que cree en ello no cesa por eso de conservar el espíritu crítico aguzado; al contrario, saber que existe un límite en el dominio del método experimental, es, justamente, dar prueba de verdadero espíritu científico. Por lo demás, creer no significa, de ningún modo, que la razón falla. En fin, lejos de ser el triunfo del desorden y de los ininteligibles, el milagro es, al contrario, la confirmación deslumbrante del orden, pero de un orden que rebasa las contingencias habituales. ¿Se quiere más sublime síntesis de al ciencia y de la fé, de lo natural y de lo sobrenatural? Sólo que esta misma noción suprema del orden trascendental de la vida apoyado en todos los contrarios aparentes y limitativos, la había dado, ya hace algunos años, el gran escritor latinoamericano Antenor Orrego, diciendo: "El Milagro no es lo irrealizable, sino lo que debe realizarse".

Sucede, pues, que las verdades sumas aman salir de la boca de un poeta, antes que de boca de un matraz. No por otro motivo, ha corrido tan bella suerte de siembra esta santa frase nueva, en que late la nueva humanidad, que el novelista inglés Joseph Conrad incluye en su libro "*Remember*": "Dadme la palabra justa y el

acento justo, y moveré el mundo!". Al apogeo desen-
frenado y ciego de la palanca de Arquímedes, al entusias-
mo groseramente positivo que ha parido el aeroplano bom-
bardeante y el asfixiante gas de las batallas, menester es
que suceda el apogeo del Verbo, que revela, que une y
nos arrastra más allá del interés percedero y del egoísmo.

Del egoísmo, que no hay que confundir con las ce-
sáreas exaltaciones de sí mismo. Egoísta es Epicuro, pero
no es ni el propio Nerón ni los grandes yoistas de la his-
toria. El cerdo es egoísta, pero no lo es la frívola ardilla
ni el sapo venenoso. Una cosa es el egoísta y otra el indi-
vidualista. Lo digo, porque acabo de leer un ensayo en que
se califica a Napoleón de egoísta, en razón de haber lu-
chado sólo en favor de sí mismo, desvirtuando el sentido
generoso y democrático de la Revolución Francesa. La-
mentable confusión de valores! Léase esta carta que ayer
publicaba la "*Revue des Indépendants*". Bonaparte tenía
a la sazón 14 años y era alumno de la Escuela Militar de
Brienne. El 6 de abril de 1783 escribía: "Padre mío: Si tú
o mis protectores no me dan los medios de sostenerme
de manera más honorable, llévame a tu lado. Estoy can-
sado de mostrar mi indignación y de sufrirla ante insolentes
escolares... No, padre mío, no. Si la fortuna se niega
absolutamente a mejorar mi suerte, sácame de Brienne:
dame, si es necesario, un oficio mecánico. Prefiero ser
el primero en una fábrica, antes que artista desdeñado
en una academia". Llamar egoísta a tamaña inquietud y
exaltación individual!

En cosas espirituales, después de todo, hay para equi-
vocarse todo el día. Hasta ahora los psicólogos, moralis-
tas y poetas no pueden, verbigracia, poner en claro si el
amor nace instantáneamente o si requiere tiempo. Los ro-
mánticos, amigos de los mitos siempre, creían en el "coup
de foudre", en el chispazo divino. Posteriormente, los
voluntaristas de nuevo cuño, malos discípulos de Schopen-
hauer, dijeron que no, que el amor nace por acto de nues-
tra voluntad y que no hay tal venida de ese Espíritu
Santo. Hasta el noble Stendhal encontraba ridículo el
amor imprevisto, fulminante e irresistible. Actualmente
todavía se preguntan en París: ¿Este fenómeno de amor,
que se instala de golpe, como por asalto, en todo su des-
potismo y contra nuestra voluntad, en el momento de una
impresión inicial, es la ley del amor o es una excepción?

El truculento François Mauriac, autor de "*Le désert
de l'amour*" opina una cosa enorme, singularísima: "El
verdadero amor es un sentimiento raro". Otro escritor.

Abel Hermant escribe: "Yo creo que el amor es siempre instantáneo; luego, no hace más que desenvolverse y evolucionar, pero siempre nace de la primera impresión". Madame Marcelle Tinayre, artista y bonita, opina mientras baja los ojos como para dormir: "Estoy segura de que el amor es siempre un chispazo". En fin, la hermosa comedianta de Biarritz, Madame Simone, calzándose una diadema para una escena de reina de celos, dice: "Los grandes amores son siempre raros". Falta la docta opinión del señor Painlevé, matemático del Presidente Doumergue; del sostenedor empedernido del sionismo, Pierre Benoit... Serán muy sugestivas. Ya las conoceremos.

Serán como las otras, opiniones muy espirituales y, antes que nada, muy francesas. Porque los franceses ponen en todo el espíritu de su raza; en las "enquetes" también. Ponen el espíritu de su raza y también el orgullo de su raza... Cuando hace pocos días la revista "Mariage" preguntó "Qué piensa Ud. de la unión matrimonial de franceses con extranjeros", las respuestas desfavorables para los extranjeros llovieron. Unos decían: "No hay dicha posible allí donde, bajo un mismo techo, cada uno sirve a dos patrias". Otros fueron más abiertamente patriotas: "Estos matrimonios con extranjeros alejados de nuestra mentalidad y de nuestra raza, deben ser evitados". A lo largo de las diferentes opiniones expresadas, se advierte, de manera velada o clara, el instinto de orgullo y de defensa de la raza y de la nacionalidad francesa. Lo que motiva, naturalmente, que la mayor parte de las mujeres francesas, por esta y otras causas más o menos francesas, vivan una existencia estéril y no puedan ser madres. Una de esas causas es la moda. Una inteligente periodista contaba el otro día que en un paseo a la Exposición de Artes Decorativas, vió que gran número de mujeres, que iban en traje de noche, los hombros al aire y la cabeza descubierta, mostraban el vientre y las caderas con una anchura anormal. La periodista se dijo entonces, gratamente sorprendida: "He aquí una linda ocasión de bebés para el próximo otoño".

—Cuando es el feliz advenimiento? —preguntó la inteligente mujer de letras a la primera amiga que encontró.

—Por qué? Estás loca? Un niño, ahora que la estampilla está a treinta céntimos? Dios me guarde!

—Al contrario, Dios lo quiera!

—Qué humor! Lo que te hace creer que voy encinta es la línea nueva, mi querida! Mira: llevo "nidos de abejas" sobre el vientre.

Los nidos de abejas son, en lenguaje de costurero, unos fruncidos en la falda, hechos de tal manera que dan la sensación de varias filas de alvéolos. Las caderas ensanchadas se debían, pues, a la nueva moda que consiste en la estrechez del busto y la anchura del vientre. La maternidad en este caso como en muchos otros no cuenta.

¡Ah Su Majestad la Moda! Hasta dónde conducirá a las pobrecitas hijas de Eva? Los costureros son los amos de las mujeres. Han acabado por perseguirlas en los ferrocarriles internacionales y en los barcos transatlánticos, adonde envían "troupes" de lindas maniqués, vestidas con el último grito de la moda. En singular, durante la estación de verano, cuando los turistas invaden París, las casas de costuras suelen enviar a sus encantadoras modelos hasta el Havre, hasta Cherbourg, a las estaciones de ferrocarril, al centro de turismo aéreo de la rue de las Pirámides, a la agencia de excursiones de la rue de Helder. De esta manera, apenas ponen pie en París las mujeres extranjeras, conocen ya la línea, el color y el estilo de la moda imperante. Así es cómo suele verse caravanas de turistas, ir directamente de la estación de llegada a la rue de la Paix, a los Grandes Boulevares, a la Avenida de la Opera, a los Campos Elíseos, a comprar el zapatito de playa en tela de Persia, el sombrero Imperio en piel de oro, el perfume Rummel, el collar de Nella, los trajes pintados como lienzos de Museo...

Todavía más. Los Modistos, que son grandes psicólogos del alma femenina, han aprendido a decir, como elogio supremo de sus mercaderías:

—Aquí tiene usted un par de medias usadas anoche por la actriz Nikitina, en "Tres Excitantes" del Concert Mayol. Son un tesoro!

—Aquí tiene usted el perfume Orsay, usado por la cantatriz Anderson en el Théâtre des Arts. Estos polvos "Housac" estilo Cécile Sorel... Gabrielle Robinne llevaba ayer en Saint-Cloud esta misma fantasía en batista de Egipto, con mosaicos del mismo color...

Esto es verdad. Un periodista ha preguntado a las grandes artistas de la escena por la suerte que corren los innumerables y espléndidos vestidos que usan tan sólo un momento, y unas le han dicho que los regalan; otras que los guardan y otras que los mandan en seguida a vender en las casas especialistas. Y los trajes usados y rodeado de tan brillante leyenda, se venden al vuelo, puesto que acaban de ser lanzados a la moda y en qué forma, tan notoria y espectacular.

La moda lo domina todo en París. En materia artística están otra vez de moda los cubistas. La exposición de Artes Decorativas ha puesto de manifiesto su influencia decisiva en el mundo entero. Lo que no quita, naturalmente, que tengan siempre su sitio los conservadores, y que en el Concurso de Roma de este año hayan obtenido los primeros premios la pintora Mlle. Odette Panvert y el escultor M. Jonchére, con sus obras "La leyenda de San Román" y "La Vendimia", respectivamente. Ambas obras muy hermosas, de hermosura segunda, mediocre. ¿Para qué habrán transcurrido tantos siglos de dolores y alegrías?...

Mundial, N° 275, 18 de Setiembre de 1925.

EL VERANO EN DEAUVILLE

La playa más lujosa del mundo.— Los caballos normandos y el fakir Thrat Bey. Asimetría en la moda femenina.— Hazañas de un leopardo en el Bosque de Boulogne.— Un furibundo ataque de Bernard Shaw a París.— Gabriel D'Annunzio, la Vida y la Muerte.— La cámara de los sueños puros.

(Especial para Mundial)

París, agosto de 1925.

Fuertes y veleidosas las estaciones del año en París. A fines de agosto, los días empiezan a ser más cortos, la brasa de la luz va desmayando y el traje de la mujer dice, plegándose: Hasta la vista! Ya los enfermos y los viejos empiezan a tener miedo del huracán quijarudo y malo, y climas sin volante, que soplan del Sena y del Marne, sesgan agudamente los aleros hacia pechos de novias y de viudas. Porque cuando el otoño, todas las mujeres son novias o todas son viudas; la hermana es de la primavera, la esposa del verano y la madre del invierno.

Quienes no han ido aún a la playa, a la montaña, se van ahora, siquiera sea para despedir un verano que la estrechez económica, las más de las veces, o cualquier otro motivo, siempre ajeno a los deseos, nos ha hecho pasar en la terrible urbe ahogadora. A Deauville! A Deauville, una sola vez siquiera! Aix-les-Bains, Biarritz, todas las playas de Bretaña y de Gascuña, están muy lejos; en Montpellier, en Annecy, en Clermont-Ferrand, soplan tor-

mentas y caen rayos. Además, Deauville es el mar del día, la ribera del lujo, la arena de moda, el cielo mágico bajo el cual van a pasar los ardores del año todos los poderosos de las cinco partes del mundo. Deauville! En los últimos días de Agosto, Deauville arde y brilla en toda su plenitud de gran sucursal de París. Antes, Biarritz. Ahora Deauville. Más al sur, San Sebastián mantiene todos los años su prestigio, y, más al norte, Ostende, también y más. Porque las gentes, franceses y extranjeros, buscan por todas partes el embrujamiento de París y prefieren siempre las playas de sello parisiense, tal como Ostende, que es la más francesa de las playas de los otros países. Por lo demás, Deauville, por sí misma, no ofrece mayores encantos. Si hoy es la playa de moda de Europa, ello se debe a un capricho de las artistas de París, que son las que disponen de cuanto a gustos mundanos se refiere. Las estrellas del teatro y del cine, he allí las reinas de la vida mundana. Ellas deciden qué clase de traje se ha de llevar este otoño, cuál será el propicio para el baccarat., dónde doce o cien Cresos y reyes cosmopolitas irán a perder sus millones, para dar como impuesto al Estado Francés, hasta 614,509.35 francos en un solo día; cuál será el cocktail de este invierno y en qué Café habrá que tomarlo, si aquél será el Gin-Fizz o el Egg-Nogg, y si éste será el Delmonico o el Ciro. Las dichas soberanas decidieron, pues, que la playa será Deauville, y se acabó.

—No, dice el fino Maurice Rostand, empedernido veraneante de Deauville; la hermosa playa normanda posee, entre otros encantos que le son autóctonos, el caballo de pura raza legendaria. Ninguna otra playa puede ufanarse de un valor regional de tan alto precio. Qué lindas cabalgatas, en las mañanas al borde del mar, sobre aquellos potros de orejas de brújula y cola digna de que nos roce ciertas vértebras, biznieto del padrillo que conoció a Pepino el Breve y primo del árabe suntuoso, del zoquete cosaco, del gaucho ensimismado y del cowboy urbano y espectacular... Y, luego, las fiestas del Hipódromo de Deauville, en las tardes doradas y calientes. El "tout-París" elegante los personajes pintorescos, el rajah doliente, diademado de marfil como una mujer, el emperador del petróleo mexicano; el rey del acero de Canadá; el rey Alfonso XIII, con sus pómulos al desgaire; la reina de Rumania, bonita y escritora; las chillones "estrellas" californianas del cinema; el caballo "Corán", que goza de todos los pronósticos favorables para el gran Premio de Saint-Arnould: ei no menos esforzado potro "Noeud d'Or";

el frío millonario norteamericano, con su encarnado cuello de canónigo; la pobre y destronada emperatriz Zita, que ha escandalizado las cortes reales de Europa, con su decisión de dedicarse al cine, para mantener a sus tiernos hijos; el fakir Tahra Bey, el de la innata patilla en punta, pensativo representante de la "Unión Psíquica" del Oriente, con sus blancas ropas talares, que acaba de probar en experiencias públicas del teatro de los Campos Elíseos y ante un jurado científico de control, que la sugestión, en todas sus formas, es la suma potencia de que dispone el hombre a voluntad, para suprimir las enfermedades, el dolor, la muerte... Tahra Bey que se ha muerto varias veces en público y con pasmo de grandes médicos europeos, que ha estado sepultado durante varias horas bajo tierra y a golpe de maza; Tahra Bey, —recalca Rostand, deleitándose interiormente—, es, después del caballo normando, la mejor seducción de Deauville en este año...

Pero el autor de "Insomnios" no nos convence. Deauville está de moda por el solo capricho de las artistas de París. ¿No acaba de salir también impuesta por ellas, la moda femenina asimétrica? Desde hoy llevará la mujer un abrigo de visita con una manga larga para el brazo derecho y otra corta para el izquierdo, o una falda de soirée que sube hasta sobre la rodilla derecha y baja en una lujosa prolongación por el lado izquierdo, o un traje sastre que le cubra el seno hasta el mentón, mientras, en revancha, se abre hacia la nuca y la espalda en un gracioso descote en forma de corazón. Encantador! Encantador!

Las endiabladas artistas no pierden ocasión para lanzar sus estridencias suntuarias, tan fascinadoras como femeninas. El otro día se salió un leopardo de su jaula del Jardín de Aclimatación y tomó posesión del Bosque de Boulogne. Bueno! Para que se salió la pobre bestia! Se armó la de París! Tres días enteros con sus noches, se ocuparon de cazar al leopardo todos los habitantes de la inquieta urbe. Obreros y empleados técnicos del Jardín de Aclimatación, la policía, la gendarmería, los vagabundos de los alrededores, los círculos cinegéticos, hombres y mujeres, ricos desocupados y pobres noveleros, toda la ciudad se puso sobre las armas. Y qué decir de los enamorados románticos, que también los hay, y de los silvanos y ninfas que día y noche rondan el Bosque de marras! Huyeron como pájaros para volver como muchedumbre a engrosar la partida de caza, armados hasta los dientes. Hubo suicidas que, estando ya dentro de la hora fatal designada para emprender el viaje del que nadie ha vuel-

to, suspendieron el acto, postergándolo hasta después de ver en qué paraba la aventura de la fiera, que medía 70 centímetros de altura, era padre de dos tiernos vástagos y hacía apenas tres meses que fué arrancada de las selvas de Abisinia.

Los periódicos, revistas, affiches comerciales y de espectáculos, se llenaron de fotograbados del escabroso animal; llegó a decirse a los bebés para que no llorasen: Ya viene el leopardo. En un letrero de teatro de barrio se leía este anuncio de réclame: "Cuidado con el leopardo. Entrad aquí y estareis seguros!", etc.

A los tres días, a las 7 de la mañana, en un jardín de la Escuela de Pascal, en las inmediaciones de la Puerta de la Muerte, la gendarmería dió muerte con varios tiros de fusil a la fiera andariega. Murió el leopardo y las protestas llovieron. Protesta cablegráfica de Kipling; del señor Berthelot, nieto del gran químico y amigo de la trampa; el capitán Roosevelt, hijo del ex-presidente de los Estados Unidos; protesta de viva voz de Ferdinand Ossendowski, el de los "*Hombres, dioses y bestias*"; del Director del Jardín de Aclimatación, del africano que cuidaba de los leopardos; protesta, en fin, de rugidos lastimeros, de los hijos de la víctima.

Pero, salvo los huérfanos y el Estado que tendrá que encomendar la caza de otro ejemplar al Africa, todos los demás salieron ganando con la hazaña del leopardo. Unos divirtiéndose en la caza y otros utilizándola en el réclame comercial. Y aquí entraron las artistas! Pusieron inmediatamente de moda el zapato de cuero de leopardo!

Otras que pierden ahora, son las midinettes, las pobres obreritas que, después de trenzar el zapato de moda, a cambio de algunos céntimos, abandonan por las tardes las grandes casas de costura, agotadas, marchitas, en largas procesiones, hacia la plaza de la Opera, hacia el Jardín de las Tullerías, hacia la plaza de Vendôme. ¿Ellas son las que pierden, dije? Pero ¿y si no trabajasen?...

Así es París, ciudad brillante y cruel, que no ha sabido comprender el teatro del señor Bernard Shaw, y contra la que el socarrón autor de "*Cándida*", ha dirigido un artículo furibundo. "París, este viejo París, demodé —dice Bernard Shaw— no ha querido nada con mis obras. Yo no me he asombrado de ello. El provincialismo intenso de la capital francesa que creyó hasta los años de la guerra, que ella podía ser el paladín del mundo, dando la mano a Luis-Felipe, y que intelectualmente es ahora un caos hecho de obuses, cubierto de las ruinas del pasado

y del gusto el siglo XIX, era una de mis teorías mucho tiempo antes de que Rodin me dijese: "Aquí se me trata de albañil, porque no soy alumno de la Escuela de Bellas Artes". Mi amigo Anatole France pasó años y años en leer la historia del siglo XVI y escribir un libro que es una obra maestra de chismografías históricas sobre cuantos nada han tenido que ver con la Doncella, descendiendo hasta sus primos más lejanos, y la cual obra es, al mismo tiempo, en lo que concierne a la Doncella, una torpeza tan prodigiosa que sólo un francés realmente grande podía cometerla".

¿Cuál se imaginan ustedes que ha sido la impresión en París, por este artículo? Se le han ido al atrevido inglés, en carga montón. El más indignado ha sido Lucien Descarves, quien en un artículo de *L'Intransigeant*, le dice, entre otras cosas, malagradecido y sinvergüenza. Pero ciertamente, si nos colocamos en medio de los contrincantes, tendríamos que repetir aquí una cosa justa, serena y definitiva que el otro día nos decía el gran escritor brasileño Augusto Shaw: "Anatole France es un Bernard Shaw francés y éste es un Anatole France inglés. Ambos valen por igual y ambos no valen nada".

De paso, añadamos que del mismo tamaño y de la misma calidad estética es Gabriel D'Annunzio, el maravilloso tuerto de Fiume, que acaba de hacer construir en el "Vittoriale", museo que Italia ha consagrado a la epopeya (epopeya?) d'annunziana, una cámara que el poeta llama "de los sueños puros" y en la cual deberán dormir —retóricamente, ya lo vemos— sus restos mortales, los que, en verdad, constituyen lo menos mortal que posee el moderno Tirteo.

Guido Cantorín, el pintor que ornamentó todo el museo, ha decorado también la capilla "de la vida y de la muerte", bajo la dirección lírico-elegíaca de D'Annunzio. "He construido, —dice éste gimoteando—, en mi ermita una cámara para mis puros sueños y quiero que sobre la madera del plafón, sobre las puertas de los armarios y sobre las rejas de las ventanas sean pintados en ritmos los emblemas del Leproso".

Los periódicos cuentan que el lecho que hay en la cámara, obra del arquitecto Carlo Maroni, no tiene más que 60 centímetros de ancho y ofrece una vaga semejanza con el sarcófago. La cobertura de cuero oscuro, con un espléndido sol al centro, es de una extrema riqueza y de una gran sobriedad y lleva estas palabras: "El da y no pierde nada". Sin embargo, ahí donde D'Annunzio quiere

morir, adonde él quiere que se le conduzca después de su muerte y más allá de la vida, el poeta pasa hoy sus horas de recogimiento.

Divididas en dos zonas ideales, las paredes de la cámara están destinadas a contener la figuración de las cosas que más él ha amado en su vida, y el plafón aquéllas que pertenecen al cielo. Este plafón contiene la Cruz en un fondo de oro, con todos los símbolos de la Pasión. En el centro, la corona de espinas y en torno de ella la leyenda "Et viteo mortisque comes".

En la puerta de entrada hay una pintura en tela: Cristo y la Magdalena. Es por ahí que pasará el cuerpo del poeta...

Un hombre que hace todas estas cosas, —porque, ciertamente, son cosas—, sobre tales materiales físicos, con tales giros estéticos y al final de tal obra de vida, es, no cabe duda, un sublime retórico, tan precedero como Anatole France y Bernard Shaw.

Mundial, N° 277, 9 de Octubre de 1925.

LO QUE DE MI HA HECHO DECREFFT

Hablo del escultor Joseph Decreffft.— A la manera de Marcel Proust.— Lo interpretativo y lo creador en el arte.— Conflicto estático del retrato.

Me parece que las únicas personas que podrían apreciar las excelencias de los retratos, son las que sirvieron de originales para esos retratos:

—Aquí estoy muy mal.

—Aquí estoy muy bien.

Pero, en verdad ¿existe el retrato en fotografía, pintura, escultura? Temo que me digan que sí. Temo que me digan que no; que el retrato es un género artístico ya desaparecido, una especie estática, como el nylodón en zoología o como el pfeilstrecker de hueso en la escultura bárbara, pertenece ahora a la arqueología. Pero más temo que no se sepa decirme si existe o no el retrato en el arte. Porque los críticos han llegado a complicarnos tanto las cosas, que ya nada es posible afirmar ni negar; ni el escepticismo es posible ya en este caso, ese cómodo y cobarde caballete de patas impares, como no sea trípode, que odian con tanta justicia los suprarrealistas.

De todas maneras, las únicas personas autorizadas para emitir juicio acerca de los retratos, son aquellas que sirvieron de original de esos retratos. Así, Jean Cocteau habla del suyo, bajo Picasso, que es como decir bajo el Padre Eterno; Pierre Reverdy habla del suyo, también bajo Picasso; Maurice Raynal, habla igualmente del suyo, bajo Alexandre Archipenko, que es como decir bajo los solsticios primitivos; Vicente Huidobro habla del suyo, bajo Lipchitz, que es como decir bajo Lenin. Y, para

que todo esté en la masa, Anatole France habla del suyo, bajo Bourdelle, que es como decir bajo la Roca Tarpeya etc....

Ahora César Vallejo habla de su retrato, sobre el trabajo que Joseph Decrefft acaba de mostrar en la Exposición Internacional de París, pero habla sin tono de crítico, como hablaba M. Choquet del retrato que le hizo Paul Cezanne.

Decididamente, declaro que yo no me siento retratado en lo que de mí ha hecho Decrefft. Esto es una cosa muy distinta de lo que yo soy. Si he de juzgar por mi caso, diré que el retrato no existe en escultura y no sé si ha dejado de existir o si recién va a existir, puesto que nunca me he sentido retratado, ni por fotógrafos, ni por escultores, pintores ni literatos. Así como Ventura García Calderón exclamaba una tarde, entre Toño Salazar y yo, a la vista de una caricatura suya: "Parezco un obispo!...", así yo puedo exclamar ante la obra de Decrefft: "Parezco un caballo"...

¿Acaso, pues, Decrefft ha hecho una caricatura? ¿Acaso el retrato ha evolucionado hacia una interpretación más libre y profunda y más alta y armoniosa, empalmando su espíritu con el de lo que hasta aquí hemos llamado "Caricatura"? ¿O acaso el retrato no ha existido ni existirá nunca? ¿La caricatura es cualquier otro género artístico aún inédito o en marcha? Y, yendo más lejos todavía ¿será que, tratándose del retrato, como ha sucedido en todos los demás campos del arte, la estética interpretativa ha muerto, dejando su lugar a la estética creadora?... Es decir ¿el artista ya no se ciñe estrechamente a los datos del original, sino que sólo se sirve de él como de mero punto de partida para crear una cosa absolutamente nueva y distinta?...

Preguntas son éstas, como se verá, propias de un profano en la materia, mejor dicho, de un simple mortal. En lo que me atañería, la escultura de Decrefft como a crítico o iniciado, muchas cosas podría decir ahora, si fuera iniciado o crítico. Diría, verbigracia: "Joseph Decrefft es un gran escultor. Español por sangre y educación, su estética es una estética genuinamente española, pues ella continúa la soberbia tradición de Goya, Velazquez y Ribera..." O también diría: "Las esculturas de este brillante trabajador acusan un temperamento positivo, entusiasta, pleno de recursos. Pocos han acopiado a su edad, un tan sendo (*) grupo de obras bellas y múltiples. Conoce la ma-

* Sic. Ed.

teria, en la que sus manos andan a sus anchas; posee delicada sensibilidad para sacar partido de la diorita, tanto como de las lánguidas maderas de Sicilia. Decrefft llegará, si continúa trabajando. Estamos seguros”.

Si yo fuera crítico, diría por otro lado: “En estos tiempos de desorientación y de caos, en que todo bulle en la anarquía psíquica y social, el esfuerzo de Joseph Decrefft tiene que gustar y ser alentado por todos. Advirtamos que Decrefft, para llegar a donde ha llegado, ha tenido que sostener una terrible lucha en París, por el kilo de pan para los suyos y, durante los años de la guerra, vistió el desgarrón azul de los pintores de brocha gorda y de los talladores de iconos litúrgicos de la *rive gauche*”.

Más adelante, escribiría: “Se advierte en la talla directa de Decrefft un auténtico soplo creador, una distinción y simplicidad arquitectónica que vocean al elegido y al que deja olor de sangre en los museos. Decrefft no es él picapedrero, como dijo de Mateo Hernández el endiablado Corpus Barga, en quién, dicho sea de paso, más hay de Bargas que de Corpus. Decrefft es un escultor de nobleza innegable, de tajo y arañazo miguelangélico y no ya monolítico. Le falta acaso un poco de coraje en la técnica y otro poco de reposo pensativo, que una y otra cosa, reposo y coraje, se hermanan y suelen frutecer en obras máximas”.

Tal vez aduciría esta otra cosa: “Como en la muerte de Isolda en Wagner, las mujeres que talla este escultor tienen un no sé qué de aspiración extraorgánica y abatida, en sus finas y fáusticas gargantas, hechas para los tragos inefables. ¿Y qué diría de las maternidades esculpidas por Decrefft, o Dante Gabriel Rossetti? Prerrafaelismo? Cuatrocentismo? Me quedo con mi opinión inédita, lejos de los patrones y de los críticos de escuelas. Me quedo con mi impresión escueta e ilusa, con mi analfabetidad crítica, sentado, absorto ante las maravillas de este artista, como hacían los amateurs de los semidesnudos del Bósforo, ante las maravillas lapídeas de los grandes escultores primitivos, cuyos nombres confusos e imprecisos nos transmiten a medias Pausanias y Máximo de Tiro, entre los antiguos, Winckelmann, por ejemplo, entre los modernos”.

Pero, no soy crítico, ni profesional de la literatura; no diré nada. Ni siquiera vaya a tomármeme como a un nuevo Marcel Proust, que amasase “pastiches”, no ya sobre el famoso affaire Lempire, el fabricante de diamantes, y calcando a Renán, a Saint-Simon y Théófile Gautier, sino sobre Joseph Decrefft y calcando a cinco o más es-

critores cuyos nombres dejo en las sombras. Nada de esto soy ni quiero hacer al borrar el presente artículo. Solamente quiero agradecer a Joseph Decreffit sus esfuerzos para retratarme, los mismos que sólo han logrado hacer no un retrato, sino una creación absolutamente nueva e independiente del original. Muchas gracias y muchos aplausos.

Alguien me discutía una vez sobre el retrato. Me argüía:

—El parecido en el retrato es lo de menos; lo esencial es el carácter.

Parecido. Carácter. Qué enredo es éste?

Un retrato ha de contener en esencia a un espíritu. Esencia de un cierto espíritu quiere decir una cierta parcela individual, una cierta fisonomía que se destaca y diferencia de las demás: una personalidad. Tal personalidad no es solamente la que corresponde a un instante dado, sino la personalidad infinita, la figura pasada, presente y futura de una vida, es decir, su rol esencial. El escultor entonces tiene que hurgar el misterio de esa vida, descubrir su sentido permanente de belleza y hacerlo sensible en líneas y colores, planos y movimientos. Un retrato es más que captación de un momento, la revelación de una vida de principio a fin, de su trayectoria. Un retrato es dato de oráculo, cifra de adivinación, explicación del misterio. Todo esto es el carácter.

Pero la creación de un retrato, como todas las creaciones, tiene su heroicidad. Esta heroicidad radica en una lucha entre el infinito y un ser o sea el carácter, que es descubierto y revelado por el artista, y la ubicación de ese ser es un espacio y tiempo circunstanciales. Esta ubicación es el parecido. El artista dosificará las partes del conflicto, según su emoción. Mas las circunstancias de espacio y tiempo, dentro de las cuales es sorprendido en infinito de un espíritu, no han de zozobrar ni ser vencidas, hasta el punto de no ser posible reconocer a la persona sobre la piedra o el bronce. De un cierto equilibrio misterioso entre la visible y lo invisible de un retrato, entre lo circunstancial y lo permanente de él, o lo que es igual, entre el parecido y el carácter, depende la grandeza de la creación.

Carácter. Parecido. Son valores en lucha en el retrato y, por lo mismo, se armonizan y se integran. Ambos tienen su rol de emoción y plenitud.

Mundial, N° 280, 23 de octubre de 1925.

LA DANZA DEL LEOPARDO

La Danza del Leopardo.— Una terrible caricatura de Caillaux.— El kanguro y la mujer elegante.— El acontecimiento del día: El Congreso Espiritista.— Conan Doyle hechizado por una actriz parisienne.— El espiritismo anuncia una guerra infernal.— Unos pendientes largos y una mujer misteriosa.— El Ku-Klux-Klan en Alemania.— Maupassant y Lenin.

Isadora Ducan fue sobre la escena, musa, walkiria, ninfa, santa, medusa, bruja, fantasma, vapor de agua, humareda de sangre antigua y moderna. Anna Pavlowa va a las flores y a las aves por el amor de la pechuga del Paráclita y del Pecíolo que ama al Sol. Aquella genial Tórtola Valencia, que murió (?) de locura en un teatro de La Habana o que se ha convertido en ojerosa piedra de río en algún país sagrado, bailaba arqueológicamente, columna a columna, crótalo a crótalo, símbolo a símbolo, al amor de su poderoso vientre sacerdotal, semidescubierto por el manto de iris. Y en París ¿qué compás, qué diástole del pobre corazón humano, no habrá sido ya danzado por las mil bailarinas de la tierra milenaria? . . .

Mas ahora se trata de una especialidad, señores norteamericanos, especialistas por excelencia, que habéis dividido y subdividido la actividad humana en innúmeras casillas. Ahora se trata de una especialidad, y de una especialidad a base, justamente, de un escándalo zoológico, grandes amigos míos, que amáis al color crudo, la cruda

salida de tono y más si viene al lomo de un animal raro o siquiera endemoniado y temible entre muchos. Se trata de "La Danza del Leopardo", baile puesto en moda a raíz de la muerte del leopardo escapado del Jardín de Aclimatación de París. El Moulin Rouge ha ganado esta vez la delantera de los otros music-halls que negocian con el exotismo y la mansedumbre de los buenazos clientes de ambos lados del Globo.

Las fieras y las aves raras están de moda en París. Primero el leopardo; luego se ha visto un águila tremenda y negra, posarse en uno de los muros del Museo de Cluny y revolotear sobre los inútiles morrillos de los toros merovingios. Un periódico anunció después que de la Estación del Norte, a tiempo en que entraba un tren en que venía de incógnito el señor Baldwin, Jefe del gobierno británico y su esposa, salieron de unos vagones abandonados dos pájaros de la isla, graznando y como si fuesen heridos. Un zorro joven y pestilente penetró la otra tarde a la Opera, refugiándose de no se sabe qué persecutores invisibles; una de las actrices que a la sazón ensayaba "Boris Godunof" se desmayó y ha perdido la voz para siempre. El teatro Mogador acaba de dar "La rue sauvage", película de un bisonte que es amado y disputado por una mujer y una tortuga extraordinaria de tres metros de coraza. A la cocinela roja y negra con que hasta ayer adornaban las mujeres la solapa del abrigo o el corpiño y que de tan espléndida manera suplantaba la condecoración de la Legión de Honor, ha sucedido un leopardo amarillo y negro, semejante a ciertas escarapelas con que son premiados los salvadores de náufragos en el Oriente. Y, para que la literatura no se quede en el umbral, viene M. Emile Gromier, encargado de una misión en el Africa ecuatorial, por el Museo de Historia Natural, y nos relata en *L'Illustration* sus andanzas a través de la fauna salvaje del continente negro, entre un clan de elefantes, verdaderamente calofriantes y a gran espectáculo: el pastoreo de los preciosos colmillos; el vagabundeo de las parejas amantes, al caer de las tardes ardientes del desierto; el natural furor de las grandes bestias de Dios ante los hombres, etc.

Pero, aquí les toca el turno a los caricaturistas. Una revista de oposición, que, según se murmura, sale de la misma imprenta de "L'Action Française", —no me vaya usted a pegar, señor Maurras—, nos ofrece un pálido dibujo sobre el viaje del señor Caillaux a Washington, mostrándonos que el célebre Ministro de Finanzas, como el

leopardo de marras, huye de la jaula y se interna en el Wall Street, acaso para perder la vida a manos de un policeman, que puede ser el terrible Senador Borah, pongamos por caso.

—Señor Poiret! gritaban anoche unas muchachas bonitas, maniquíes, duquesas o cocotas. —Y nosotras?...

El ilustre modisto, desenguantado y cortesano, seguía bailando un tango de moda y sonreía con toda su nariz de emperador de la línea suntuaria. La Peniche "Delices", donde tenía lugar la escena, quemaba toda su pólvora de placer mundano. Las muchachas, cada vez que pasaba el señor Poiret, volvían a enarbolar sus voces y exclamaciones, como banderas revolucionarias en la toma de la Bastilla:

—Señor Poiret! Y para nosotras?...

—Para vosotras, el canguro!

Y el asimétrico animal, de cola avergonzada y de pecho enigmático a lo aprendiz de acróbata, se ha convertido en la bestia mimada de las mujeres elegantes y en modelo de cuerpo perfecto. Los modistos dicen que, fuera de algunos raros países, tales como Turquía y Persia, donde todavía no ha impuesto la moda parisiense la esbeltez femenina, la silueta de curvas pocos acentuadas ha ganado los sufragios universales. En New York, en Copenhague, en Roma, en Viena, se multiplican los modelos en que la delgadez aparece consagrada como un signo de distinción. ¿Y qué hacer en este caso para afinar la silueta? Todos los métodos empleados hasta ahora son imperfectos o nocivos. Unos zapatos de resorte, que acaba de inventarse, permiten a las muchachas realizar un ejercicio cotidiano de menudos saltos, que las hará adelgazar y les dará una forma esbelta y distinguida. Sólo que ese ejercicio las hace semejar a los canguros en marcha. Además, de las "muchachas-canguro" a un "canguro step", que puede ser el baile de este invierno, no hay más que un paso...

Todo esto quiere decir espiritualizarse, tornarse sutil, ágil. ¿Será que los modistos están de acuerdo con los filósofos neo-espiritualistas? No sería nada extraño. El propio Conan Doyle, llevado por sus preocupaciones espiritualistas, expresaba en su reciente conferencia de la Sala Wagram, entre otros imperativos éticos de la secta, que es necesario desmaterializarse hasta en las modas actuales, que son gusaneros de pequeñez y chatura terrestre. A lo que una "vedette" del Concert Mayol, que asistía a la conferencia en compañía de André Barde, autor de "*Passur la bouche*", respondió con respuesta insultante y ar-

chifemenina. Al terminar el espectáculo, la mujer caprichosa pasó delante del autor de "Sherlock Holmes", dejando ver en toda su longitud sus pendientes de perlas, que llegaban hasta la altura de la falda. Conán Doyle los vio y su sonrisa de hombre de fé, creció por el lado de sus sienes de oso blanco.

A los tres días, venían de Londres noticias según las cuales el ilustre Presidente de la Federación Internacional Espiritualista, cuyo Congreso acaba de constituir el escándalo filosófico el día, anunciaba que, siguiendo mensajes llegado del Más Allá, el mundo va a sufrir apabullantes catástrofes, o todo género de guerras infernales, hambres, terremotos, etc., a fin de que los hombres, sacudidos hasta el fondo del alma, se convenzan una vez por todas de que este no es todo el universo y que existen otros mundo más puros y ligeros, a donde van los espíritus, vivos y plenos de actividad infinita.

—Y cómo no nos dijo aquí nada de eso! —argumentan las gentes incrédulas y temerosas.

Lo cierto es que la "vedette" del Mayol parece haber seguido al fornido novelista inglés, pie con pie, durante toda su permanencia en París hasta su partida a Londres. André Barde ha lanzado miradas extrañas sobre su linda amiga:

—¿Qué ha hecho usted a Conan Doyle, querida amiga? Yo no sé qué rencor a París ha inspirado usted en él. Tamaños pendientes contra tan vagas imágenes del ectoplasma, era duro e impío, en verdad. Acaso él ha visto encarnado en usted el zarandeado sibaritismo de Francia.

La inquietante y bonita "vedette" decía, meditativa y extendiendo sus pendientes infinitos: —Si Conan Doyle viera la hermosa, la encantada, la recóndita mar donde nacen las perlas que le enojan... Ah, qué maremos mayores anunciarían los espíritus a los hombres.

Ella ha sonreído y al ponerse de pie para salir, su batik de crepúsculo ha caído a uno y otro lado de sus hombros, hasta el suelo, mientras la falda, en cambio, quedaba suspendida hasta más arriba de las rodillas.

Entre tanto, todo queda en las tinieblas; el sortilegio de la actriz parisiense, la Némesis de Conan Doyle, las comunicaciones con el más allá, el ectoplasma, todo por que cada día la vida se vuelve más azarosa y se puebla de sombras y misterios más o menos desagradables. En una época tan pobre y egoísta, nadie tiene segura ni siquiera la vida; mucho menos lo que será el Más allá.

En Alemania acaba de descubrirse un Ku-Klux-Klan,

mucho más feroz que el de los Estados Unidos, aunque el de Alemania estos días, la Orden de los Caballeros de la Cruz de Fuego, que consta ya de algunos miles de adherentes alemanes, comprende varios grados y funciona bajo la égida de un Senado o Walhalla, que tiene a su cabeza a cierto Brandt, empleado de las fábricas eléctricas de Siemens. La mayor parte de los miembros de la Sociedad, que contaba ya con similares anteriores a ella, tales como los "Cascos de Acero", los "Bismarck", etc., son pequeños empleados, funcionarios modestos obreros y algunos, los menos, son comerciantes y estudiantes.

La fórmula del juramento que todos los miembros deben prestar, está contenida en estos términos.

"En mi calidad de germano honorable, juro cumplir mi deber para libertar al pueblo germánico. Usaré de todos los medios que estén a mi alcance para combatir a los judíos, franceses, poloneses, chinos, japoneses, negros y a todos los pueblos de color. Odiaré a los enemigos; su oro no deslumbrará mis ojos; destruiré sus bienes y les roeré la vida como carroña. Si traiciono los fines de la Sociedad, aceptaré los peores suplicios; que todos mis huesos sean quemados, mis ojos arrancados, mi cuerpo mutilado y arrojado para pasto de los cuervos..."

Tal juramento debe ser prestado ante una calavera, detrás de la cual habrá extendida una bandera bordada con una cruz negra.

Los franceses han sentido un calofrío. Y los periódicos han dicho luego que un Ku-Klux-Klan acaba también de organizarse en Francia. Que no lo sepa el señor Cachin. Ni el señor Krassine, Embajador de Rusia.

Ya el otro día se dijo que un duelo entre el supuesto Ku-Klux-Klan francés y una avanzada del Soviet tendría lugar en la ceremonia de inauguración del monumento a Maupassant, en el parque del castillo de Miromesnil, acto al que asistiría el Gobierno, tirios y troyanos. Que culpa tendría el mediocre novelista para que sobre su suelo natal se quieran dar de puñetazos rojos y amarillos? ¿El haber influido su obra en la literatura rusa y el que Lenin hiciera de ella su lectura preferida como lo ha dicho el señor De Monzie, Ministro de Instrucción?...

Mundial, Nº 282, 6 de Noviembre de 1925.

EL SALON DE OTOÑO DE PARIS

Es este de 1925, mejor Salón que el pasado y que el antepasado. Mejor pintura, sobre todo, y en cuanto a la escultura, tablas. Otra ventaja: este año se ha restringido más el número de exponentes, aunque ello haya sido porque el local, —que esta vez no es el Grand-Palais— resultaba estrecho, menos que por rigor selectivo. De todos modos, de cuadro a cuadro hay ahora menos frío estético, menos vacío. El otoño viene fuerte y la melancolía de los días pardos quiere pasar temprano por los jardines de los Tullerías y por el corazón de las mujeres; pero así y todo, dentro del Salón, instalado este año en la terraza de esos jardines, como en los tiempos de Colbert, se está uno bien y hay materia para entretener y comentar nuestro aburrimiento. ¿Quién dijo por allí que una de las marcadas tendencias del Salón estaba en las imitaciones de algunos maestros, tales como Picasso, Van Dongen, Braque, etc.? Quien esto dijo, está conmigo. Deveras. Los más valiosos envíos, —valiosos porque después de todo, denuncian una intrínseca virtualidad creadora—, traen ora la anatomía lineal de Braque, como en la mujer dormida de Beaudin, ora el mundano fulgor de joyas y lunares psicológicos de Van Dongen, como en Marval, o el muslo excesivo de las hembras de Picasso, como en cien telas más.

Pero no olvidemos esta otra escuela de composición abundante a lo Tiziano, que sigue Verdeau y que nos dice como, junto a los convulsos portillos abiertos en el arte abierto por los modernos, se mantienen abiertas y llenas las sendas clásicas. Entonces, pues, ¿qué reparos a los Marval, a los Starling, a los Beaudin... Además creo que

ellos traen sus candados, pistones y demás herramientas para trochar su camino cada cual.

—Qué representa este lienzo? —me pregunta una mujer bonita, en el Salón.

—No sé nada sobre el particular, —le respondo sólito.

Y como sé que a una mujer bonita conviene siempre decirle hermosos absurdos, agrego relamiéndome:

A semejanza de esos juegos de cubos, con carnes ne-presentar nada. Por eso, justamente agrada. Si representase algo, disgustaría. Radiguet ha recomendado banalizarse en lo posible. ¿Qué representa un hombre cuando toma café con Calvados?...

Tratábase de una maravillosa pintura sin nombre y aún más, que no era posible darle nombre alguno, puesto que, como muy atinadamente argumentaba la mujer bonita, no representaba nada sustantivo, nada nominable.

A semejanza de esos juegos de cubos, con carne negras y blancas combinadas, que ciertos fabricantes de anteojos exhiben dibujados en los muros de los grandes boulevares, para demostrar la complejidad y limitación de nuestra vista, existen algunas obras de arte plástico, hechas para producir una inquietud y un haz de sugerencias exclusivamente fisiológicas. Cuando, en este caso quiere la conciencia su parte de emoción y de pensamiento, no hay nada que darle. Ya Maurice Raynal ha orillado esta zona del arte plástico... No... Me parece que más bien ha sido Jean Cocteau, en "El Secreto Profesional". Los románticos Delacroix y Corot, trabajaron para eso contra el arte pagano y el Renacimiento, que hicieron obras por la retina, más que para el nervio óptico. Posteriormente, el impresionismo fué una reacción y el color architorrencial, en Monet e Ingres, relinchó para la fiesta exclusiva del humor vítreo y el humor acuoso. Y por este camino hemos llegado ahora a un arte de pura emoción animal. El cubismo lo ha realizado, a fuerza de semicolar y transparentar la sensación temática y todo el procedimiento. Cretinos sean quienes vieron en el arte de Picasso, barroquismo. El arte cubista ha triunfado ya, y su triunfo prueba lo contrario, esto es, su esencia es-cueta, su simplicidad, extracto líquido de vida.

El ojo, más que el espíritu, gusta lo simple y no lo intrincado. Caótico, o por lo menos, complejo es el arte que quiere decir algo y significa algo, es decir, el arte hecho para el espíritu, mientras que este otro arte hecho para la retina no espira sino al placer fisiológico, o lo

que es igual, a la dicha subconsciente, profunda, universal, permanente. La retina y toda nuestra sensibilidad, en general; goza cuando está ante algo que no padece de lo que podría llamarse pedantería de conciencia o pedantería de símbolo, éste o el otro.

Las obras que realiza en el Salón de Otoño dicho esfuerzo nuevo de belleza, son todavía muy contadas. No ha sido suficiente el triunfo tácito e indiscutible que el cubismo más o menos ortodoxo, acaba de obtener, sellando con su sello la orientación artística de toda la Exposición Internacional de Artes Decorativas de París. Aún tendrá que combatírsele. A más violentas fieras (así se llama aún a los cubistas) más duros barrotes.

A esa corriente de vanguardia pertenecen las brillantes telas de Taborj, Foujita y las esculturas del genial Decreff, de Sargallo, Brecheret y del mexicano Carlos Bracho, que se muestra un triunfador.

Mundial, N^o 285, 27 de Noviembre de 1925.

DEL BARRIO NEGRO A LOS CAMPOS ELÍSEOS

Del barrio negro de New York a los Campos Elíseos.— Nueva ofensiva del jazz.— Estrellas negras de la escena.— La “Santa Juana” de Bernard Shaw y las envidias francesas.— Luzmila Pitoeff, la más grande comediante de París.— Pena y proceso por una cabellera a lo Ninón.— La paz en Locarno y la paz en los teatros.

No voy a relacionar para nada mis elogios al arte negro con mi obra poética, ni vaya a verse en aquéllos explicación alguna de mi estética. Libre es el blanco de llamar a mi verso, verso negro, y el negro de llamarlo blanco o rojo. Yo no me meto en ello, Alberto Rojas (*) dijo en “*El Mercurio*” de Santiago de Chile que ante el revolucionarismo de mi libro “*Trilce*”, resulta ortodoxo y académico el disparate de Francis Picabia, y si yo he expresado luego, en una entrevista que me hizo últimamente el corresponsal en París de “*El Diario de la Marina*” de La Habana, que no tuve nunca la mente de seguir al autor de “*Relache*” ni a escuela literaria alguna, lo hice sólo respondiendo a una pregunta categórica del amable periodista cubano. Siempre gusté de no discutir ni explicarme, pues creo que hay cosas o momentos en la vida de las cosas que únicamente al tiempo revela y define.

A lo que voy ahora es a noticiar un acontecimiento singularísimo: la conquista de París por el teatro negro,

* Alberto Rojas Fimenev, poeta chileno.

traído directamente del barrio negro de New York al Music-Hall de los Campos Eliseos. El ballet negro, he aquí el convencimiento del día en París.

El teatro de los Campos Eliseos, cuyo director es el simpatiquísimo Rolf de Maré, se ha destacado siempre por su amor a lo exótico y a lo desconocido, habiendo introducido por primera vez en París, el ballet sueco, las danzas de Isadora Duncan y de Loie Fuller, los Coros Ukranianos, los Conciertos Futuristas y el ballet ruso. Hoy acaba de ofrecer a París, también por primera vez, el ballet negro, cuya resonancia artística viene a probar-nos, hoy como ayer, la gran envergadura espiritual del Africa, de esa raza de triángulos y de color "a miel quemada", que quiere tomar por los cuernos a la vida, según la expresión de Delteil. El pobre Guillermo Apollinaire habrás estremecido en su panteón de héroe, al percibir en el aire del tiempo este ruidoso triunfo de la estirpe cuya riñonada plástica percibió él, antes que nadie, en los albores del cubismo.

Un boceto de la danza negra, auténtica, había yo visto ya en película, en casa de Maurice Raynal, el crítico mayor de Picasso y del cubismo. Ahora se trata, más que de una danza plástica, de una danza auditiva. Se trata de un jazz prístino, original, en toda su salvajez inédita: los huesos ilíacos en relincho de sensualidad espasmódica hasta el dolor del alma; el trombón que destiempla los dientes; la serie de tambores y platillos cuya vibración se hace polifonía soberbia, ululante, seca, heroica, lánguida, lujuriosa de triste lujuria; el crujido de los miembros, al danzar, al compás de un auto-tropezón imprevisto, aunque estilizado estupendamente, o al son de un sombrero de copa que cae al dar en el tablado y se rompe en dos tiempos armoniosos. Un wagnerismo bastardeado a favor del clarinete del deseo?... En todo caso, París está asombrado. Nunca había presenciado semejante música, tales instrumentos monstruosos, cuales refriegas anatómicas del baile salvaje, en que los siete frenos católicos de nuestra civilización no bastan a amordazar la angustia misteriosa del animal que se pone de espaldas con el hombre. Danza de la selva, ante cuya crudeza casi meramente zoológica, no hay moral ni crítica posible.

Picasso, Jean Cocteau, están de plácemes. Si aún viera Erik Satie, cómo habría gozado el gran viejo adolescente!...

Contento también está más de un crítico teatral, enemigo de Bernard Shaw, que ha enfrentado el éxito de

la *Revista Negra* al éxito de "*Santa Juana*", que por estos días se da también en el Théâtre des Arts. Pero lo que no puede discutirse, sin duda, es el arte de Luzmila Pitoeff, en su papel de Juana de Arco de la obra de Bernard Shaw. Ni Ida Rubinstein, en "*El Martirio de San Sebastián*" de D'Annunzio, ni Cécile Sorel en "*El Idiota*" de Dostoyewsky pueden igualarla.

La actriz rusa parece ser hoy la más alta figura de la escena francesa. Particularmente, en el rol de la amazona sagrada que echara su caballo de General por sobre las narices del propio Arzobispo de Reims, la humanidad purísima de la Pitoeff, su sencillez, el oro nativo de su arte, sin metalurgia ni artificio alguno, cuán lejos está de los viejos y comadronas de la Comedia Francesa, y del Odeón, inclusive Lambert y Madame Lisika, que acaban de representar "*Polifemo*" de Samain en las ruinas de la Argelia.

En lo tocante a Bernard Shaw, ciertos críticos correspondiendo a los ataques del gran inglés a París, lo juzgan inferior a Pirandello, aunque el teatro del primero posea un humanismo que no existe en las obras del italiano, quien quedará tal vez más como innovador de la técnica escénica que como creador de dramas de valor intrínseco y humano. Cada cual, por lo demás, tiene sus opiniones.

Cada cual tiene sus opiniones y sus gustos y nadie puede meterse a imponer los suyos a los demás, así se trate de padres e hijos. Por eso las gentes ya saben a qué atenerse en lo que se refiere al fallo que dictará la Corte de Justicia de Dijon, en la demanda interpuesta por un padre de familia contra el peluquero que cortó el cabello de una linda hija suya, menor, amiga de la falda a lo Claudina y del pelo a lo Ninón. "Cortarle los cabellos a mi hija!..." ha trinado el padre herido en el corazón y en su moral, —"Pido, señores, diez mil francos de indemnización!..."

A lo que las gentes sonríen maliciosamente, pues están seguras de que el peluquero no practicó el corte denunciado, por su propio gusto, como el padre, sino a solicitud de la menor, como dicen los escribanos de Estado en el Perú.

Con todo, hay momentos en que los hombres llegan a acordar sus opiniones y tendencias. El señor Crémieux, Presidente de la Federación Teatral de París, que acaba de hacer una gira profesional por Berlín y Moscú, quiere que las gentes de teatro de todos los países formen una como Internacional de la escena, y parece que su proyecto

va en camino de realizarse. Será el Locarno de los teatros europeos. Así como los Gobiernos europeos se han puesto de acuerdo en Locarno para evitar la guerra, así los hombres de teatro de Alemania, Rusia, Francia, Inglaterra, etc., se van a poner de acuerdo para evitar las guerras entre los intereses teatrales de dichos países y para un entendimiento que permita el desarrollo del ideal escénico en el mundo, cosa que parece, sin embargo, muy difícil, aunque no tanto como la armonía de las naciones. Pero, si esta internacional del teatro se realiza, el Briand de este Locarno será el señor Gémier. Siempre Francia por delante y sobre todo.

Mundial, N° 287, 11 de Diciembre de 1925.

ENTRE FRANCIA Y ESPAÑA

La nueva literatura de América. — Emoción racial de una visita a España. — Cómo en Pérez de Ayala: reconquista del paisaje. — La ciudad y las sierras. — Mares de smoking. — Oscar Wilde y César Vallejo. Ruidosa polémica, sobre las poesías puras. — España y Rusia, los pueblos más puros de Europa.

(Especial para Mundial)

Biarritz, noviembre de 1925).

Hace algunos meses, en París, me divertía leyendo un artículo de Astrana Marín en "El Imparcial" de Madrid, relativo a mi obra literaria. El ilustre crítico español, a quien, dicho sea de paso, no tengo el honor de conocer ni de vista, iniciaba su artículo con esta salutación: "Se renuevan las cosas. La luz nos viene de América. Los poetas del otro mundo se disponen a adoctrinar en su ritmo a las generaciones castellanas..." Diríase una entrada a Jerusalén, entre palmas y hosannas, Ya, desde algunos años, Astrana Marín saludaba la presencia de Vicente Huidobro en Madrid, en tono parecido. Sólo que —y este era el motivo de mi hilaridad, —al revés de lo que cree el señor Astrana Marín, yo no he puesto aún pié en la Villa y Corte. De España apenas he conocido hasta ahora, la verde y horaciana Santander.

Es recién ahora, que voy a Madrid, por la primera vez, señor Astrana. Desde la costa cantábrica, donde es-

cribo estas palabras, vislumbro los horizontes españoles, poseído de no sé qué emoción inédita y entrañable. Voy a mi tierra, sin duda. Vuelvo a mi América Hispana, re-encarnada, por el amor del verbo que salva las distancias, en el suelo castellano, siete veces clavado por los clavos de todas las aventuras colónidas.

—A qué va usted a ir a Madrid! . . . , —me argumentaban como examinadores los amigos de París.

—A conocer sus grandezas, las grandezas de España, los irreprochables descalabros anatómicos del Greco; los auténticos estribos de oro regalados por los Papas a los grandes Reyes déspotas; la pequeña esquina de la derruida Capilla del Obispo, en la Puerta del Moro; los dulces grupos de mujeres de velo, anacrónicas, y sensuales; el alto y claro cielo; el primer manuscrito del idioma, sobre el pergamino en que don Rodrigo Díaz de Vivar y su mujer Jimena testan sus heredades. . . etc. A eso hay que ir a Madrid.

—Bueno, A eso se puede ir, pero para pocos días. Luego, il n'y a rien á faire, —añadían los amigos, perdidos para siempre de parisismo.

Heme, pues, en viaje a Madrid, no en jira literaria. ¡Dios me libre!, sino en jira de buena voluntad por la vida. Nada más, señor Astrana. A Madrid, yo no voy a "llegar, ver y vencer", como usted cree. Si hay alguna parte en este mundo, donde ha de triunfarse (¿), no será por cierto Madrid el más indicado.

Me he detenido aquí, en Biarritz, a pastar mis fatigas en las armoniosas vegetaciones de los Pirineos; pueda yo en esta fuga de París, recuperar para el cruento esfuerzo por la existencia, mi sentimiento de naturaleza inculta y sin senderos, que advierto un tanto encogidos entre mis cuitas civiles. Qué amable es deslizarse o pugnar en la selva virgen y compacta, en atmósfera y tierra sin caminos. Qué amable es perderse por falta de caminos. Ahora tengo ansia de perderme definitivamente, no ya en el mundo ni en la moral, sino en la vida y por obra de la naturaleza. Odio las calles y los senderos. Cuánto tiempo he pasado en París, sin el menor peligro de perderme. La ciudad es así. No es posible en ella la pérdida, que no la perdición, de un espíritu. En ella se está demasiado asistido de rutas ya abiertas, de flechas y señales ya dispuestas, para poder perderse. Al revés de lo que ocurrió a Wilde, la mañana en que iba a morir en París, a mí se me ocurre amanecer en la ciudad, siempre rodeado de todo, del peine, de la pastilla de jabón, de todo; estoy en

el mundo con el mundo, en mí mismo conmigo mismo; llamo e inevitablemente me contestan y se oye mi llamada; salgo a la calle y hay calle; me echo a pensar y hay siempre pensamiento. Mas ahora nó. Ahora, entre los contrafuertes de los Pirineos y el bello mar gascón, en días de otoño, cuando, pasada la temporada de verano, han vuelto todos a París, a Londres, a Roma, a Madrid, a la lejana América, heme por fin libre de calles, de rieles, esquinas, telégrafos, torres, teatros, periódicos, escritores, hoteles, peine, jabón, de todo esto que, de una u otra manera, es camino; heme libre hasta de pensamientos. Sí (Ah, mi querido Vicente Huidobro, no he de transigir nunca con usted la excesiva importancia que usted da a la inteligencia en la vida. Mis votos son siempre por la posibilidad).

(Bergsonismo? Pas du tout! Pues el señor Paul Souday, cuyo racionalismo acaba de pulverizar el bravo abate Brémond en su polémica sobre la "Poesía pura" confunde la teoría de la intuición del filósofo francés, con la sensibilidad como función más que psíquica, fisiológica, de que le he hablado a usted algunas veces, mi querido Vicente).

Aquí, cubierto de mar y de montaña, sin caminos—que son valores exclusivamente de memoria, puesto que la idea es mera historia del hecho de la vida, y los caminos en el mundo son mera historia de la marcha ya efectuada—, aquí, repito, sin caminos, saturado de tierra y espuma, desaparece en mi boca el sabor del pan del dolor y del agua de la aflicción, de que vivimos en las urbes, en las cárceles, en los conventos... He aquí, ante mis ojos complacidos, la móvil hoja del álamo internacional, el viento negro y excesivo que ni va ni viene sobre los cerros. Más allá, el manso Bidasoa fronterizo, la atmósfera, en fin, en que la espina urbana se ha quebrado sin lograr penetrarlo. Aquí está Biarritz, sus roquedales de la Virgen, bañados por la olas siempre retozonas; el faro, decorativo más que de utilidad para los náufragos; la Chambre d'Amour; el desolado monte de la Rhume, las barquitas de pesca a vapor, las blancas villas de tejados rojos, el viejo puerto melancólico... Un panorama encantador! Y más abajo, Hendaya, la cenagosa, donde hoy pasa sus días de exilio el buen don Miguel de Unamuno; al otro lado del Bidasoa, San Sebastián, cruzado de brazos de mar. En el horizonte redondo, quién sabe al norte o al poniente, quedará muy lejos ya de aquí, la zona criselefantina donde vivió Pierre Loti; estará, tal vez, muy lejos, lejos...

Pero, al fin de cuentas, esta costa vasca, esta cadena de montañas, qué son sino sucursales de ciudad, solapadas colonias civiles, trozos de París, pingajos de Londres, postas de urbe! Nada. Los campos de Europa, los mares del Viejo Continente, son campos de salón, mares en smoking, urbanos, civilizados, policés. Los mismos calveros entre los encinares, no son otra cosa que borradores o esqueletos de plazuelas; un islote entre las olas, es como un monumento en una gradería. Las cosas pueden ser todo lo pequeñas y distanciadas una de otras, pero nunca falta de ninguna de ellas una máquina en el corredor, un neumático en una puerta; aquella dominando el ambiente con su ruido; está regularizando a favor del muro, la entrada y la salida del amor. La propia torre de una capilla de caserío domeñada está de algún reloj, como si la vida en el tiempo no tuviese tanto que ver con la fe en la eternidad de la vida. Ya no hay campos ni mares en Europa; ya no hay templos ni hogares. El progreso mal entendido y peor digerido los ha aplastado.

Pero esta noche, al reanudar mi viaje a Madrid, siento no sé qué emoción inédita y entrañable; me han dicho que sólo España y Rusia, entre todos los países europeos, conservan su pereza primitiva, la pureza de gesta de América.

(Mundial, Nº 290, 1º de Enero de 1926).

UN GRAN LIBRO DE CLEMENCEAU

La lucha de razas.— De qué parte estará la América Latina en la próxima conflagración mundial?— La invocación latina de un diplomático chileno.— Las fiestas de Noel y la carestía de la vida.— Una revolución en el teatro: "L'Homme au sable" de Loie Fuller.— El premio Goncourt de 1925.

(Especial para Mundial)

París, diciembre de 1925.

La lucha de los pueblos ha adquirido de súbito una gran simplicidad. Nada de partidos políticos, ni de castas históricas, ni de clases sociales, ni de intereses económicos. En un principio se creyó que la guerra dejaba un conflicto exclusivamente político y que el nacionalismo y la Internacional eran en el fondo las dos fuerzas centrales de la lucha de los pueblos: desaparezca el nacionalismo, se dijo, y la paz será entre los hombres. Luego se cayó en la cuenta de que se trataba de viejos resquemores de castas, achacándolo todo a los militantistas, a los hombres de la iglesia, a la burocracia: desaparezca el ejército, se argumentaba, y la paz será entre los hombres. Pero más tarde se volvió los ojos a los aristócratas y al pueblo y se creyó que todo era cuestión de patricios y plebeyos: desaparezcan, los poderosos, se dijo, y la paz vendrá a la tierra. Pero todavía más tarde, se trajo sobre el tapete al capital y al trabajo y se redujo el problema de todo bienestar humano a un enunciado económico. En suma,

las cosas llegaron a complicarse tanto que nadie sabía a qué atenerse.

Hasta que de repente la guerra de Marruecos, la guerra de Siria, la débacle de la China, el despertar de Turquía, la multiplicación de los Ku-Klux-Klan en Europa, el fallo de la Sociedad de las Naciones en el asunto de Mosul y, en fin, el Pacto de Locarno, han venido a decirnos que todo el caos contemporáneo se reduce simple y llanamente a un problema de razas. No hay más que blancos y hombres de color. He allí los dos únicos factores en lucha. Todos los acontecimientos recientes atestiguan la polarización del caos actual en esas dos zonas únicas de combate. Hombres de gran perspectiva histórica, tales como el ministro francés, M. de Monzie, creen que la futura conflagración mundial tendrá como polos centrales a los Estados Unidos y al Japón, y los demás opinan que esto prueba justamente que esa conflagración será una exclusiva conflagración de razas, esto es, el encontrón histórico que hoy se está fraguando en el mundo entero. ¿Triunfarán los blancos, anglosajones, norteamericanos, germanos, nórdicos, franceses, italianos, españoles, en fin, la civilización occidental — ¿O triunfarán los hombres de color, rusos, japoneses, el Islam, los chinos, indostanos, en fin, la civilización del Oriente? Sólo Dios lo sabe. Y en esta encrucijada ¿qué campo ocuparán los pueblos de Latino-América? Porque hay quienes piensan que las razas sudamericanas no tienen en verdad hasta hoy una afiliación definida. Son latinos? ¿Y su parte indígena, cuyo origen parece emparentarse, a todas luces, con el Oriente Antiguo? Además, este elemento indígena ocupa las tres cuartas partes de aquellas poblaciones y últimamente la cultura de ellas trata de inspirarse más y más en su tradición pre-latina. Quien siga de cerca los recientes movimientos culturales de América, no podrá pasar por alto el ahinco que ponen sus dirigentes, escritores, artistas y profesores, por darse la mano con sus colegas del Oriente, tales como Gandhi y Tagore. No hace mucho Abd-el-Krim se puso en relación con Sudamérica, para obtener simpatías y auxilios. De otro lado, la influencia lenta pero profunda, del comunismo, es innegable en aquellas tierras. En fin, el antagonismo insoluble entre los Estados Unidos y Latino-América, jugará un importante papel en caso de producirse esa conflagración. Así, pues, ¿de qué parte se pondrán los pueblos de la América Latina? Sólo Dios lo sabe. De mí sé decir que mi creencia es firme aunque nuestra evolución irá acercándose más y

más a la latinidad y que si América llega a ser el centro de la civilización futura, ello se hará a base de nuestro contacto con el pasado, por medio de la raza latina. En un artículo que publiqué hace poco en "L'Europe Nouvelle" de París, decía yo, a propósito del porvenir racial de América: "Si l'Amérique Latine reçoit de plus en plus des courants d'immigration européenne, sa race gagnera inmensément, car elle deviendra chaque jour plus homogène et accentuera cette filiation ethnique européenne qu'elle possède depuis plusieurs siècles".

El cariño que empieza a sentir Europa por la América Latina, crece día a día. Singularmente, los pueblos latinos de Europa tratan de acercarse más y más a sus parientes transatlánticos. En París funciona, desde hace varios años, el Bureau de la Prensa Latina del mundo, cuya sede es "Le Journal", y en el que están asociados eminentes representantes del periodismo latino. Con qué fines? Con un fin de defensa y prosperidad de la raza. En verdad, ésto es lo que se hace? Entonces, ¿por qué en nuestro almuerzo del lunes pasado, el señor Eliodoro Yáñez, delegado de Chile ante la Sociedad de las Naciones, y director de "La Nación" de Santiago, nos dijo en su discurso que la política de cada pueblo latino es exclusivamente de campanario y no de amplitud racial? Acaso lo decía dirigiéndose a Raymond Poincaré, ese toro farnesio del nacionalismo francés, que, en su calidad de colaborador de "La Nación" de Buenos Aires, asistía a nuestra mesa?

Una tal innovación de fraternidad internacional tiene no sé qué sabor de amarga experiencia entre los hombres, escuchaba en estos días en que se conmemora el nacimiento del Hijo del Hombre. Dichosos los niños que, ajenos a tan hoscas inquietudes, se divierten santamente, mirando las Exposiciones de Noël de los grandes almacenes de París! ¿Que la vida, de otro lado, se hace espantosamente triste, por su carestía? ¿Que un juguete cuesta mucho? ¿Que un pavo para la cena de Pascua vale cien francos? De veras, la vida es triste hasta para los niños...!

Pero nos queda el ensueño y la ilusión, que no cuesta nada, salvo en el Music-Hall de los Campos Elíseos, donde Loie Fuller ofrece en estos días una comedia mágica: "*L'Homme au sable*", maravilloso conjunto de visiones celestiales y fantásticas, de una novedad teatral desconcertante. No se trata de nada hablado ni de argumento alguno. Ninguna palabra ni leyenda escrita a

la manera cinematográfica. Ni una hebra de razonamiento a lo Maeterlinck. Es un cuento infantil, un sueño de hadas una serie de episodios de gloria, que unos niños, guiados por un genio propicio, l'homme au sable, ven mientras duermen: ellos visitan gozosos y maravillados, las nubes, la luna, el país del fuego, el mar de las tempestades, las estrellas, el reino de los ángeles, los paraísos verdaderos... Un viaje de candor y de dicha pura, como en las viñetas de los libros sagrados. En "L'Homme au sable" todo es posible y hacedero: se atraviesa la roca, se danza entre las llamas, se pisan las nubes, en fin, se alteran por milagro, las leyes naturales. Y todo sucede únicamente a base de combinaciones de luces y sombras. Como en el cinema, el decorado y los ambientes son múltiples y se suceden vertiginosamente.

"L'homme au sable" viene a revolucionar la escena. Esta comedia puede situarse entre el teatro y el cinema, porque participa de ambos, y ella puede ser el punto de partida de un arte nuevo, cuyos fundamentos irán delineándose y afirmándose poco a poco. Una de las mejores cualidades de esta comedia mágica es que en ella no hay ningún simbolismo y los valores en acción son directos, simples, escuetos, vivos por sí mismos, sin intelectualismo alguno.

En cambio, M. Clemenceau sí que nos acaba de dar un símbolo en su libro "Demóstenes", estrellado de ideas y pulposo de estilo, cuyos primeros capítulos ha publicado "L'Illustration" y cuyo texto completo verá la luz, según se dice, después de la muerte del autor. Hay, de veras, un símbolo en "Demóstenes"? En rigor no los hay. Sólo hay allí una ostensible alusión a nuestra época y en especial a Francia y a Clemenceau. "En ciertos momentos —dice El Tigre en un pasaje—, del fondo de esta caldera de ideal y de bajas pasiones (habla de la Grecia bajo Filipo), un hombre surgía para mostrar energías con honda huella su paso por la ciudad. En las luchas sin fin por la hegemonía, Tebas se reconoció en Epaminondas, Esparta en Lysandro, Atenas en Pericles. Para la propia Hélade, en la hora trágica en que sus supremas aspiraciones iban a expirar en la impotencia de traducirlas en hechos, el hombre del destino es Demóstenes... Y más adelante afirma: "Un pueblo puede lanzarse emotivamente a la guerra de buen o mal grado. Mantenerse en la guerra, por el rigor de un cálculo de prudencia, imponiéndose el sacrificio de sí mismo, en favor de una causa superior, es ya empresa de otra envergadura. Entonces es

menester un hombre —el Hombre único de Ibsen—, para realizarlo”. No está claro el paralelo con la figuración de Francia entre los aliados de 1914 y de Clemenceau en Francia.

Y por fin, aludiendo, sin duda, a la causa aliada en la gran guerra dice: “Napoleón observó con desdén las batallas de la independencia americana, no en comparación de las suyas, sino con un valor de combates preliminares. El no previó que nuestras guerras modernas alinearían efectivos a cuya lado los suyos palidecen a su turno. Guardémonos de la falta de medir el esfuerzo humano por el número, cuando Maratón y Salamina han hecho ver precisamente la inanidad de las multitudes militares en la balanza de las energías, en horas en que el impulso irresistible de la idea lanza al hombre todo entero hacia el desenlace absoluto. La organización, la disciplina, la estrategia, podrán a menudo decidir de la victoria. La simple fuerza de la idea tiene también su día...”

El libro de Clemenceau ha causado sensación en Francia. No tanto como el de Joseph Delteil, “*Jeanne d’Arc*”; sí más que el de Maurice Gènevoix, “*Rabiolit*” que ha obtenido el Premio Goncourt de 1925. De aquí que no falta quien haya reclamado para “*Demóstenes*” el Premio Goncourt, por ser más fuerte que el de Gènevoix.

Pobrecito señor Clemenceau! No haberle dado el premio Goncourt. Habráse visto! Qué injusticia!...

(Mundial, N^o 299, 5 de Marzo de 1928).⁶

INFLUENCIA DEL VESUBIO EN MUSSOLINI

Epoca de trastornos inauditos.— Apología de Landrú en Berlín.— El culto del "Woodoo" en Nueva York.— Veinte y cinco látigos al párroco de Bombón.— Club de maridos desgraciados.— En el casino de París: el decorado que anda.— El jazz es de origen francés o americano?— Lucha de la falda corta contra la falda larga.— Una tercera moda en discordia.— El dictador de Grecia y el instinto pagano del ritmo.

(Especial para Mundial)

París, enero de 1926.

"Un viento de perturbación general sopla, con una velocidad que rebasa toda medida, sobre nuestro viejo planeta...", exclama un periódico de París. Y así es, en verdad. En los últimos tiempos han sucedido terribles sucesos, ante los cuales son agua de borrajas los cuentos de Hoffmann, el Libro de los Soles, el Génesis. El mundo atraviesa por un instante de advenimientos inauditos y de insólitas pesadillas: un nuevo Mesías, el señor Krisnamurti, ha aparecido sobre la faz del globo y la Liga de Católicos de Londres rehusa reconocerle por tal; en Nueva York se practica el culto del "Woodoo", esto es, el descuartizamiento de mujeres en honor de un troglodítico dios de la danza; la obra de Anatole France ha caído en desgracia universal por influencia misteriosa de una erupción del Vesubio; el señor Mussolini transforma el Reino Italiano en Imperio; en París todavía se mata por celos; en

un salón de la aristocracia berlinesa se apologiza a Landrú y la asistencia femenina sonríe, en señal de aprobación; los caballos de Leningrado han formado una "Sociedad Protectora de Hombres"; en la villa francesa de Bombón, donde Foch levantara su tienda de campaña, ha aparecido la efigie de Nuestra Señora de las Lágrimas y ha designado como sacerdotisa de su culto a una portera de un inmueble de alquiler, Su Santidad, Madame la Papisa, Marie Messmin...

Sí, señores. Nuestra Señora de las Lágrimas existe. El cable os habrá enterado con lujo de detalles de esta epifanía. Una estatua que de repente empieza a llorar, debido a la condensación de la humedad de la portería donde se yergue. He aquí todo. La portera de la casa, madame Messmin, se emociona místicamente, como en las apariciones de Fray Angélico, y cree que la Virgen ha descendido a su casa. Las gentes de las aldeas también se emocionan y también derraman lágrimas. La secta se forma con la portera de marras a la cabeza. Es el año de 1905; viene luego la guerra; la secta crece. Un día viene un pobre tonsurado, el cura de Bombón, y exhorta a esos fanáticos a abandonar su culto, por haberse comprobado que no se trata sino de un fenómeno físico de condensación. La Papisa empieza a sufrir de no sé qué infortunios y pesadillas nocturnas, cuya causa cree radicar en la herejía del cura. Preguntados los demás miembros de la cofradía, responden que ellos también padecen de idénticas hechicerías, desde el día en que el pastor desaprobó el culto de Nuestra Señora de las Lágrimas. Madame Messmin se le echa encima al párroco, y un domingo, después de misa, va a la sacristía, seguida de sus greyes militantes y le propina veinte y cinco azotes al pastor hechicero, que, según ella, está poseído del diablo.

Para qué le azotó al pastor esa mujer de Dios! El hecho ha estremecido a París entero, y, como os relato, ha sido clasificado entre los acontecimientos más formidables y apocalípticos de nuestros tiempos. Los historiadores, los filósofos, los profetas, aseguran que el flagelo de Bombón tiene una trascendencia sintomática mayor que la de la guerra europea. "Asistimos a una nueva Edad Media", dicen esos iniciados. "Después de la guerra, la obscuridad, una obscuridad que probablemente durará unos cuantos siglos hasta que encienda su luz otro Renacimiento". La historia se repite, digo yo por mi cuenta, repitiendo lo que afirmaba don Hermenegildo Vásquez, el profesor de mi pueblo en el Perú.

Pero, ya podéis reiros de los historiadores. La ley no tiene nada que ver con ensueños, ni especulaciones más o menos filosóficas. Los jueces que instruyen la causa de Bombón, dicen que el hecho no da mérito a proceso y todo hace creer que los fieles de Nuestra Señora de las Lágrimas serán absueltos.

Mientras tanto, las gentes que asisten a las actuaciones de la Acción Francesa en provincias, aseguran, con un tropo excesivo entre los labios, que el abate azotado, al igual que M. Daudet después del famoso proceso de su hijo, no puede sentarse cómodamente y que durante las noches, dice entre sueños: "Bolo".

Esto les queda, pues, a ciertas víctimas más o menos presuntas, mientras a otras, tales como los maridos desgraciados, les queda el entrar al novísimo "Club de célibes y de esposos desgraciados", cuyo objeto es hacer una propaganda antineurasténica y filosófica y cuya sede está en el número 45 de la rue del Triste Justamiento, que, diría el Arcipreste, dialogan de esta manera:

—La primera vez que te engaña tu mujer es falta de ella; la segunda, es falta tuya (proverbio español).

—No se está nunca tan enamorado como uno se imagina (La Rochefoucauld)

—¿Vale más casarse con una mujer bonita o con una mujer que sepa guisar las coles?...

Etcétera.

En dicha sociedad, a la que, según, dicen, asiste ese empedernido solterón que es M. Doumergue, Presidente de Francia, existe un teatro donde se representan entremeses pertinentes, tales como "La Comedia de aquél que se casó con una mujer muda" de Anatole France, o "Le Cocu magnifique" de Croemelynk. Hay veces en que algún burlador como el de Sevilla o alguna casta como Susana, aguaitan a los socios, por las rendijas de las ventanas. Ellos, naturalmente, no se dan cuenta.

Esto, para mirarlos a ellos, que para ver aquellas clases de representaciones teatrales, no hay necesidad, puesto que otras tantas semejantes se dan afuera en las plazas y boulevares, a precios moderados: en el teatro Capucines, en el Atelier, en el Ba-ta-clán, en el Casino de París. Singularmente, en las escenas del Music-Hall. Se trata de pequeños cuadros plásticos, a cuyo servicio se ponen los más ingeniosos resortes que la ciencia teatral descubre día a día. Porque no debemos olvidar que los más frescos descubrimientos del arte escénico aparecen antes que en los teatros llamados serios, en los Music-Halls. Ultimamente, en

el Casino de París, se ha aportado el movimiento del decorado, como en el cinema. Un sistema de relojería apropiado, una máquina especial, permite cambiar a voluntad el escenario, dando la ilusión completa de que la acción transcurre no ya dentro de los veinte metros estáticos de la escena consabida, sino en los inmensos, múltiples y caminantes horizontes del mundo. De esta manera, el espectador visita diferentes lugares y recorre calles y ambientes, en una perspectiva que cambia y se continúa lógica y naturalmente, sin trucos ni zurcidos espaciales. Una linda revista que ha empezado a darse en dicho teatro, "París en Fleurs", se representa valiéndose de dicho procedimiento y ha obtenido un triunfo resonante. Como se verá por los fotograbados, con el decorado que anda, es fácil para el actor visitar y recorrer, ante el público, los lugares más diversos, las salas diferentes de un palacio asiático, como por ejemplo. Con este procedimiento, se tiene la impresión de que estamos afuera, en el mundo, y no ya en un teatro.

La innovación es de origen francés, como todas las innovaciones, asegura M. Paul Le Flem, quien en su patriotismo sumo, llega también a aseverar que el jazz es originario de Francia, pues, la palabra que designa esta danza es una simple deformación del vocablo *jasse*, autografiado a la inglesa ¿Qué maravilla humana no saldrá de Francia? Un día llegará a decirse que el Universo no fue creado por Dios, sino por el señor Paul Valery, verbigracia, o por Deschanel, aquel nervioso presidente que en una noche de luna, cayó de un gran expreso europeo.

Pero hê aquí que Nueva York se propone ahora legislar en materia de moda femenina, para el mundo entero, y ha lanzado la falda larga, contra la falda corta, sostenida por París. La lucha es terrible. Y Atenas, tan armoniosa siempre, ha lanzado para aplacar esa lucha, una tercera moda en discordia: la falda que es larga y corta al mismo tiempo, o lo que es igual, la falda que sube y baja. El hecho es que habiendo prohibido el general Pangalos la falda corta, las lindas griegas, amantes siempre del ritmo y del desnudo, han inventado una extraña falda subidiza y bajadiza. Las atenienses, de esta manera, recorren las calles en traje corto, y en el momento en que cuando ha pasado el guarda, ¡Zás! otra vez, valiéndose de de telones y primales invisibles hacen bajar la falda; cuando ha pasado el guarda, Zás! otra vez, valiendose de la misma maniobra, hacen subir la falda.

Esta es manera de zanjar discordias.

(Mundial, Nº 301, 19-Marzo. 1926).

LAS PIRAMIDES DE EGIPTO

Los rompecabezas del superrealismo.— Un insólito detective de Chesterton.— De cómo se descubrió la América.— Las grandes aventuras creadoras.— Los detectives de la historia.— Lord Carnavon y su mal de resina.— La tumba del faraón Senefrú, veinte siglos antes de Tut-Ank-Amón.— Nuevas revelaciones del Nilo.

París, febrero de 1926.

André Bretón cuenta en su "*Manifiesto del Superlismo*", que Philippe Soupault salió una mañana de su casa y se echó a recorrer París, preguntando de puerta en puerta:

—Aquí vive el señor Philippe Soupault?

Después de atravesar varias calles, de una casa salieron a responderle:

—Aquí.

Un detective que figura en una novela de Chesterton, empeñado en encontrar el asilo de un criminal, dió con él, guiado y atraído por ciertos detalles raros que ofrecía esa casa en su arquitectura.

Un día que salía yo del Louvre, a un amigo que encontré en la puerta del Museo y me preguntó a dónde iba, le contesté:

—Al Louvre.

Lo de Breton, lo de Chesterton y lo mío, indican claramente que los lugares no siempre están situados donde los hemos visto, sino que ellos saben andar y burlarse de

nuestros ojos. Solemos entonces llegar a ellos, alumbrados por todo lo que vosotros queráis, menos por la perspectiva inmediata que tenemos a la vista.

Por otro lado, bueno está recordar que Colón, según relata el biógrafo André de Loffechi, obtuvo por la primera vez la ubicación geográfica de América, entrando a su dormitorio, en Génova. "Si en lugar de entrar a su dormitorio, observa el señor Loffechi, Colón sale al jardín, pongamos por caso, no habría seguramente ubicado en su pensamiento al entrevisto hemisferio".

Otros grandes descubrimientos, en la historia como en la geografía, obedecen, sin duda, al mismo género de banales peripecias, deserciones absurdas entre la subconsciencia y el dato de la realidad, o casualidad, como querráis llamarlas. De ellas se han servido y se sirven, sin darse cuenta, aún los propios hombres de ciencias positivas, tales como los físicos, químicos, naturalistas. Nadie nos podrá discutir, por ejemplo, que M. Murquet de Vasselot se valió, acaso sin quererlo, de alguna voltereta en su cama, para descubrir el principio científico según el cual algunos bronce chinos de la época de la dinastía de Tsing, mantienen una coloración azulada al contacto del aire. Oberkamp también ha debido echar mano a parecida maniobra inconsciente, para descubrir el simbolismo de ciertas telas persas halladas en el curso de una reciente expedición arqueológica.

En el fondo, no se trata de otra cosa que de modos de intuición tan antiguos como el mundo, pues ellos se hallan, en tales o cuales formas y más o menos tácitos o expresos, en la psicología de todas las razas, salvajes o civilizadas. En ciertas aldeas serranas del Perú, los muchachos en sus juegos suelen decidir de una duda o suscitar un aporte de esta clase de milagros, si así podemos llamarlos, diciendo verbigracia: "El primero que llegue de la calle sabrá dónde está la cometa". Otras veces, uno de los pequeños exclama, de buenas a primeras, en un grupo que ha lanzado una pelota al techo: "Voy a guardar mi libro y verán que así hago caer la pelota". Traigo esos ejemplos infantiles, porque es entre los niños que tales métodos heroicos de aventura creadora o de descubrimiento, son más frecuentes. Entre los niños y entre los locos. Entre los hombres nó, porque los hombres tienen la inclinación a ir sobre seguro, esto es, por las vías inmediatas de la realidad lógicamente practicable. Los hombres son muy maliciosos y demasiado prácticos, para fiarse de tales aventuras de intuición de que tratamos.

Los egiptólogos Rowe y Greeless que, bajo la dirección de M. George Reisner, venían realizando importantes exploraciones arqueológicas en las grandes pirámides del Nilo, acaban de descubrir valiéndose, a no dudarse, del procedimiento del detective chestertoniano, una espléndida tumba milenaria, la del faraón Senefrú, que reinó nada menos que veinte siglos antes que el zarandeado Tut-Ankh-Amón ¿Quién nos puede discutir que Rowe y Greeless no han actuado de verdaderos detectives en pos de Senefrú, azogado personaje inasible entre las entretelas múltiples del tiempo de la fábula? Fue que, como hemos dicho ya, los lugares —tumbas o cunas— suelen ambular en el espacio y en el tiempo y burlarse de los ojos del historiador o del simple mortal. Los lugares son terribles. Saben jugar extraños juegos a escondidas, a tal punto que, como ya dijimos, para dar con ellos no siempre debe uno guiarse de la perspectiva inmediata y visible, sino hay que saltar abismos inauditos, apelando consciente o subconscientemente, a truculentas aventuras y a cábalas y odiseas absurdas, como en el caso de Soupault, como en Colón, como en tantos otros burladores de la pobre lógica de los hombres.

Lord Carnavon, que descubrió en febrero de 1923, en presencia de la reina de Bélgica y del Príncipe Leopoldo, el tercer hipogeo funerario de Tut-Ankh-Amón, padecía, según se ha sabido después de su muerte, una misteriosa enfermedad nerviosa. Su compañero de aventura arqueológica, Mr. Howard Carter, refiere que el infortunado Lord, estando aún en Londres, antes de su hallazgo faraónico cada vez que venía a sus narices algún olor a resina, sin saber por qué, se ponía mal y tenía cavilaciones melancólicas. Entraba entonces a su biblioteca y abría sus volúmenes. Los Carnavon sufrían sin darse cuenta, de "aventura", de aventura de intuición. Hechos posteriores así nos lo demuestran. El propio Mr. Howard Carter asistido del profesor Douglas Derry y del doctor Salery Bey Hamdi, al encontrar el otro día el sarcófago de oro macizo en que estaba encerrada la momia de Tut-Ankh-Amón, el héroe entresoñado y buscado por Carnavon, ha constatado que dicha momia se hallaba cubierta de una espesa capa de resina sagrada, que al calor habría derretido. Esta resina despedía un olor a infinito y a camino de Lord Carnavon hacia la momia remotamente situada en la leyenda.

Por lo demás, el hallazgo de esta momia ha sido sensacional. Según M. René La Bruyère, él prueba tres cosas:

primeramente, que los egipcios poseían un notable sentimiento del teatro, pues la figura grabada en la superficie del primer sarcófago medical, establece que Tut-Ankh-Amón murió de 18 años de edad, sin que se sepa la causa de su muerte; y, en fin, el tercer sarcófago, vaciado en oro de una sola pieza, vale un millón de francos, sin contar en ello el valor del cetro, de la máscara, del buitre y la serpiente simbólica y de los miles de piedras preciosas que rodean a tan brillante cadáver.

Tales son, a veces, los resultados de las locuras colónicas. Otras veces no se va con ellas a ninguna parte.

Mundial, N° 302, 26 de Marzo de 1926.

UNA GRAN LUCHA ENTRE FRANCIA Y ESTADOS UNIDOS

El eterno conflicto entre materialistas y espiritualistas.— El fakirismo, contra el progreso occidental.— Imposibilidad de una misión mesiánica en nuestros días.— Dos enunciados de la civilización.— La Princesa Mary de Inglaterra lanza la moda del smoking femenino.— Por qué fracasó Wilson.— Hombres trascendentales y hombres circunstanciales.— Sensacional campeonato de tennis.— Suzanne Lenglen contra Helen Wils.— Nenúfares del norte y laureles latinos.

(Especial para Mundial)

París, febrero de 1926.

Cuando se piensa en esta máquina multimontada de antenas y motores, que es la velocidad moderna, —en París como en Nueva York—, se ve uno precisado a preguntarse si, al revés de lo que se cree generalmente, los hombres marchan, por ese camino, hacia un nuevo y desconocido oasis de auténtica perfección. El reciente impulso adquirido por los juegos olímpicos, ha sido súbito y excesivo; los números de fuerza física, se han multiplicado y han capturado zonas inmensas y preciosas en nuestros días; el progreso material crece y unce a sus cuernos a los hombres, quieran o no quieran. ¿A dónde vamos en esta rueda vertiginosa, hecha exclusivamente de tendón y

de corriente eléctrica?... Las dos mentalidades de siempre, —los partidarios del progreso y sus enemigos—, se han puesto a la lucha con mayor ahinco que nunca. Al brutal pistonazo de una bomba de Arquímedes y al sutil estremecimiento de una espiral de reloj, ha respondido el fakir Turah Bey, hundiéndose en la garganta inmóvil e indolente, un puñal metafísico y brillante... Ni un alarido, ni un leve dolor, ni una gota de sangre en la carne teatral de Turah Bey.

Los amigos del progreso oyen estas increpaciones, por ejemplo: A la Tierra Prometida no fueron los hombres en hidroavión, como va hoy cualquier sargento mayor a Pernambuco; a la Tierra Prometida, amada por los taumaturgos de todas las épocas, no se va ni siquiera en tren, sino a pie, —aduce el señor Tagore en el Asia, el señor Spengler en Europa, el señor Antonio Caso en América y el negro Douglas, el del jazz-band, en los grandes cabarets de Montmartre. El propio Renán da a entender que la salvación de los hombres se hace hoy poco más que imposible, en este ambiente de Wall Street y de Rue de la Paix; una intentona mesiánica vendría ahora, en tales condiciones, a un fracaso absoluto, lastimoso, ridículo, amabilísimo, encantador. ¿Atravesamos entonces por un período de importancia moral y de falencia taumatúrgica? ¿Quiere decir entonces que el advenimiento de un Dios, que pueda de un solo zarpazo abrir una nueva senda de perfección, es actualmente imposible, a causa de que a ello se opondría el arrebatado y flamígero Olimpo del industrialismo contemporáneo?

¡No! —replican los otros—. El problema de la perfección de los hombres tiene ahora otro enunciado y otra incógnita, —impugnan los partidarios del progreso, es decir, el señor Marinetti, el señor Montherlant, el señor Dempsey, el señor Charles Chaplin, el Papa, que acaba de bendecir los cabellos cortos de las mujeres y la media "les petits lits blancs" de la Opera, lanzaron la flamantídocena de novias bonitas que la otra noche, en el baile de sima moda del smoking femenino, cuyo primer modelo lució hace días Su Alteza Real, la Princesa Mary de Inglaterra. El problema de la perfección humana, —dicen estas filas—, se reducen a preguntar de qué manera puede el hombre conquistar su dicha, fundándola justamente tanto en la máquina y en los smoking femeninos, como en los valores morales y permanentes de la vida. Todos saben que la dicha suprema radica en la perfección integral, en la plena posesión de una luz infinita, serena y

armoniosa. A ella, por consiguiente deben concurrir cuerpo y alma, espíritu y materia, progreso físico y cultura moral. ¿En qué dosis y en qué términos ha de cultivarse tanto el cuerpo como el alma, para llegar a ese fin de armonía y plenitud. ¿Habrà que frenar o, antes bien, acelerar el progreso material? He allí el problema. Ya no se trata, pues, de auspiciar misiones individuales, de predestinación sobre los demás mortales, sino de efectuar la perfección humana por obra de una racional y solidaria acción de todas las energías de la vida.

Nada de redentores ni de sortilegios más o menos divinos o mixtificables. Se acabaron las grandes unidades. Wilson mismo no pudo ya ser Salvador. En nuestros días la obra vendrá de las manos conscientes y plurales del pueblo y de la humanidad en masa. A la taumaturgia ha sucedido la pedagogía.

Hay lugar para que algunos puedan preguntárselo con todo el candor del mundo. Un señor, vestido de azul y calzado de marrón dos veces, se abotona cincuenta botones del traje, toma quince vehículos, se quita y se pone el abrigo diez veces, que paga y espera veinte veces la vuelta, que lee tres periódicos y dos revistas ilustradas, que presta atención al movimiento de cien mil carros y cincuenta ascensores, que toma tres pousse-café, que hace diez cortes y tanteos de su caja personal, que duerme algunas horas, que tiene en fin que echar expertas miradas a torno suyo para no dejarse robar por los hombres o traicionar por los amigos... todo en un solo pobre día de 24 horas... ¿podrá tener tiempo para vivir siquiera un ligero instante espiritual, desinteresado, universal y puro, en este pícaro horario de New York o de París?...

Pero hay más todavía. Si a tal distribución ordinaria del tiempo, se añade otros quehaceres extraordinarios, alguna ocupación especial, un juego o distracción banal, que viene a sacarnos de lo común tedioso y de la monótona generalidad, tales como el sport, verbigracia, la cosa entonces aprieta. De dónde se puede sacar tanto tiempo para abastecer a tantas actividades? No les falta, pues, razón a quienes han clasificado a los hombres en hombres trascendentales y hombres circunstanciales. Ya lo creo que los hay. O uno se dedica a vivir la permanente, pura y desinteresada gravitación de la vida, o uno entrega todo su tiempo a vivir las fugitivas, útiles y más o menos coloreadas superficies de la existencia. Mas ¿no habrá quienes sean capaces de unir, refundir y extraer de esos dos lados de la vida la heroica floración de pleni-

tud humana que ansías y buscan, por uno u otro camino, tirtos y troyanos, espiritualistas, trascendentales y circunstanciales?

Entre tanto, la vida transcurre, avanza y redondea su aliento prodigioso. Así es cómo París acaba de estremecerse con una emoción nueva y delicada, ante el match de tennis efectuado en Cannes entre Mlle. Suzanne Lenglen y Mlle. Helen Wills. Europa entera se ha conmovido ante esta amable lucha, de belleza y sentido verdaderamente moderno, que dos mujeres de ambos lados del mar, han ofrecido al mundo, al amor de una fina raqueta sonora, vibrante como el aro del Discóbolo, y al amor de una rítmica "bala" graciosa y veloz como la flecha de Eros.

Un ruidoso campeonato! Una francesa contra una norteamericana! Es la primera lucha internacional de su género entre dos mujeres. Su anuncio provocó una expectación de este y del otro hemisferio, tanto más intensa que en 1921, cuando el boxeo entre Dempsey y Carpentier. El público mundial se dividió por razas, en latinos y anglo-sajones, y luego por nacionalismos, en francés y norteamericano. Se han registrado apuestas de mayores millones que cuando Carpentier y Dempsey, y la pequeña villa de Cannes ha recibido, con tan delicado motivo, la visita de millares de aficionados o de simple público elegante, reyes, políticos, estrellas teatrales, millonarios, lindas mujeres adúlteras a la moda, muchos snobs venidos de remotos países.

El triunfo fue de Suzanne Lenglen. Cuando Mlle. Helen Wills, la americana, volvía a su Rolls Royce, vencida y hermosa, un sector de público le ofreció un gran ramo de nenúfares del norte, mientras los laureles latinos llovían a los pies de la vencedora. Mlle Lenglen había jugado mejor; pero Mlle. Wills era más joven y bonita.

Mundial, N° 304, 9 de Abril de 1926.

LA TUMBA BAJO EL ARCO DEL TRIUNFO

Ilustraciones al espiritismo.— Una esposa se besaba con un espíritu.— De las vírgenes locas a las vírgenes prudentes.— Los flamantes adulterios de la mujer moderna. La policía explica un suicidio por medio de palabras cruzadas.— Confidencias del verdugo de Hungría, después de 43 ejecuciones.— Psicología de los condenados.— La tragedia de la época de la Comedia Francesa.

(Especial para Mundial)

París, abril de 1926.

Un despacho telegráfico de Bordeaux anuncia que M. Teineur se ha querellado ante los jueces contra su esposa, acusándola de que le traiciona con... con su primer marido, fallecido hace algunos años. Madame Teineur, en las noches, cuando su marido la invita a retirarse al lecho, no quiere ir a dormir y se queda en su saloncito tapizado de azul diz que a jugar al espiritismo. El querellante afirma que la espiritista ha llegado a conversar en altas horas de la noche, con el ectoplasma de su primer esposo, lo cual no es nada honesto en una señora de Bordeaux, casada en segundas nupcias con un fabricante de corchos, el mismo que, según se dice en la región, lee a Freud y a Conan Doyle y viste muy bien. M. Teineur agrega al texto de su querrela un otrosí: la última noche ha oído él, con sus propios oídos, que la culpable se besaba rui-

dosamente con el difunto, a quien ella murmuraba palabras de amor, entre suspiros más o menos metafísicos. Al señor Juez solicita M. Teineur que, apreciando su queja en justicia, imponga a la adúltera la sanción correspondiente. Los jueces de Bordeaux han convocado por edicto a los posibles testigos y han ordenado que el querellante presente ante la ley el cuerpo del delito o, en su defecto el espíritu... (Un tema para un cuento de ese gran imaginativo, que es Clemente Palma, autor de "*Mors ex vita*").

A hombres tan celosos como M. Teineur, corresponderían mujeres muy prudentes, dirán los comentaristas. En efecto, las mujeres modernas son azaz prudentes, salvo rarísimas excepciones. Las mujeres modernas tratan de recobrar, por su parte, la *sagesse*, ponderación y equilibrio que los hombres han perdido en las trincheras. En materia de amor, por ejemplo, ya no existen las "vírgenes locas" de antes, candorosas, románticas, que se enamoraban y se dejaban seducir a toda máquina, sin reparar en las consecuencias. A las "vírgenes locas" han sucedido las "vírgenes prudentes", como las llama M. Léon-Martin en un libro reciente, en que trata de reparar la injusticia con que se ha dado en censurar a la mujer moderna su buen sentido de defensa de los intereses de su sexo enfrente de la sociedad. Una heroína de Lamartine es un pobre e indefenso angelito, un juguete del amor, apenas "una dulce niña en este mundo de duelo y aflicción", expuesta a todos los desastres y calamidades. Una heroína de Philippe Soupault es, en cambio, una mujer aguerrida en justas del corazón, dueña siempre de sí misma, que reflexiona, calcula y sopesa todos sus actos con amplia previsión y prudencia. Los novelistas a lo Maurice Dekobra, los pintores a lo Favory, los canzonettistas a lo Chevalier, son los paladines tutelares de esta nueva mujer que, como Madame Teineur, en vez de buscar un amante de carne y hueso, que sería un peligro efectivo para la paz conyugal, sólo se contenta flirteando con el espíritu de su primer marido difunto, y traza así sobre la frente de su actual esposo no ya los clásicos puntos de los celos, que todo lo ensangrientan sino apenas la sombra fugitiva de una alma entrometida y problemática.

Porque todavía hay quienes creen que el alma no existe. La duda en este caso, persiste. Los muertos, de su lado, parecen que se empecinan en mantenernos en esa incertidumbre y aún algunos añaden a lo que, por leyes de Dios, no es posible desentrañar, nuevos misterios persona-

les. La policía de Budapest está en apuros ante un enigma de este género. Se ha hallado en el bolsillo de Julius Antal, mozo de café que acababa de matarse de un tiro de revólver en la sien, un sobre en que se lee: "Explicación de mi suicidio". Luego, en el interior del sobre, la policía ha encontrado un problema de palabras cruzadas, que desde sus primeros signos, parece haber sido planteado con gran esmero y mucho ingenio.

Una nota marginal advierte a la policía que la solución del problema suministrará no solamente la llave del misterioso suicidio sino también los nombres de las personas responsables de la muerte del autor. Durante muchos días se ha tratado de descifrar el "crosswordpuzzle" de marras, pero, sea por impotencia de la policía o por suma ingeniosidad del compositor, el enigma ha subsistido y, habiendo vuelto la policía a los métodos habituales de investigación judicial, éstos, a la postre también han fracasado. La solución se hace día a día más difícil, y las gentes banales se preguntaban: ¿Julius Antal era un mixtificador, que gustaba particularmente del estilo macabro y se ha suicidado sólo con este propósito?...

Posiblemente. La muerte ofrece a veces los más pintorescos motivos de diversión, tanto para los muertos como para los verdugos. No de otro modo se explicaría las regocijadas confidencias que hizo un día a los buenos campesinos húngaros de Ezzck, un verdugo oficial (porque también los hay particulares) de nombre Mauzner. El notable hombre de horror, horas después de ejecutar a un joven asesino de 24 años, Paul Vincelic, vendió en el patio de la prisión, según el uso del país, los trozos de la cuerda con que fue ahorcado Vincelic y concedió luego a un audaz periodista una interview, con la mejor gracia del mundo:

—Esta ejecución de hoy, —susurró con argentina voz el verdugo—, es la número 43. Tengo, pues, una gran experiencia. Nunca he visto a un joven afrontar la zancadilla con mayor coraje...

Mauzner desenvuelve extensas consideraciones sobre su oficio. Dice que entre las víctimas ha constatado una fuerza moral que impone respeto y que los periodistas hacen mal en burlarse de las ejecuciones, tal como hiciera últimamente un cronista húngaro, que al aludir al momento en que el verdugo echó la cuerda al cuello de un condenado, pone en los labios del ejecutante esta cariñosa exclamación: Salud!

—Inútil decir, —discurre Mauzner—, que yo nunca he pronunciado semejantes palabras. Al contrario, algu-

nas veces siento piedad por el condenado y, en la noche, me atormentan pesadillas espantosas.

Mauzner examina los diversos países donde ha sido verdugo:

—En Yugoslavia ahorqué a 25 y puedo afirmar que nadie desprecia más la muerte como el eslavo. En los Balkanes también son valientes. Los macedonios van a la muerte con la misma tranquilidad con que se va a un matrimonio. Ante esta tranquilidad de alma he saboreado saludables meditaciones. Mis ayudantes y yo pertenecemos a la Cofradía de San Antonio de Padua y, después de cada ejecución, acudimos a la Iglesia a pedir perdón a Dios...

Así habló Mauzner, el verdugo, honrado burgués de Sarajevo y piadoso cristiano.

No sonriáis. Hay verdugos de toda clase. M. Paul Raynal nos habla en su flamante y ya célebre tragedia "Le tombeau sous l'Arc de Triomphe", de aquellos verdugos apocalípticos aunque discutidos, que en 1914 desencadenaron la matanza mayor de la historia. M. Alexandre y Mlle. Marie Bell una que otra noche, gimen y maldicen en la Comedia Francesa, el dolor y la cólera, la protesta y la oración de esa catástrofe. Una noche de octubre de 1915, en que el ataque de la Champagne acababa de dar a Francia una nueva esperanza de victoria, un "poilu" licenciado, en el curso de un diálogo con su novia, a quien va a abandonar de nuevo para tornar a la trinchera, lanza sobre un pasado culpable y sobre un porvenir incierto su palabra de duda de sollozo de amor, su fosfado aliento de heroísmo. Ella, la novia, retuerce su dolor entre la zarza ardiente de la guerra y, cuando el alba va a llegar en que ha de partir el héroe, exige de él, súbitamente movida por el impulso eterno de la vida una palabra de fe en su amor. El "poilu" se la da y esta fe en el amor que todo lo crea, le salva y lo transfigura, llena e ilumina la tragedia.

M. Raynal, cuya obra levantara tanto ruido en Europa y fue prohibida por las autoridades de Francia, es un escritor d'après guerre y condena la guerra; pero sabe y confía en que de ella renacerá, enaltecido y más puro, el corazón humano. De igual manera que los hindúes van por millares cada año a las orillas del Ganges y toman en sus aguas el baño sagrado que ha de hacer a los dioses favorables, la humanidad entera se ve obligada a veces a atravesar ríos de sangre, para lavar sus culpas y sus errores.

No estáis viendo el renacimiento que empieza a flo-

recer en el mundo y cuyos avisos son la exuberancia, frescura y castidad de las formas del espíritu y del cuerpo? Cuando Cappella, el Apolo del Casino de París, y Roseray, la Venus de esas tablas, realizan nuevos juegos de euforia y de gracia, maravillosas sorpresas anatómicas, es posible que los públicos poliédricos se acuerden aún obscuramente de la Comedia Francesa, de M. Paul Raynal, de "Le Tombeau sous de l'Arc de Triomphe", de Mlle. Bell, novia del héroe, y del fuerte Alexandre inmortal.

Nuestra época, es sin duda, de renacimiento. Hasta los sepultos tesoros de las civilizaciones pretéritas surgen entre las ruinas al aire la cabeza de las estatuas griegas, los fustes de las columnas romanas, los rabos de los terribles monstruos chinos. Tal la ciudad romana de Thubourba Majus, en Túnez, que acaba de ser descubierta con su soberbia columnata de Petronio, delicada y serena al sol del Africa.

Mundial, N^o 310, 21 de Mayo de 1926.

MANUSCRITOS INEDITOS DE DESCARTES

Necesidad de método en nuestra época.— La borrasca de los tiempos.— Una escuela de "Mujercitas en París".— Contra la Escuela de Vendedores, el Instituto de Clientes.— La policía prohíbe caminar a M. Raymond Poincaré.— Máxima de La Rochefoucauld sobre los comerciantes.— Mistinguette y su mono en el Moulin-Rouge.— El teatro del gesto y del silencio. La miseria de Mussolini a los doce años.

(Especial para Mundial)

París, abril de 1926.

La reciente publicación que un editor inglés ha hecho de valiosas epístolas inéditas de Descartes, ha estremecido el templo de la filosofía actual. Las hornacinas, las efigies apostólicas, los diedros y masas de la múltiple arquitectura ideológica, han crugido, han esquiado nuevos reflejos, han buscado otra luz, otras disciplinas. Método! Método! —se ha clamado por todas partes. Método!— han pedido los maestros de organización, los educadores, los grandes conductores de la vida. "Si queréis, —ha dicho perentoriamente Frank Grane,— que vuestra vida llegue a la meta que soñáis, menester es que ella sea conducida con método..." Pero el recuerdo del autor del "Discurso sobre el Método", resulta como un ferulazo para esta nuestra época, menor por su incertidumbre y anarquía. Nuestras pávidas inquietudes d'après guerre, nuestra po-

breza, nuestro disgregamiento social, nuestro desgobierno aúllan y se crispan ante la sola invocación de la idea del método, de orden, de disciplina. Hay quienes creen que hasta nos dolerían los labios al pronunciar la palabra "método": tan agudo es nuestro caos. Los propios alemanes tan metódicos y organizadores, se han habituado a ir al garete. Aún los mismos griegos —los griegos de ojos de Minerva— resultan ahora unos libertinos, con su Pangalos y su conflicto de faldas. ¿Dónde está, —exclaman los filósofos—, el antiguo espíritu de método y de equilibrio, para ordenarlos y disciplinarlos? Quién nos diera el sublime espíritu del Método!...

Una revista ilustrada, "La Vie Parisienne" nos ofrece un dibujo muy movido de "Mam'zelle Bourrasque", es decir, de la tormenta contemporánea, que es una mujer histérica, desbocado el deseo, silbato en mano, rugiente el látigo simbólico sobre Furias y Molosos, Hecates y buitres. El pobre hombre, en cuya cabeza hinca su pezuña la Borrasca, puede ser, a vuestra voluntad, un estadista, un mariscal, un poeta, o un poderoso industrial de la víspera de la guerra.

No obstante todo esto, algunos afirman que hay hombres de método en nuestros tiempos, y que hay también el método mismo, el equilibrio, la disciplina. Allí están la Escuela de "mujercitas", la Escuela de Compradores, la Escuela de peatones y otros numerosos organismos similares, dispuestos a inculcarnos orden y disciplina. La Escuela de "mujercitas" proporciona a las hijas de Eva la manera de vivir y conducirse como "mujercitas". Vosotros preguntaréis cómo son las "mujercitas". Es difícil, en verdad, saberlo. Más de un cronista de teatro ha intentado saberlo y no lo ha logrado. Idéntica imposibilidad han hallado los cronistas de la moda, de la vida mundana, de policía. M. Félix Gandera, el celebrado dramaturgo de "La façon de se donner", rezongaba el otro día, desde un púlpito de conferencista:

—Se me acusa de ser un autor pornográfico? Exijo las pruebas! Ni siquiera figuran "mujercitas" en mis comedias...

Se sabe, pues, que las "mujercitas" existen, pero nadie quiere decir dónde las ha visto.

Parecida cosa acontece con los alumnos que egresan de la Escuela de Compradores. Porque la Escuela de Compradores existe en París, en competencia o como complemento de la vieja Escuela de Vendedores. El comerciante cuando ingresa un cliente a su casa, lo primero que hace

es observarle todas sus maneras con gran atención. El cliente, por su parte, hace lo mismo con el vendedor. Una justa psicológica se traba entre ambos. En la mayoría de los casos, el vendedor, cuando ve alejarse al comprador, sonríe para sus adentros, en un hermoso movimiento de seguridad de sí mismo: "He aquí un cliente correcto y sin pretensiones. Nada de escuela, de *métier*. Ha preguntado, ha oído, ha adquirido y se ha marchado"... "Los vendedores afirman que la Escuela de Clientes es una cosa que no tiene objeto, pues los compradores siguen siendo sobrios y honestos, humanos y sin malicia, seguros como están de que los vendedores no les roban.

Pero, como en el caso de las "mujercitas", los compradores existen, y prueba de ello es la creencia que tienen los vendedores de que aquéllos no existen. La Rochefoucauld decía que los comerciantes son tan maliciosos que no creen en la malicia de los demás.

En cuanto a la Escuela de peatones, el señor Morand, Prefecto de París, no consigue hasta ahora ponerla en evidencia. Los accidentes de que son víctimas los transeúntes, aumentan día a día. ¿Dónde están los peatones que en dicha Escuela han aprendido a caminar y a librarse de ser destripados por carros y por máquinas? De otro lado, hasta hoy no se han visto los diplomas de transeúntes. A M. Raymond Poincaré, ex-presidente de Francia, le dijo un día un agente policial, en momentos en que aquél se disponía a atravesar la calzada de la rue Richelieu, a la altura de la Biblioteca Nacional.

—¡Alto! su carnet de peatón.

El gran hombre de Estado no tenía su título de transeúnte o, por lo menos, no lo mostró al guardia. Este, que ignoraba que se las estaba viendo con un Inmortal tan eminente, le prohibió seguir caminando, so pena de ser conducido al depósito público. M. Poincaré, honesto y modesto, se inclinó, ante la ley, como un simple hombre perecedero... Pero se inclinó avanzando, es decir, tomando en seguida un automóvil. Ladino! — comentaban ciertos periódicos. Ladino, porque supo inclinarse avanzando?... Esto sería no darse cuenta de que la Escuela de caminantes sólo ha conseguido favorecer a la industria automovilística, provocando, precisamente, procedimientos semejantes al de M. Poincaré, en todos los sectores de la urbe.

Mientras estas Escuelas, tan utilísimas como singulares, son discutidas y hasta negadas, Mistinguette, setentona y genial, lleva todas las noches al Music-Hall del Moulin-Rouge, a su mono de Transvaal y le enseña a

“niño de cuna”, ante diez mil espectadores. El mono hace su “stage” y, en ocasiones, salta a los hombros de la artista, y cuando Mistinguette pone una cara triste y miserable, en un *sketch* de Gold, el simio se rasca las sienes y se abona a los aplausos enguantados. No falta quien aventure la creencia de que este mono gastará toda su fortuna en el Moulin-Rouge, antes de volverse al Transvaal o de ser asesinado por la policía de Passy o de inmolarse ante el bravo Voronoff.

El mono de Mistinguette puede resultar con el tiempo, un eminente miembro de la Comedia Francesa. El teatro es cuestión de mímica, ha dicho Jean Cocteau y lo proclaman a voz herida los cinemistas estremistas. El mono cuya expresión vital se valvuliza en mucho por la mímica, pudo muy bien desempeñar el rol de Romeo, en la obra que Cocteau escenizara para el teatro-Cigale, la misma que, según los críticos, es una obra teatral a base exclusiva de gesto y de ademán. Nuestro excelente simio irá, pues, a la Comedia, en cuyo solar ilustre puede llegar a ocupar el decanato, en reemplazo de M. de Feraudy que acaba de reemplazar, a su vez, al pobre Silvain, bajan de la Casa de Molière y van a representar “Tartufo” en un modestísimo circo como Empire; otros, como el pequeño alumno de Mistinguette, puede, a la inversa, subir del Moulin-Rouge a la Comedia Francesa, tiene de su parte el gesto... y el silencio, como querría el intrépido Bidou.

Todos los seres y las cosas tienen su oriente, su zenit y su crepúsculo. Mussolini tendrá también su crepúsculo, puesto que ha tenido su oriente. Un documento acaba de descubrirse, según el cual hace treinta años, una señora llamada Rosa Maltodoni, elevó una petición al Prefecto de Forti, en Italia, solicitando una subvención que permitiese a su hijo de doce años, continuar sus estudios. La solicitud, fechada el 20 de noviembre de 1895, dice así: “Las dificultades económicas en que se halla mi familia, son tan considerables, que nos vemos obligados a interrumpir los estudios de nuestro hijo, de doce años, que sigue actualmente los cursos de la Escuela Normal y que, a juzgar por las alabanzas de su profesor, tiene esperanzas de porvenir”.

La solicitud en cuestión fue naturalmente rechazada.

Otros hay que ya tuvieron su ocaso, como Anatole France, a quien hoy acusan de plagiarlo. “Queda averiguado, —dice Noel Sabord—, que un buen tercio de la obra de France, pertenece a la escritora Armande Caillave, cuya obra acaba de ser revelada y publicada. El segundo

tercio lo tiene reivindicado Jacques Brousseau, en su famoso libro "*Anatole France en pantuflas*", y las tijeras han proporcionado el resto".

Terrible ritmo éste, de la aurora y del ocaso universales.

Mundial, N° 313, 11 de Junio de 1926.

EL SECRETO DE TOLEDO

Trenes que pasan y trenes que llegan.— El peligro de las generaciones.— El pueblo más dinámico de la historia.— Dinamismo tácito y dinamismo expreso.— Los malos libros de Maurice Barrés. La historia como memorándum y la historia como vida.— Un viejo montado en un asno cristaliza en viva célula que pasa, todas las catedrales que quedan.

(Especial para Mundial)

París, abril de 1926.

Cuando un tren entra a una estación de Madrid, no se tiene la impresión de llegar, sino de pasar. Cuando un tren entra a una estación de París, la impresión de llegar, es en cambio, clara, neta. Las estaciones ferroviarias españolas canalizan el éxodo y lubrican la rueda para la mucha curva, para la mucha cuesta. El viajero que va de Francia siente, al entrar a la estación de Irún, la primera de la frontera, que en ese momento el tren acelera su marcha. Al entrar a la estación de San Sebastián, de Burgos, de Valladolid, de Madrid, no se diría sino que pasamos, pasamos y pasamos, cada vez más veloces, sin arribar jamás a parte alguna. Pero, al volver a Francia, las estaciones de este país parecen entorpecer el éxodo, sujetarnos y hacernos quedar. Al entrar a la estación de Hendaya, llegamos; al entrar a la de Bayona, llegamos; al entrar a la de Biarritz, llegamos; al entrar a la de Bordeaux, llegamos. Cuando alcanzamos a ver los

subterráneos del Quai d'Orsay, nuestra llegada es definitiva.

Modestas estaciones, estaciones de aldeas, por lo general, las de España todas son así: estaciones de tránsito. Y esto que se siente en la estación se siente en los pueblos o ciudades, si así hay que nombrar a las villas mayores de España. Si la estación del tren nos dice "Sigue", el pueblo nos clama "Aléjate".

Así son los lugares de España; nos inspiran, con sólo aspirar sus aires, la errátil cruzada, el viaje infinito. Será pues, el secreto del movimiento continuo? Será entonces la prenda de resarcimiento de todo ambiente de deriva? ¿Por qué dicen que este país va a la deriva del progreso a lo New York? Eso nosotros no lo sabemos. Lo cierto es que en España no se puede llegar y la quietud no es posible. Sí, señores sociólogos, para quienes resultará incesante el que, contra el dogma de la pereza e indolencia castellanas, diga yo inquietud y paso eterno.

Habrá que tratar alguna vez, y a la mayor brevedad, de generalizar menos. Generalmente mucho. La deducción que agrupa y legisla, es mal del hombre. El que dijo "reposo", dijo ya el reposo para toda la eternidad, siendo así que el reposo se da a veces en intermitencia o aparentemente. El reposo no es, en ocasiones, toda la superficie ni toda la profundidad. Dentro de una máquina o dentro de un ser se dan reposos que se mueven y movimientos fraccionarios. No se hable, pues, de reposo absoluto ni de movimiento continuo. Una ilustración: en el santo reposo de Toledo pintó el Greco, es decir, dió vida y echó a andar a cien obras tan inmortales como transeúntes. Del reposo nace el movimiento, diría Ovidio. En el dolor está el goce dirían las madres al dar a luz y algunos poetas españoles que, como Antonio Machado, cantan a veces canto bueno. ¿Qué de más, pues, que en España, tierra sin sofocaciones tentaculares ni urgencias visibles, los buenos hombres de Dios tengan más pata de perro que en otros países? Patas de perro, los navegantes, aventureros y descubridores del siglo quince, con Colón a la cabeza; pata de perro este novísimo comandante Franco, vestido de kaki, con una pierna en Palos de Moguer y la otra en Pernambuco. Los españoles, pues, se mueven. Quiénes se han movido más que ellos en la historia? Sólo los portugueses les han competido un poco, y los judíos. Don Quijote es de una movilidad rayana en el ridículo. Quién ha caminado más que él? Sólo Jesús y los Apóstoles.

Por eso será que hay quienes aman la vida de los

pueblos en España, prefiriendo, sin duda, su dinamismo tácito y esencial, al dinamismo expreso y esporádico de los otros países europeos. En España nos sentimos desprendidos del suelo. Este no nos engancha y es, justamente, tan muelle y suave, que casi no lo sentimos. En Londres, la esquina, la calzada, la puerta, el ascensor, la butaca, la ventana, el lecho mismo, no se nos pasan nunca desapercibidos.

Cuando menos pensamos, una puerta sale a decirnos, en tono muy conciso: **Presente!** y la esquina salta a decirnos: **Presente!** Si no hemos oído a las buenas esta voz de presencia, nos la harán oír con un grito o con un puñetazo en la espalda y a veces con un golpe mortal. En Madrid es distinto. Cuando se cruza la calle de Alcalá, las buenas puertas nos abren paso sin dejarse sentir y uno ni se da cuenta de ellas. Es como si no existieran, aunque, en el fondo, la propia holgura de nuestros movimientos, nos está diciendo que estamos en un país de muchas puertas (o en un país sin puertas, que es lo mismo en este caso).

Por eso también será que hay quienes aman Toledo, por ejemplo, "La ciudad más ardiente y triste del mundo", como divagara en hábil libro de estrategia política, Maurice Barrés. Pero se ama a Toledo, no por su historia ni por su pasado, sino por su actualidad. Hay turistas para quienes la obra del Greco, los mantos verdes y amarillos de sus Apóstoles, su casa, su cocina su vajilla, su jardín, no les interesa mayormente. Qué les importa la catedral Primada de Toledo, con sus cinco puertas, sus siete siglos, sus frescos claustrales, su coro de plata y su encantada capilla mozárabe?... Qué más le da la Posada de la Sangre, donde Cervantes escribiera "La Ilustre Fregona"?... Qué les interesa al Alcázar de Carlos V, todo de piedra y su egregio artesonado?... Ya puede desaparecer en el día para ellos, el célebre Castillo de San Servando, al otro lado del Tajo. Ya pueden desaparecer también los sepulcros de héroes y cardenales. La Fábrica de Armas de Toledo, qué les importa a esos turistas?... La fina Mezquita del Tránsito, construída en el siglo catorce por el judío Samuel Leví, qué más les da?... La historia, en texto, en leyenda, en pintura, en arquitectura, en tradición, deja a ciertos turistas absolutamente indiferentes. Mientras el guía les explica en el Puente de Alcántara, la fecha y circunstancias políticas de su construcción, he aquí que un alemán, del grupo turista, se vuelve como escolar desaplicado y se queda viendo a un viejo toledano, que a la

sazón trabajosamente, en mitad de su sala de recibo. "Ah! bufa ese anciano caballero y empieza a llamar a voces al guardia de la esquina, para que le ayude a desensillar al asno. Esto sucede en la calle que lleva por nombre "Travesía del Horno de los Bizcochos" o en aquella otra rua, un poco más ardua, que se llama "Bajada al Corral de don Pedro", la misma que desemboca, precisamente en la flamantísima calle "Maurice Barrés".

Pues bien: esto es lo que interesa a ciertos turistas: la actualidad de Toledo y no su historia. La historia de Toledo carece para ellos de importancia. Quieren, más bien, sumergirse en el otro aspecto de Toledo, en su vida del instante, en su actualidad viajera, que, a la postre, es la refundición y cristalización esencial de aquella historia. La historia, que es tren parado en una estación y boleto de arribo de ese tren, no viene bien a ciertas gentes. Quieren el tren que pasa y no el que llega. Ese viejo montado en un asno, resume en su bufido al Greco, a la Catedral, el Alcázar, la Mezquita, la Fábrica de Armas. Es una escena viva y transitoria del momento, que sintetiza como una flor, los hondos fragores y faena difuntas de Toledo. La historia no se narra, ni se mira, ni se escucha, ni se toca. La historia se vive.

Mundial, Nº 315, 25 de Junio de 1926.

LA DIPLOMACIA DIRECTA DE BRIAND

Los Estados Generales de las Mujeres.— Una caída de ojos compromete al Gobierno.— Triunfo de la feminidad sobre el feminismo.— Contra una mujer bonita, un hombre hermoso.— El rapto de las ninfas electoras.— Un tigre usa bufanda en el desierto.— Las bayaderas tristes y la Geometría.— Rehabilitación de la Legión de Honor.

(Especial para Mundial)

París, junio de 1926.

Entre agudas sonrisas y rumor de enaguas tormentosas, quinientas mujeres bonitas han abierto ayer en la Sorbonne los Estados Generales Femeninos. Se trata de una Asamblea que ha proclamado los derechos de la Mujer, de una vez para siempre. Libertad! Igualdad! Fraternidad! Las mujeres quieren ser libres, iguales y fraternales con los hombres.

Apenas instalados los Estados Generales Femeninos, su éxito no se ha hecho esperar. El Ministro de Instrucción de Francia, que presidía la apertura de las sesiones, ha pronunciado un discurso, en el que no ha podido menos que prometer ¡hombre, al fin, este señor Lamoureux! el apoyo y la simpatía del Gobierno en favor de los ideales femenistas. Para eso son tan bonitas estas mujeres próceres. Para eso se ven en las puertas de la Sorbona, a los encantos en guardia, terciadas las miradas, firmes los vas-

tos vientres poderosos! Para eso los discursos del Congreso salen de bocas tan dulces y elocuentes! Sabe Dios qué vería el señor Ministro, en medio de ese amable ejército amenazador, para haber prometido tanto!

Estos Estados Generales sí que van a cosechar resultados concretos, como no los cosecharan los de la Revolución Francesa. Estos de la mujer tienen armas flamantes, irresistibles. Hasta ahora las feministas eran unas viejas repugnantes, pobres e ineficaces paladines de su sexo, que se lanzaban a las tribunas y a las barricadas, como ogros deslenguados. Eran inglesas feas con anteojos; descaderadas sionistas, que leían la Biblia en el café del boulevard, o solteronas calabaceadas, entre cuyos encajes amarillos chorreaban inminentes cordones de caridad... Todo era que un hombre veía a un apóstol de este género y ya le nacía irresistible aversión a los ideales feministas. En general los ideales, por sí solos, son ya antipáticos. ¡Qué más lo serían en bocas de viejas, en pechos de mujer fea, en manos que no tuvieran nunca un ramo de azahares!

—Pero si al menos fuese una buena hembra! —se lamentaban los excelentes burgueses, cuando oían un sermón de esos apóstoles.

—Que se lo lleven todo, en buena hora, —exclamaban otros—, con tal de que sepan mirarnos dulcemente!...

Entonces las abanderadas del feminismo chasqueaban la lengua de indignación, y la cólera las hacía justamente más antipáticas. El feminismo perdía, por este camino, terreno y simpatías, en vez de avanzar. Hasta que una linda mujer egipcia, mademoiselle Hoda Pachá, saltó una mañana al medio del mundo batiendo palmas:

—Eureka! Eureka! ¿Compañeras, cómo vamos a ganar la batalla a los hombres? La batalla vamos a ganarla, precisamente, como mujeres, es decir esgrimiendo los encantos propios de nuestro sexo!

Y la nueva estrategia feminista empieza ya a rendir los mejores frutos. En los Estados Generales de la Sorbona, por de pronto, ya no operan mujeres feas. Las delegadas de los cincuenta países concurrentes, son unos dechados de gracia femenina. Las hay tan hechiceras, que no hay Ministro que resista. Además, se acabaron también los razonamientos e ideologías más o menos contundentes y fastidiosas. La reivindicación de los derechos femeninos se hace en la Sorbona por medio de caídas de ojos lapidarias. Cuando ingresa a la sala de sesiones un grupo de hombres decididos a burlarse, como hasta ahora, de las

locas feministas, se ven como fulminados por un súbito convencimiento de que, en efecto, las mujeres tienen los derechos a todo, a ser iguales a los hombres, libres, soberanas, en fin, a ser lo que quieran. Se necesita ser un hombre insensible, un frío de corazón, un macho sin ápice de instinto amoroso, para oponer al persuasivo alegato de unos senos aptos, seso crudo y ojos recalcitrantes. Los hombres, al salir de los Estados Generales Femeninos, se muestran colorados, temblorosos, vencidos.

—Se fijó usted, —dice alguno—, en aquella rusa formidable, que decía “Los hombres no nos aman como debían...” con un lindo mohín de novia apasionada en los labios perfectos?

Muchos periodistas esperan a la salida a las delegadas, para tomar con ellas el aperitivo. En fin, los hombres de hoy, de hoy para siempre, son los primeros y más ardientes partidarios de los ideales feministas.

En cuanto a las mujeres conservadoras, no dejan de mostrarse hoy mejor que nunca, seguras de su filosofía. Las conservadoras piensan que la nueva estrategia del feminismo viene a darles la razón y a probar, una vez más, que la mujer, para conseguir cuanto quiera en la sociedad, debe ser, sobre todo, lo más mujer que pueda. En concepto de las conservadoras, las feministas de los Estados Generales vuelven al buen camino, no ya porque depongan sus reivindicaciones, sino porque las formulan por medios más femeninos y menos feministas, que son cosas muy diferentes. Las conservadoras exclaman:

—Si esto es, justamente, lo que hacemos nosotras. Una esposa clásica logra, sin alharacas ni doctrinas, hacer lo que se le da la gana de su marido: casi siempre ella, no sólo es libre dentro del hogar igual y fraternal con su marido, sino que se constituye, de hecho y tácitamente, en Emperatriz de su marido. En la actualidad, el hombre no es el que elige un diputado, sino su esposa, que del modo más archifemenino, le susurra al oído, en las horas apasionadas y tiernas, el nombre del candidato y la dirección cívica que ha de seguir el maridito en su conducta pública. El marido, pues, obra actualmente en la política, bajo la inspiración fraternal o conyugal, como queráis, de su esposa. Se quiere mayores derechos para la mujer?... Las conservadoras que están seguras de tener en sus manos aunque no lo parezca, los derechos más sutiles y fundamentales de la vida social, han aprobado, pues gustosas, la flamante media vuelta de las libertarias. Una vez más, la feminidad ha triunfado sobre el feminismo.

Pero algunos periódicos no dejan de ver en los Estados Generales Femeninos un enemigo peligroso de los hombres. "Si el feminismo quiere ahora, —dice un cronista de "Le Temps"—, vencernos, enviándonos mujeres bonitas, nosotros le enviaremos buenos contrincantes, en la persona de hombres hermosos. Qué mujer feminista podrá resistir ante unos riñones perfectos o un testuz gallardo y apolíneo hechos para raptar ninfas electoras o lánguidas alcaldesas matinales!

Estos periódicos son excesivamente precavidos y hacen mal en hacer lo que hacen. No reparan en que lo peor que pueden hacer los hombres para atizar el feminismo, es prestarle oídos. Como el inglés de la fábula, el hombre debe dejar hablar a la mujer hasta que se canse. Después, una sola palabra del hombre bastará a convencerla de lo contrario. La historia de ambos sexos está hecha de este ritmo.

De otro lado, mientras el Congreso Internacional de Mujeres funciona en la Sorbona, ya una gran escritora alemana, madame Michaelis, en el curso de una conferencia sensacional que ha dado en Berlín, propone tres ideales de dicha para las mujeres. Primero: que las mujeres se casen por unos tres meses para probar si los cónyuges se armonizan o no, (procedimiento éste que ha sido practicado, dicho sea de paso, por los Incas y ahora por el Soviet, sin resultado). Segundo: que si el matrimonio continúa la pareja tome, en favor de la mujer, una póliza de seguro contra un posible divorcio, como se hace contra un naufragio o un incendio. Y tercero: madame Michaelis cree que llegan tiempos en que las mujeres se dividirán en dos grupos: uno formado por las madres, que educarán a la familia bajo la jefatura del hombre, como en el pasado, y otro, formado por las trabajadoras, que ganarán por sí mismas su vida y podrán, en consecuencia, "disponer libremente de sus cuerpos". Pero, no obstante que la conferenciante declara pertenecer ella misma a este último grupo, confiesa también que lo mejor será que el grupo de las que "disponen libremente de sus cuerpos" desaparezca y sólo quede en pie el grupo de las madres, es decir, de las mujeres tradicionales. Total: madame Michaelis, en sus tres tesis, no hace más que optar por un feminismo centrista y conciliador. Es decir, madame Michaelis se decide, como las lindas oradoras de la Sorbona, por el tipo clásico de la mujer que hará lo que quiera, siempre que sea cada vez más femenina y más mujer.

Todo esto no quiere decir que en la Sorbona reine

absoluto acuerdo, pues que son mujeres las que allí están reunidas. Así madame Bouglé arguye que se debe ir contra la serie de prejuicios y absurdos pudores que hoy rodean a la mujer. Madame Bouglé ha dicho:

—En Dinamarca la cosa llega a su colmo. Allí la decencia prohíbe hablar de una camisa de noche. En Noruega no está permitido llamar por su nombre a un calzón de mujer.

—A diferencia de lo que pasa en Estados Unidos, —responde una delegada española—, donde como antes del diluvio, los trajes femeninos se reducen a una rosa en la rodilla, una piel de zorro en el cuello, una raíz salvaje en el ombligo y una espina olorosa en cada axila...

De este modo, —piensa por cuenta propia el cronista— mientras muchas mujeres simplifican sus trajes y avanzan hacia la desnudez completa, animales hay que siguen la trayectoria opuesta. Un explorador del Asia Central cuenta haber encontrado un tigre espléndido y enorme, que iba por el desierto ventoso, embozado con una piel misteriosa. No se sabe si le habían embozado, apesar suyo, o el tigre era un dandy que sabía arreglárselas para cubrir su espalda con lujo y elegancia tan humanos. ¿No será que los animales querrán ser hombres mientras éstos quisieran ser aquéllos?...

Tántas cosas raras se han visto. De nada ya puede uno maravillarse de este mundo. Ese village de Boulogne, también ofrece cosas apabullantes. Un elefante se traga a un hombre, sin masticarle, como en un cuento de Kipling; un yogui pone sus piernas donde están sus brazos y sus brazos donde están sus piernas y sube para abajo y baja para arriba; cuatro bayaderas de Ceylán trazan en las tablas todas las formas de la geometría valiéndose apenas de una simple combinación de tristezas regulares; y unos niños aprenden a contar hasta 10 y comen arroz.

Pero cosa más inesperada todavía hizo el otro día Yvette Guilbert, en un almuerzo muy sonado. De súbito, dirigiéndose a M. Briand y a nosotros, los periodistas, dijo:

—Ya que nadie hasta ahora se ha acordado de pedir para mí la Legión de Honor, yo mismo la solicito a usted, M. Briand.

M. Briand respondía:

—Nunca se está mejor servido sino por uno mismo...

Madame Rachilde entonces se despoja de su corazón rojo y en un ademán asaz irónico, lo pasa a madame

Guilbert por sobre la cabeza de M. Briand. Madame Guilbert exclama, luego, ante la estupefacción general:

—Yo rehabilitaré las condecoraciones de la Legión de Honor!

El Presidente del Consejo de Ministros, muy turbado, saca entonces una fina punta inofensiva al incidente:

—Esto se llama en términos protocolarios, "diplomacia directa".

Nosotros como buenos periodistas aplaudimos al Gobierno.

Mundial, N° 317, 9 de Julio de 1926.

LOS PELIGROS DEL TENNIS

*La gimnasia sueca en el sport moderno.—
El Príncipe Olaf y el Príncipe de Gales.—
El planeta Mercurio desmiente a Einstein.
Grandes matchs de box en las iglesias.—
El agua bendita cura los golpes a la frente.—
Carrera de lebreles y exposición de
gatos.— Muere el bandido más bueno del
mundo.— Una trompeadura en un ballet
ruso de París.— Es prohibido hablar de
los Generales en literatura.— El escándalo
de "La Carcasse".*

(Especial para Mundial)

París, junio de 1926.

Dicen que la gimnasia nórdica está llamada a perdurar, porque es producto de una ética excelente del espíritu. En el sport moderno la gimnasia sueca conserva intacta su preponderancia. Estos otros ejercicios de última hora, el tennis, el golf, el rugby, no hacen más que avanzar de la mano con la gimnasia sueca. Las inglesas, antes de lanzarse al rectángulo del tennis, han estirado ya los brazos y han retorcido el espinazo, sensual y felinamente, en el lecho, ante el espejo y bajo la ducha matinal. Dicen, pues, que esta boga permanente del escorzo noruego, se debe a la gracia enteramente animal y, por ende, pura de su disciplina. En la gimnasia sueca, la finta responde a una gana profunda y natural de movimiento. No hay aquí nada postizo ni violento. Como un gato estira las piernas bajo el sol, el hombre sin calcular su

interés higiénico o de otro orden dobla, naturalmente, el brazo por el codo. La gimnasia sueca es una cosa hondamente animal, inquirida por la inteligencia. Su ritmo está pleno de gracia fatal o indeclinable. Su tersura y fluidez vienen de su fatalidad, como entre los griegos.

En las otras disciplinas musculares intervienen ya la inteligencia y la voluntad, el cálculo, la ciencia y el interés consciente, es decir, algo ya tocado de convención y pedantería. Se trata entonces de gimnasias menos espontáneas, en las que todo está dominado por el "métier" y la virtuosidad. Así se explica la diferencia de resultados en ambos ejercicios. La gimnasia sueca tiende a la salud armoniosa, mientras, por el contrario, se ha podido ya constatar que un jugador de tennis ha resultado paralítico, del mismo modo que un insigne doblador de periódicos resulta tuberculoso. El ejercicio espontáneo concurre al desarrollo del órgano; el ejercicio rebuscado lo mata. Donde domina el métier, muere la vida. El rugby es puro métier. Un día no habrá rubgy. Pero la flexión cervical la habrá siempre.

El Príncipe Olaf de Noruega acaba de rehusar el homenaje que quería hacerle el "Royal Yatch Club" de su país, eligiéndole su miembro de honor. El Príncipe, que pertenece a dicho club, como socio corriente, no considera suficiente su título de miembro de la familia real, para obtener tan altísimo rango en el sport. Olaf quiere permanecer en el rango de la generalidad de los socios y espera distinguirse dentro del club, no por su alcance social, sino por su mérito exclusivamente sportivo. Pero el Príncipe de Gales ha hecho otra cosa. Solicitado por el "Surrey Golf Club" de Inglaterra, para aceptar la capitanía de su equipo, acaba de hacer a los miembros de ese grupo, el altísimo honor de aceptar. Estos dos pequeños hechos dan la medida de la moral sportiva en los países escandinavos y entre los sajones. Porque no debemos olvidar que el Príncipe de Gales, fuera de su dilettantismo hípico y de su dandysmo más o menos brumático, que no pretoriano, no nos ha asombrado todavía con otras gallardías sportivas.

Todo se hace ahora por snob, en justa muscular, como en justa científica. Se es capitán de golf o impugnador de Einstein, sólo por prurito de novelería. Todos quieren aparecer a la última tinta de la moda. Los norteamericanos primero y luego los franceses, se han propuesto derrumbar al filósofo alemán. M. Chazy ha presentado a la Academia de Ciencias de París una tesis en

que dice que los astrónomos venían observando hace tiempo que para el planeta Mercurio las leyes clásicas de la mecánica no eran exactamente aplicables: entre el movimiento previsto y aquel que se observaba en la realidad, se constataban notables discrepancias. Para hacerlas desaparecer, se probó de sustituir las leyes clásicas de la mecánica, con las leyes de Einstein, y resultó que el desacuerdo no tenía ninguna existencia real, pues, él se debía a que los matemáticos no habían empleado los mismos métodos de cálculo que los astrónomos.

La Iglesia también sigue el ritmo de lo nuevo. En la iglesia se ha introducido ya el jazz-band, el cinema, las girls, el radio. El reverendo William Norman Guthrie, un pastor de Saint-Marks, viejo muy socarrón, según cuentan y muy dado a liturgias bizarras, es una de las personalidades más originales de la iglesia anglicana. Sus ideas han desatado más de una tempestad y un escándalo. El reverendo Guthrie va a establecer un ring en su iglesia. Algunos pasajes del Viejo Testamento relativos a milagros de músculos y riñones, serán renovados por púgiles místicos de Angola. La lucha de David y Goliat será reconstruída en pleno altar mayor de Saint-Marks, haciendo de "referee" el propio párroco, que parece haberse entrenado en los tremendos pugilatos suscitados por su gran sacerdocio científico. Si hay sangre en los matchs litúrgicos, ella será lavada, según se proyecta, con agua bendita, pues, dicen que es muy buena para los golpes en la frente.

Un día de estos habrá en las iglesias corridas de lebreles como en el Jardín de Aclimatación y exposición de gatos como en la Sala Wagram, donde ayer los jaspeados monteses de Birmania han aullado magníficas ternuras dorsales. La iglesia va a convertirse en centro de cosas modernas. La iglesia llegará a albergar ferias de animales, exhibiciones de modas, laboratorios científicos, bancos, peluquerías para ambos sexos, gimnasias, cafés-concerts, corrida de toros, etc. La iglesia ha operado siempre con un gran sentido de medios de persuasión. Catequizar, he allí el empeño. Los Santos Padres, a través de la historia, se han unido a los políticos, que es el colmo en materia de alianzas, y ¡no van a unirse a los boxeadores que son unos buenos hombres de Dios, como no den muy fuerte! Además, en el ring sólo se trata de un juego inofensivo y sin mayores peligros. El famoso bandido Romanetti, el más célebre de los bandoleros de Europa, que acaba de caer asesinado en Ajaccio, habría tenido casa propia en la Iglesia venidera, pues, Maurice Dekobra cuenta que Roma-

netti ha sido el hombre más bueno, justo y amoroso de los hombres. Como en el gran Pancho Villa, en Romanetti, el hueso iba al Poniente, pero las articulaciones al Levante.

No hay para qué referir aquí que a la iglesia han llegado también los ballets rusos. Ahora que en el teatro Sarah Bernhardt se alternan "Mon curé chez les riches" con ballets de Serge Diaghilew, han empezado a advertir que la Iglesia tiene gran predilección por estos bailes extraordinarios y novísimos. Nada pues, más aceptable que, junto al campechano párroco de Vautel, baile su baile cubista Polichinella, pese a Luis Aragón, André Breton y demás colegas superrealistas, que anoche se trompearon otra vez con todo el mundo, en plena representación teatral, sólo por hacer ruido.

Así Denis-Amiel, con "La Carcasse". Vaya un escándalo tal en la Comedia Francesa. París entero, a las órdenes del divertido General Calsteneau, han atizado a Denis-Amiel una paliza en debida forma, por haber puesto en ridículo o en trágico, en su obra, a otro General del Ejército Francés. Burlarse de un Militar?... Y vino el huracán. Porque el francés es muy liberal y puede tolerarlo todo, menos que se metan con su nacionalismo o con cuanto se relacione con su nacionalismo. Total; un éxito clamoroso de "La Carcasse".

En cambio, París no protesta de otras cosas. Antes bien, suele sonreír amablemente cuando el célebre actor italiano Ruggero Ruggieri encarna desastrosamente "Hamlet" en el Teatro de la Madeleine, o cuando a la danzarina hindú Kouka Vrandja, sacerdotisa de Zoth, le salen de repente cuatro brazos en el Concert Mayol, como en los bajorrelieves de Angkor, o cuando los carniceros de Montmartre cuelgan ante las cocineras, chanchos impresionistas, vacas neorrománticas, faisanes al óleo, tortugas en talla directa, como resultado de la influencia de las artes decorativas en el comercio moderno. En estos casos París sonrío o se suena las narices seriamente.

Mundial, N^o 319, 23 de Julio de 1926.

PARIS RENUNCIA A SER CENTRO DEL MUNDO

Las mujeres vestirán como los hombres.— París abre la boca de asombro ante New York.— Sensacionales declaraciones de Tristán Tzara para "Mundial".— La próxima escuela literaria: el fascismo.— Hay una revolución mística en los Estados Unidos.— Un nuevo genio francés: el novelista Georges Bernanos.— Mi generación pide otra disciplina de la vida.

(Especial para Mundial)

París, junio de 1926.

La prensa norteamericana se ríe de la cólera económica de Francia. "Los franceses están atacados de xenofobia, más que los chinos!" —gritan los periódicos en New York. A lo que responden los periódicos de París que los franceses están atacados de xenofobia, porque a ellos les obliga un terrible dolor que obliga a todo: la pobreza. "Más que contra los extranjeros en general, —ha declarado un gran rotativo parisiense—, los franceses están indignados contra los norteamericanos, porque son unos injustos, unos acreedores, unos ricos...!"

En París, no sólo se tiene cólera por la deuda a Wall Street, sino que se desdeña o se quiere desdeñar todo lo que se refiere a Wall Street. En cuanto se casa un viejo multimillonario de New York con una adolescente pobre

y pastoril, ya están en París haciéndose señas y riéndose del escabroso enlace. Si Mister Ford le da una mísera propina a un chauffeur, y su hijo bota, en cambio, cien mil dólares en un cabaret de la Quinta Avenida, ya están en París atusándose el bigote seriamente. Pero en París todos están también de acuerdo en que, por este camino, no es que se desdeñen las cosas norteamericanas, sino que, por el contrario, se hace de ellas precisamente mucho caso.

Un observador atento podría fácilmente darse cuenta de que, de poco tiempo a esta parte, o mejor dicho, desde que Francia debe varios millares a Estados Unidos, toda la atención espiritual francesa está pendiente de la vida espiritual norteamericana. Ese mismo observador podría también convenir en que New York representa ahora, a los ojos de Francia, lo que París representaba antes de la guerra, ante los ojos del mundo. Es decir, que New York es ahora el foco de toda la curiosidad espiritual de Francia. El menor acontecimiento de Wall Street repercute en pleno corazón de París. Los parisienses sonrían, protestan, censuran directamente o guardan silencios alusivos, pero no se alzan de hombros, cuando Mr. Booth Tarkington, verbigracia, un eminente escritor norteamericano, se saca de repente los zapatos una mañana, en pleno Wall Street y se pone a predicar en alta voz, ante los transeúntes, la próxima desaparición de las faldas de las mujeres (por que también las hay de hombres, irreprochables señor de Fouquières). Mr. Tarkington, con los fuertes zapatos vacantes en la mano, clama en un tono de gran clavo que se hunde en gran umbral:

—No hay razón para que las faldas existan todavía. Yo espero, y en verdad os anuncio que se acercan los tiempos en que las mujeres y los hombres llevarán vestidos absolutamente idénticos. No hay razón de pudor alguno que pueda valer contra la estrecha igualdad a que están llegando actualmente los hombres y las mujeres.

Entonces las palabras de Mr. Tarkington traspasan los mares y, mientras cualquier sudamericano habría pasado de largo ante el verbo profético del cazurro escritor newyorkino, he aquí que en París las gentes abren la boca de asombro y resuena ese verbo, como un hecho de primera importancia en el mundo.

La situación de Francia se hace, pues, cada día más embarazosa. Porque es París mismo el que, sin darse cuenta o sin poderlo evitar, está haciendo de New York el centro del mundo. Es París mismo el que, observando la conducta que hemos indicado, cede poco a poco, sin que

nadie le obligue a ello, su puesto umbilical a New York. Esto no se puede negar. Los extranjeros, sobre todo, nos damos de ello exactamente cuenta. Los lectores de cosas raras, saben ya, al recorrer los periódicos de París, que el buen bocado exótico, en materia de noticias, vendrá despachado de Washington. Los públicos también saben que la nota bizarra y el descoque más o menos abejeante y delicioso, materia de teatro, vendrán pintados o brincando al pié de la oreja de Florence Mills, la princesa negra del jazz, o en el pulso de Miss Bromne, la soberbia tennista, o en los sobacos de algún infame pintor de Florida.

El propio Tristán Tzara, ilustre jefe del dadaísmo literario, se pone de codos sobre la mesa y, mientras juega los dedos entre los cabellos, me dice:

—Importa mucho saber que el dadaísmo ha tenido mejor suerte en Estados Unidos que en ninguna otra parte. En la actualidad, existen varias revistas dadaístas en New York, tales como "Seccesión", "Broomm", "Little Review" y otras.

Tristán Tzara cree que la siembra dadaísta en Estados Unidos dará cosecha insigne para el porvenir de la literatura mundial. Fracasado el movimiento superrealista, Tristán Tzara se prepara a requerir de nuevo para sus manos el cetro revolucionario en poesía. Fundó el dadaísmo y va a fundar ahora el fascismo literario.

—Contra el pseudo-sovietismo superrealista, que acaba de abortar —me dice Tristán Tzara—, se impone un fascismo bajo la dictadura del espíritu...

—Con cuáles filas cuenta usted, —le preguntó—, para tamaña empresa?

—Justamente, con numerosos elementos superrealistas cismáticos: Paul Eluard, Loiris y otros. Y, sobre todo, con la nueva generación de los Estados Unidos, donde, como usted sabe, los hombres no son tan felices y porcinos como se cree, pues un verdadero mal del siglo, una epidemia de pesimismo está fermentando en ese país. Ese mal del siglo se expresa en una literatura enteramente renovada, que se conoce bastante mal en Francia, pero que no es otra cosa que una floración dadaísta.

Las opiniones de Tristán Tzara sobre los Estados Unidos, me recuerdan las de Regis Michaud, quien, refiriéndose a la civilización norteamericana, dice: "La brillante fachada del optimismo norteamericano presentaba, ya, desde antes de la guerra, grietas y fisuras que no podían pasar inadvertidas para un espíritu avisado. En esa

época,—continúa diciendo Michaud un Montaigne yanqui, Henry Adams, en un libro célebre, declaraba a la civilización norteamericana en bancarrota, al propio tiempo que algunos historiadores, muy prudentes y reposados, hablaban en voz alta de decadencia. Así, pues, mientras los viajeros y los críticos oficiales continúan celebrando la “vida intensa”, “la energía norteamericana”, he aquí que la inquietud dolorosa trabaja en las élites de ultramar”.

M. Regis Michaud alude luego a la flamante labor literaria de Edgar Masters y Robert Frost, en quienes se revela un nuevo pensamiento norteamericano, amasado de espesa inquietud y de hondo quebranto metafísico.

Quienes piensan, pues, que nuestros días son las vísperas de una época despreocupada, en que reinará el jazz, el football, la aviación y el cinema, la fuerza, en fin, muscular o del radio, están acaso muy cerca de engañarse. Junto a los negros, vestidos de rojo, que se peinan con alquitrán y alzan hasta el cielo las membranosas plantas sonrosadas, asoma en el ambiente moderno la cabeza atormentada de un sacerdote o el perfil de un simple agente de policía que, al mediar la noche, entrega la guardia, después de haber tenido, a solas, en silencio y ante las estrellas urbanas del cielo, su militar parada teosófica y humana.

A este respecto he de citar un libro tremendo, “Bajo el Sol de Satán”, que acaba de publicar Georges Bernanos y que toda la crítica francesa reputa como una obra genial. En ese libro hay párrafos espantosos. Se trata de lo que acabo de expresar: del tormento místico de nuestra época. Para una mentalidad clara, despreocupada y amiga del sport, esta novela ha de parecer una úlcera terrible. Yo mismo no he podido sustraerme a la repulsión de ese libro. Me ha dado náuseas. No, precisamente, porque se trate allí de un gran motivo religioso, a la manera medioeval, sino tal vez porque el señor Bernanos no ha sabido tratarlo. Qué magnífico marco para una gran obra! Dios... La dicha eterna!... La manera de llegar a ella!... Las fuerzas y direcciones del espíritu!... Las fuerzas y direcciones del cuerpo!... Las lóbregas encrucijadas y los sutiles y perlados crepúsculos del infinito!... Pero el señor Bernanos olvida que estamos en 1926 y no en el año en que murieron Abelardo y Eloísa, ni siquiera en los días de León Bloy. Su profundo anacronismo psicológico le ha perdido, y “Bajo el Sol de Satán” no podrá lograr abrir la brecha espiritual que necesita nuestra época. A estos muchachos que se han muerto de todos los dolores, de to-

das las miserias y de todas las tragedias humanas en 1914, no se les podrá tocar el corazón sino mostrándoles otros dados del destino, otras posibilidades de ascensión, mas inmediatas, más humanas, más universales, que las posibilidades encuadradas dentro de una sola disciplina religiosa, ésta o aquélla. El rostro de Satán habría que buscarlo fuera de la iconografía católica; las llagas del mártir habría que buscarlas en otra cintura que no fuese la del abate Donissants.

Estos mozos de ahora han visto ya a Satán en las trincheras y a los santos penitentes en la Cruz Roja.

Señor León Daudet! Voto por el gran espíritu católico de usted! Pero permítame tomar mi sombrero y alejarme sin ruido del templo, antes de darme cuenta de que el nuevo cura de Ars, el de M. Bernanos, ha fallecido de martirio, en la sombra propicia del confesionario.

Mi generación pide otra disciplina de la vida!...

Mundial, N° 320, 28 de Julio de 1926.

LA VISITA DE LOS REYES DE ESPAÑA A PARIS

Un divorcio por causa de tener la mujer sangre negra.— Las ganancias de los teatros de París en 1925.— Las tragedias y los goces en las grandes urbes.— El paraíso de todas las religiones está en una gran comi.iona.— La nueva obra teatral de Jean Cocteau.— Los encantos de San Sebastián.— Malabarismo y humanismo en la poesía moderna.

(Especial para Mundial).

Decididamente, los negros están invadiendo los peñaños mayores del espectáculo mundial. Armados de triángulos, vestidos de frescas pieles olorosas del país del fuego, los negros de tierra, aullando, los negros del mar, danzando, todos los hombres de la noche van y vienen por las cuatro vías del escándalo ecuménico. Y los hombres blancos se inclinan ante ellos, les echan frutas o se ponen a llorar de desconcierto.

En Estados Unidos, país de las rarezas a base de dinero, los hombres blancos suelen atesorar en jaulas de oro especies magníficas de negras y las domesticar, para luego exponerlas en los museos como mujeres o para echarlas a ondear sobre las tablas de los teatros como culebras. Hay otros yanquis que fletan negras para Cherburgo o Liverpool, en calidad de novias suplementarias de los mil marinos que en verano suelen divorciarse en

Deauville, en Biarritz, Ostende o San Sebastián. Estos Yanquis se dan cuenta entonces de que si los negros no rinden utilidades inmediatas en inminentes negocios de Wall Street, razón por la cual, sin duda, los menosprecian, son susceptibles, sin embargo, de rendir utilidades remotas pero pingües, más allá de los mares.

Estas negras que vienen a Europa en condición de novias suplementarias, no son siempre muy obscuras. Son generalmente las más claras. Las hay en timbre de hermoso cobre histórico, en clara ley de tarde de Asia, en color de plátano de la isla o en sangre azafranada de suplicante griega. Qué bellas negras pálidas, tan pálidas! He visto atravesar la plaza de la Concordia a dos de esas morenas y me ha dolido el corazón. Tienen esas hembras una piel muy pálida y funcionalmente blanca, y si no fuese por la boca excesiva, el gesto de Angola y el cuerpo de pirámide invertida, se las tomaría por blancas. Al millonario norteamericano Rhymelander le aconteció una vez enamorarse de una de estas negras, tomándola por blanca, y la hizo su esposa, sin saber que se trataba de una negra (los norteamericanos son muy activos y muy inocentes). Al cabo de diez años de vida conyugal, Mr. Rhymelander acaba de descubrir que su esposa tiene sangre negra en las venas y solicita una separación judicial, alegando que su mujer le había ocultado siempre sus orígenes oscuros.

Cuando le han narrado a Florence Mills, la estrella negra de los Ambassadeurs, la historia de Mr. Rhymelander, ha lanzado una mirada sobre su bello anillo de topacios de Otario y ha preguntado al Gerente del gran restorán de los Elíseos, por el monto comparado de las ganancias de todos los teatros de París en 1925. El gerente ha respondido, número por número, como quien pasa las cuentas de un rosario pagano y fabuloso:

—La más fuerte entrada pertenece a la Opera: 15 millones.

Florence Mills ha vuelto a preguntar:

—Y las entradas de los music-halls de París?

—La más fuerte entrada corresponde al Casino de París: 15 millones!...

Florence Mills ha añadido entonces estos datos concluyentes:

—La entrada más alta del año en la Opera fué en la noche en que Josephine Baker se presentó por primera vez en la gran escalera del primer teatro lírico del mundo: 150,000 francos.

Una vez más, pues, una negra sublime y terrible,

Josephine Baker, emperatriz del jazz, hizo sonar ante el mundo sus dislocados huesos africanos, en ciento cincuenta mil discos de metal...

Esto es París! Un ambiente propicio a todos los escándalos y a todos los triunfos.

Pero, —dice Gobart—, París es también otra cosa. Para montar la última revista de un music-hall de París se han gastado cinco millones. En esta revista aparece una mujer, ni joven ni vieja, que recibe cinco millones de francos para vivir y que lleva sobre su cuerpo, en las noches de su presentación cuatro millones y medio de alhajas. Su traje, en el primer cuadro de la revista, en el que ella aparece ante el público unos cincuenta segundos, había costado 48,000 francos. Esto es París...

Mr. Gobart agrega todavía:

—En un gran restorán hubo la otra noche una fiesta. La entrada costaba 400 francos, la comida 300 y la botella de champagne 200 francos. Hubo 168 comensales. Esto es París... Más aún. La otra tarde 300 gentlemens desocupados jugaban grandes dineros en un círculo. Un joven inglés llegó de pronto, arrojó a la mesa algunos billetes arrugados y perdió. Sentóse y jugó fajos de billetes de mil francos. Luego se dió cuenta de que estaba perdiendo demasiado lentamente, y tomó bonos por valor de cien mil francos. En ocho minutos perdió 40 bonos. Se puso entonces muy contento, encendió un cigarrillo y se fué. Esto es París... Pero es más todavía. Pierre Duvelent fué a la guerra en 1917 y perdió un brazo, el que quedó plantado, como una estaca de circo, en un barranco de Verdun. "Ah estos parisienses!" había exclamado el jefe, al entregar la Cruz de Guerra, traduciendo así su admiración. El héroe volvió a París, tomó un trabajo de bicicleta y se casó. En 1919 nace una niña. En 1924 la niña cae enferma y muere. En 1925 la madre se apercibe que está tuberculosa, a causa del trabajo, y cuando llega el invierno, sin recursos, va al hospital. En 1926. Abril, amanece. Llueve. El héroe está en su bicicleta y entrega los periódicos a la vendedora del kiosko. Un automóvil desemboca de una calle vecina, pierde la dirección y se estrella contra el kiosko y el carro. El cadáver del manco de Verdún. 1926. 5 Julio. La pobre mujer, en el hospital, lo sabe todo. La muerte llega a ella suavemente. Y alguna persona caritativa reúne en una misma tumba a la criatura, al héroe y a la pobre viuda de 30 años... Esto es también París...

Con todo, insisten algunos en que la vida avanza

hacia la dicha y hacia la perfección. Estos optimistas dicen que el paraíso de todas las religiones no reside, en verdad, sino en la tierra misma. Jean Cocteau, en su tragedia "Orfeo", que acaba de estrenarse en el Théâtre des Arts, nos muestra, entre otras bizarrías de técnica y de fondo, en la obra, que Orfeo y Eurídice, una pareja burguesa que juega tennis y hace reparar los vidrios rotos de sus mamparas, aparecen después de muertos, sentados no ya a la diestra de Dios Padre, como querrían las alegorías católicas, sino en torno de una mesa de comedor, haciendo los honores a una magnífica comilona, con vino de 1900 y cigarros de La Habana, que son los mejores. Tal es, en concepto de Cocteau, la gloria ultraterrena.

Cocteau acaba de convertirse al culto de la Santa Madre Iglesia Católica, al igual que Max Jacob, Pierre Reverdy y otros. Algunos críticos no logran conciliar este espíritu rigurosamente católico, apostólico y romano, que ha asumido Cocteau, con la estética de "Orfeo", donde yace un epicureísmo, más o menos nuevo e inquieto, pero, en todo caso, contrario al misticismo cristiano. Cocteau, en el fondo, es un conservador, pese a sus esfuerzos y poses modernistas. Sus actitudes son a base de maquillaje; sus acrobacias son clownescas, es decir, falsas. Adentro, en el fondo, duerme la masa vieja y el espíritu viejo, que no ha logrado aligerar el telégrafo sin hilos, ni el avión. Cocteau, pues, no se ha convertido, sino que ha fingido convertirse, puesto que en verdad, es, será y ha sido católico. Su "Orfeo", en que la vida se explica científicamente y en que, por lo tanto, el espíritu católico está en ridículo, es una cosa falsa en Cocteau, hecha para posar de moderno y de inquieto y atormentado.

En la tranquila playa de San Sebastián, donde ahora paso unos días de paz y soledad, leo la encuesta de Eddouwel Dujardin, sobre la esencia de la poesía moderna, de la cual Cocteau es reputado no como una gran sicofante, sino como un pontífice en París. M. Dujardin pregunta: "Cualquiera que sea el gran talento que se muestre en poesía, se puede considerar como fondo de ésta los malabarismos y agudezas más o menos maravillosas, actualmente en boga? O debemos esperar una reacción enteramente humana?" Tal es la pregunta principal. Leo las respuestas de Fernand Divoir, de Albert Birot, Paul Valery, Henry Brémond, Jean Casou y me sumerjo en la emoción de infinito del mar. Cuál será, pues, el fondo verdadero de la poesía? Sólo sé que las olas se han dormido en la argentada playa de la Concha y que yo sigo

sumergido en unas dulces ganas de llorar. Por qué estas ansias de llorar? Dicen que el lloro viene de la emoción de la distancia y dicen que la risa viene de la emoción del tiempo. Puede ser.

El tiempo! Con motivo de la reciente visita del Rey de España a París, un periódico francés ha confrontado lo que hizo Alfonso XIII la última vez que fué a París, 1913 y lo que ha hecho ahora, trece años más tarde. Qué cosas tan diferentes! Cómo han cambiado los tiempos! Lo que hizo Alfonso XIII en 1913 nos hace ahora reír, con no sé qué comicidad de lejanía en el tiempo.

Mundial, N° 324, 27 de Agosto de 1926.

LA REVANCHA DE LOS MONOS

El injerto de un ovario de mujer en una mona.— El equilibrio de la naturaleza y el principio armonioso de la ciencia.— Ultimas novedades científicas.— Se descubre la visión extrarretineana.— El profesor Richet opta por la "hipótesis del porvenir". Una gran afirmación religiosa dentro de un agnosticismo científico.— Un hombre asesinado por medio del radio.— París tendrá ferrocarril aéreo en 1928.— Aeroplanos y trenes de vacaciones.

París, agosto de 1926.

(Especial para Mundial)

Ahora viene la revancha de los monos. El señor Voronoff, cuyo empeño por remozar a la humanidad sigue impertérrito, ha dado ayer una conferencia en el Congreso Fisiológico de Stokolmo, en la cual cuenta haber extraído el ovario de una mujer, para injertarlo en una mona. El resultado del injerto ha sido magnífico. La hembra chimpancé ha podido concebir y se halla en vísperas de dar a luz. El señor Voronoff confiesa que sólo hasta allí llega su proeza científica: el haber realizado el injerto de una matriz de mujer en una mona, después del ya popular injerto de las glándulas de simio en el hombre. El señor Voronoff expresa luego su incertidumbre total acerca de las consecuencias ulteriores de su ensayo e ignora, por ejemplo, como será el hijo de la mona en cuestión. Quién

sabe nazca un chimpancé normal o un chimpancé con tales o cuales añadiduras de criatura humana. Tal vez traiga la nariz absolutamente sin pelos, o al nacer aventure un trozo decisivo de algún verbo... En fin, los círculos científicos europeos se encuentran ávidos de ver lo que sale de tamaña experiencia. En cuanto al travieso sabio moscovita, un periódico noruego informa que, al salir del Congreso Fisiológico, el señor Voronoff se estaba riendo a sus anchas, como si se hubiese vuelto loco. Ese mismo periódico juzga que esta vez se trata, probablemente, de una broma deliberada con que quiere divertir a la clientela el ilustre médico, confirmándonos así su temple genial.

—Y si no nace nada de extraordinario de esa mona? —le preguntó un periodista escandinavo al señor Voronoff, a raíz de su sensacional conferencia de Stokolmo.

—Si no nace nada de extraordinario, por lo menos, nacerá un mono corriente, en cuyo caso se sabrá, de una vez para siempre, que los órganos fundamentales de las especies bimanas y cuadrumanas, les son comunes. En este caso, muy probable, se abre un camino hacia descubrimientos más importantes.

—Podría usted anticiparnos alguno de ellos?

—No es aventurado establecer que si la mona da a luz un mono normal, la mujer, a su vez, pueda servirse de idénticos órganos de la mona.

—Pero doctor, es de temer que el injerto de órganos tan esenciales pueda menoscabar los supremos valores que distinguen al hombre de la bestia.

El señor Voronoff se pone entonces muy serio, casi violento:

—El injerto sería nocivo a nuestra especie si el vástago que esperamos de la mona naciera con trazas especiales que permitan constatar una influencia física o moral, de las formas humanas de la matriz en que ha sido concebido. Sólo en este caso se podría tomar, a su turno, una influencia regresiva del ovario de una mona en la criatura humana que fuese en él concebido...

Estamos, pues, ante una hermosa perspectiva científica. Puede que un día veamos entre los miles de niños que cabalgan sus potros de madera en el Luxemburgo, una que otra frentecita extraña, sutil y vastamente extraña, o un tierno mentoncito que, sin saber por qué, nos llame la atención, inspirándonos una ganas absurdas de dormir. Ello sería, de todos modos, la revancha de las glándulas de mono sobre las glándulas del hombre. Y con ella la

naturaleza no habría hecho sino equilibrar sus fuerzas y direcciones, porque, en resumen, el sentido de la ciencia es el equilibrio y la armonía universales.

En materia visual acaba de observarse idéntico desquite de la naturaleza. Los estudios efectuados por Louis Farigoule, René Maullanc y Leita Holterhoff, nos llevan a la conclusión de que los ciegos poseen una capacidad especial en los párpados para ver con los ojos cerrados, con sólo la fuerza del pensamiento. Aquellos que han perdido la vista normal, poseen, en cambio, lo que científicamente se llama la "visión extrarretineana". El descubrimiento del mundo visual por un ciego es, pues, un hecho científico, puesto que ha sido ensayado y verificado en largos años de rigurosa experiencia de gabinete.

"Yo asisti por la primera vez, —dice Jean Labadi —, a las experiencias de Farigoule, en febrero de 1925, en los talleres de "L'Illustration". La oclusión de los ojos fue rigurosa, con un doble lienzo de tafetán colocado en cruz sobre los párpados cerrados, una capa de algodón y unos lentes metálicos. Bajo esta sólida venda, el sujeto identificó los objetos más diversos e irregulares que le fueron presentados. A fin de eliminar cualquier posibilidad de que los objetos fuesen palpados por el sujeto, interrumpiendo así la comunicación meramente mental entre aquéllos y el ciego, se encerraron en un marco con vidrio algunas imágenes desconocidas por todos, tales como páginas de efemérides arrancadas de un block en un gabinete oscuro. Los resultados de estos ensayos fueron definitivos.

"La condición esencial, —añade M. Labadie—, para que la visión extrarretineana se produzca, es una condición psicológica. Y cuál es esta condición psicológica? La atención; pero no la atención ordinaria, ni la otra, la superior del matemático, sino una atención verdaderamente profunda. Un modelo de ella lo suministran todos los ascetas de la historia, desde los fakires de la India hasta ciertos empíricos modernos, pasando por los extáticos cristianos. Se trata de una atención llevada al máximo de intensidad y localizada en un solo punto fijo. Esto es lo contrario de la atención vulgar.

"En resumen, —termina M. Labadie—, el alcance del fenómeno extrarretineano en psico-fisiología es del mismo orden que el fenómeno radioactivo en física. No estamos ante una simple curiosidad, sino ante las génesis de una verdadera revolución científica. Son los primeros pasos de una revolución, sin duda, más profunda de lo que pueda suponerse..."

Oh las posibilidades de la ciencia! Cuántas cosas llegará a descubrir la ciencia con el transcurso de los siglos? Para resolver los más graves enigmas de la vida y de la naturaleza, surgirán día a día más procedimientos de certeza. Los más reacios misterios podrán ser descifrados. No importa que ignoremos, por el momento, de qué medios y por cuáles hipótesis llegará el hombre a esas albas infinitas. El célebre profesor Richet, de la Academia de Medicina de París, descubridor de la seroterapia, a quien un día se le preguntó cuál era a su parecer el mejor sistema para conocer y dominar toda, toda la realidad subjetiva y objetiva del universo, respondió con todos sus cincuenta años de sabio:

—Todas las teorías me parecen en parte admisibles y en parte inverosímiles. Mi hipótesis por excelencia es la “hipótesis desconocida”, que nos ofrecerá el porvenir y que nosotros no podemos formular, puesto que no la conocemos.

Esto decía un prócer y venerable hombre de ciencia. Se contentaba con una gran afirmación religiosa dentro de un condescendiente agnosticismo, científico. Así son los verdaderos sabios de laboratorio: patas positivistas, cabezas filosóficas, pechos de creyentes. Los químicos pequeños acaban escépticos y en el caso del profesor Richet se habrían agarrado a lo sumo al espiritismo en moda. La explicación espiritista del universo la habría proclamado, en particular, un sabio norteamericano, a base del gusto anglo-sajón por lo fantástico, a lo Conan Doyle, o a base de la metapsíquica policial, a lo Poe.

Justamente, con este criterio están juzgando los más célebres especialistas de los Estados Unidos, el caso de la “muerte lenta” de M. Robert Morán, cuya extraña defunción acaba de provocar ruidosos comentarios en el mundo entero. Cuentan los periódicos que se trata de una muerte que parece haber sido producida lentamente, por medio de algunos miligramos de radio, ofrecidos como obsequio a M. Morán, por un yerno suyo que estaba muy apurado por recoger una herencia de millares (*Sic: milliards; es decir, igual a mil millones Ed.*) .

Es el caso que un rico industrial, Robert Morán, de setenta años, se presentó hace algunos meses ante el director de un sanatorio de Virginia y pidió que le curasen de un mal indefinible, que le venía quitando toda energía y le minaba sordamente el organismo, sin que hubiese manera de reaccionar contra él. Los médicos examinaron pacientemente a M. Morán. Se le puso en observación

minuciosa, tomándose las precauciones y cuidados necesarios, pero no fue posible obtener ningún diagnóstico. El caso llegó a intrigar fuertemente a célebres hombres de ciencia, cuando he aquí que, a raíz de una ligera operación sin peligro, para la cual no fué menester anestesiar al enfermo, el septuagenario agonizó súbitamente, a causa, sin duda, de una insuficiencia cardíaca que un examen anterior no había permitido prever. Hasta aquí el aspecto, que podríamos llamar externo y corriente del caso.

Pero M. Morán tenía un yerno, de nombre Oliver Hall, que había lanzado su candidatura a la cuantiosa herencia del suegro. Y las pesquisas médico-policiales acaban de establecer que este Oliver Hall es el causante de la muerte de M. Morán. De qué manera? M. Morán, durante el último año de su vida, llevaba una hermosa y extraña sortija que su yerno le había regalado y por la cual el inocente anciano sentía un gran cariño. En el engarce de la sortija, en lugar de un diamante, había una cápsula minúscula que contenía... unos miligramos de radio! Los detectives de Virginia establecen una relación entre la sortija de radio y la misteriosa enfermedad del viejo. Se ha entrevistado luego a los médicos del Sanatorio y a eminentes celebridades de New York. En menos de veinte y cuatro horas, la opinión de las autoridades ha sido unánime: las emanaciones de la sortija habían provocado poco a poco, en una consunción lenta cuyo origen ignoraba en un principio todo el mundo, el mal inexplicable del cual ha muerto M. Morán.

Como se vé, el espíritu científico-policial de los norteamericanos bate el récord en el mundo. Pero Francia empieza ahora a sentir gran emulación por aventajarlos, ya que no en este y otros terrenos más o menos áureos y radioactivos, siquiera en vuelos más rudimentarios de la vida científica. Así es como M. Desvaux, consejero municipal de París, depositó ayer un proyecto para construir en breve un ferrocarril aéreo sobre la vasta ciudad hermosa, como en New York. La primera línea de este ferrocarril irá de la puerta de La Chapelle a la puerta de Saint-Denis. Su inauguración queda pactada para 1928.

Mientras llega eso, la circulación en París sigue imposible. Menos mal ahora, que hay pocas gentes en la calle, debido a las vacaciones de verano durante las cuales, todo el mundo va, cada cual según sus posibilidades económicas, a tomar el aire al mar, a la montaña o simplemente a la humilde campiña de domingo.

Mundial, N° 328, 24 de Setiembre de 1926.

LA CANONIZACION DE POINCARE

O la gloria de un diputado comunista.— Nueva interpretación del gusto decorativo de la Pompadour.— La crisis de las frases hechas.— Raymond Poincaré contra Francisco de Asís. — Dos mil intelectuales sin trabajo en Berlín.— La Asamblea Nacional de Versalles y las finanzas francesas.— Un diputado calvo y un sombrero histórico.— Trece suicidios diarios en París.

(Especial para Mundial)

París, agosto de 1926.

El buen público que lee y ama a los clásicos del lugar común, a los folletinistas que dicen: "efectivamente", desde la última página de un gran rotativo y a los poetas que exclaman: "la luz del ideal", entre una sección de modas y otra de vida mundana de una revista ilustrada, está desolado de ver cómo una veintena de escritores franceses condenan y se burlan de todos los clichés literarios, a la sombra de una reciente encuesta de "L'Intransigeant". Y, cosa rara: quienes echan el ácido más fuerte sobre la manía del lugar común, son justamente, el señor Henri Bordeaux, el señor Van Dongen, el señor André de Fouquières, el señor Ernest Prévost, es decir los ídolos de ese público. Las obreritas matinales primero olvidan el saco de maquillaje, antes que una novela del señor Bordeaux. Las novias de príncipes y las viudas de embajadores han llegado a imitar el estilo de las gasas que Van Dongen

pone en sus telas de gruesos marcos de oro. Los jóvenes cancilleres de Legaciones y diputados de la derecha, al anudarse la corbata para la tarde en el Claridge o para la noche en el Quai d'Orsay, buscan el último sesgo que el señor de Fouquières mostraba el día anterior en la suya. Y los vendedores de pimienta y de jabón de las campiñas de París, se saben de memoria los versos confitados del poeta Prévost. "En lugar de que te mate otro, —dice el adagio—, que te mate tu compadre". Los críticos más acres e intransigentes —se ha dicho siempre—, son los peores autores.

En cambio, el pobre lugar común no ha merecido esta vez el ataque de Giraudoux, de Soupault ni de Breton, escritores cuya aversión a la frase hecha llega a lo increíble. Giraudoux, en cuanto ve que se le viene una frase hecha, zas! la elude ágilmente: si el cliché viene por la misma acera y en sentido opuesto a su pensamiento, Giraudoux toma la otra vereda y, uno a cada lado de la vía, se contrapesan por lo menos; si el cliché avanza por la misma dirección que su pensamiento y por la acera contraria, Giraudoux no hace más que dar la media vuelta y todo queda al otro lado de las cosas. Soupault tropieza con la frase hecha, por lo general, en los grandes bares de los Campos Elíseos. Soupault la reduce a la nada, embriagándola con whisky. En cuanto a Breton, la zambulle en una playa bretona, con un peso de diez toneladas españolas a la cintura.

El cliché literario, de todos modos, está en desgracia. El nacimiento del simbolismo marca el punto de partida de su depreciación. El dadaísmo lo quemó vivo. El superrealismo, no se diga. A parte de este boicoteo deliberado de las élites, parece que el cliché literario sufre asimismo, honda crisis en la opinión de esos clásicos del lugar común de que hemos hablado. En Alemania, las novelas por entregas, los poemas y crónicas de folletín, ya no tienen el éxito de antes. Miles de autores de esta literatura de cliché se encuentran en consecuencia, sin trabajo y los editores arruinados. Una estadística reciente establece que de los 27,000 obreros sin trabajo que hay en Berlín y sus arrabales, unos dos mil son escritores. Muchos de éstos tienen nombres conocidos y hasta gloriosos.

Con respecto a estas y otras miserias de la época, M. Edouard Schneider, escritor que ha vivido largos años practicando una vida devota y franciscana, aconseja la doctrina de Asís, como único medio de contrarrestar el mal del hombre moderno. "Para quienes nos hallamos

envuertos en las múltiples miserias de este siglo terrible, nada más confortable que aproximarnos a la vida franciscana". A lo que le han replicado de todas partes con impugnaciones lapidarias. La vida franciscana tuvo postrera encarnación en un ingenuo encantador de pájaros, que murió cuando vino la guerra. En la actualidad ya no hay ese tipo de hechicero desvalido, desligado de toda preocupación económica.

Hoy, el mendigo más desheredado tiene que vérselas, por la razón o por la fuerza, con el Fisco y, el día menos pensado, se muere dejando a la posteridad, no ya un cuerpo descarnado como símbolo de desinterés universal, sino un grueso fajo de billetes de diez o veinte millones. Además, los propios apóstoles del franciscanismo, inclusive M. Schneider, comen y beben muy bien y asisten a una fiesta en beneficio de los pobres vestidos de frac.

El remedio a la miseria no es ahora oficio del pobrecito de Asís. El señor Poincaré es quien tiene ahora en sus manos la salvación del mundo. Es cierto que el señor Poincaré es pálido y cadavérico como los santos clásicos anteriores a los gordos y sanguíneos eclesiásticos norteamericanos que acaban de ser canonizados en patrulla. El señor Poincaré, Ministro de Finanzas, posee, a no dudarlo, un aire atormentado de estadista y mártir. Hasta se le tomaría, si se quiere, por un hacendista beatífico o santo financiero, pero en todo caso, lejos anda de imitar a un San Francisco que gobernara predicando el desinterés de los bienes de este mundo. Al contrario. El señor Poincaré, por su espíritu de sublime sacrificio en favor de Francia, podría llegar a otra santidad más moderna, y sería un santo político, que gobernara predicando lo opuesto a la doctrina franciscana: el ahorro, verbigracia. El señor Poincaré sería, en todo caso, un santo político a lo Lincoln. Ya el otro día los periódicos anunciaban los trabajos diplomáticos de Washington, encaminados a conseguir del Vaticano la canonización de Lincoln, en virtud de la suma austeridad de su vida de estadista.

Mientras el autero jefe del gobierno francés va definiendo lentamente, con la lentitud de los grandes procesos de la historia, su beatitud político-hacendaria, sus trabajos por la salvación económica de Francia marchan a buen viento. La reciente Asamblea Nacional reunida en Versalles para conferir garantía constitucional a la Caja de Amortización de Francia, le ha aclamado como el único padre de la patria. El diputado comunista Doriot, nada pudo contra el triunfo democrático del señor Poin-

caré. Lo que consiguió Doriot fué su expulsión de la Asamblea. Y una expulsión bastante escabrosa. El señor Doriot, que, al ser expulsado, había olvidado su sombrero, quiso volver por él a la sala de Versalles y ya no le dejaron entrar. El señor Doriot, calvo y de pantalón Oxford, tomó el tren a París, mordiéndose los labios y sin sombrero.

Sólo que el intrépido diputado comunista está seguro de que así y todo, su gloria de precursor de una nueva organización social en Francia, nadie osará negarla dentro de dos o tres siglos, cuando a las orillas del Sena suceda el Soviet al régimen democrático. El sombrero del señor Doriot será entonces conservado y expuesto a la admiración del mundo en los brillantes museos de Versalles, de la misma manera que el sombrero de Napoleón en el palacio de Fontainebleau. Ya M. Léandre Vaillat, erudito en materias versallescas, se ha apresurado a opinar sobre la sala y la clase de vitrina que deberá ocupar el fieltro del señor Doriot, y estima que una sala Pompadour vendría muy a las justas a esta reliquia futura. El erudito Vaillat alega, al efecto, el gusto por lo nuevo y lo sencillo, que fué siempre la estética dominante en la bella marquesa, contrariamente a la opinión general de los historiadores, que dan el nombre de esta dama al estilo más conservador y acicalado del siglo XVIII. M. Vaillat cree que Madame Pompadour preferiría los objetos modernos que se hacían en su tiempo a las antiguas lacas de la China y del Japón, a los bronce e incrustaciones de Boulle y a las viejas arañas de cristal de roca. Así pues, una sala de la Pompadour modernista, iría de perlas al sombrero de M. Doriot, político ultramodernista. Pero si los paladines del comunismo, en Francia como en Rusia, logran, cada cual según sus inclinaciones, realizar sus sueños de gloria, como en el caso del señor Doriot, o sus ansias de bienestar mundano, como en el caso del elegante y opulento Embajador de Rusia en París, en cambio, los pobres y necesitados que aguardan, a su turno, su salvación económica, como fruto de los esfuerzos comunistas, siguen muriéndose de hambre o suicidándose en series. Ayer informaban los periódicos que en las últimas 24 horas se han dado la muerte nada menos que trece desesperados, sin contar un suicida a quién se le hallaron unos malos versos elegíacos en el bolsillo, y a quién yo no sé por qué no le cuentan como desesperado. Una cosa es, sin duda, matarse sin versos y otra matarse con versos. En el primer

caso, el suicida seguramente "se muere" (con el pronombre "se") y en el segundo caso, el suicida simplemente muere (sin el pronombre "se"). En algunos casos, la vida y la muerte no pasan de meros giros de sintaxis.

Mundial, Nº 330, 8 de Octubre de 1926.

MONTAIGNE SOBRE SHAKESPEARE

La política en Cervantes, en el Dante y en Bernard Shaw.— La literatura francesa y el nacionalismo.— Montaigne, el más grande autor trágico del mundo.— La seriedad de la filosofía y lo frívolo del verso. Silueta del Deauville cosmopolita.— Un aparato para sorprender los pensamientos secretos.— Milagros de la policía comunista.— Una planta que tose y una piedra que vive.

(Especial para Mundial)

París, setiembre de 1926.

Haya de la Torre opina que los factores de belleza más grandes de toda obra artística, han sido siempre factores políticos. En concepto de Haya de la Torre, el Quijote es un político sin fuerza para imponer sus ideales de gobierno: el fondo de la "Divina Comedia" no es otra cosa que un formidable ensayo de organización social, y "Antonio y Cleopatra" de Bernard Shaw pone de manifiesto la excelencia de los métodos de conquista de la Gran Bretaña. Pero Vicente Huidobro encuentra del todo inadmisibles estas apreciaciones de Haya de la Torre y sostiene, por su parte, que en el arte no tiene nada que ver la política, aparte de que el caso del "Quijote", de la "Divina Comedia" y de "Antonio y Cleopatra", no explica nada, puesto que son tres obras estúpidas y, a lo más, mediocres.

Con todo, la idea de Haya de la Torre podría tal vez tener confirmación, si nos detenemos a mirar, por ejem-

plo, algunas actitudes de propaganda nacionalista de la literatura francesa. “La literatura francesa, —ha dicho ya un atinado ensayista español—, reposa y tiende, expresa o tácitamente, a una gran afirmación nacionalista”. En singular, los críticos literarios de Francia se han esforzado siempre en juzgar las obras maestras francesas, desde un punto de vista señaladamente nacionalista. Para los críticos franceses, Molière ha escrito comedias insuperables, tan insuperables, que hacen de Francia un país superior, llamado a dirigir a los demás cuando no a imponer sus ideas, en el arte como en todos los demás terrenos, al mundo entero. Esta manera de apreciar las obras literarias se halla en los mejores exégetas franceses. Se llega a lo ingenuo. Se va hasta querer acaparar, fundándose en hipótesis más o menos aprioristas, las mejores glorias de los mejores escritores. M. Fortunat Strowski, miembro del Instituto, asegura ahora que el teatro de Shakespeare, proviene de varias obras teatrales que Montaigne había escrito y de las cuales se aprovechó a escondidas el autor de “Otelo”. M. Strowski asevera que Bacon, el famoso canciller de la corte de Inglaterra, al saber la muerte de Montaigne, a quien consideraba como su maestro, envió inmediatamente a un sobrino suyo a Bordeaux, ciudad donde vivió Montaigne sus últimos años. La viuda de Montaigne y sus herederos, desdeñando la poesía o temiendo que las piezas de teatro escritas por el autor de los “Ensayos”, pudiesen menoscabar la seriedad de su obra filosófica, entregaron al sobrino de Bacon cuanto de verso y poesía quedaba entre los manuscritos de Montaigne. Bacon, a su vez, entregó los dramas inéditos de Montaigne a un cierto actor de nombre Shakespeare, el cual los acomodó a la escena y los hizo representar bajo su firma. M. Strowski afirma poseer las pruebas fehacientes de su aserto y celebra que las mejores tragedias de la literatura universal no pertenezcan a la Gran Bretaña sino a Francia. Es lo que quería demostrar. ¿No es ésta una forma rotunda de llevar a los literatos y sus obras a servir las exacerbadas rivalidades políticas de Francia e Inglaterra?...

Nada puede apaciguar estos irritados nacionalismos d'après-guerre. El sentimiento nacionalista, robustecido sana o patológicamente, aparece en todos los aspectos de la vida y se manifiesta en todas partes. Un vistazo sobre los centros cosmopolitas de Europa, basta para convencernos del grado pintoresco, por no decir ridículo, al cual ha llegado el nacionalismo: en París hay hoteles exclusiva-

mente para ingleses, o para rumanos, o para chinos, y hay restoranes donde las mesas están clasificadas en mesas francesas, norteamericanas, rusas, italianas, etc.

En las playas de moda, como Deauville, Biarritz, Ostende, Aix-les-Bains, la mixtura de razas y nacionalidades, ofrece más contrapuestas facetas. Por sobre la preocupación de homogeneidad que da la moda, cada colonia reserva, valiéndose de no sé que sutiles procedimientos de afirmación nacionalista, sus hábitos, y, sobre todo, su aire de origen. En el Casino de Deauville, la clientela masculina observa estrictamente los recientes dictados de la moda, el pantalón Oxford, abundante y fanfarrón o el novísimo matiz cubista de la americana; pero a cién leguas es fácil distinguir, por sobre la homogeneidad de estos detalles, al padre de familia griego que luce una cornalina triangular en cada meñique, o a unos mozos filandeses, de rostro rojizos y como cubiertos de polvo de camino, o a la sobrina de la Emperatriz Zita, con su fuerte mirada austriaca. Tratándose de las colonias de América, ellas denuncian su origen a través de diez murallas. No hay raza que conserve mejor su aire nacional en los centros cosmopolitas, como las gentes de la América del Sur. Ese es, con toda seguridad, un colombiano!... Aquella dama que conversa en inglés con un caballero, es, a no dudarlo, una argentina!... La linda muchacha que ayer, en el Gran Prix de la temporada, llevaba una diminuta sombrilla hecha de una sola lámina de oro, es sin duda posible, brasilera!... Y estos tres viejos que juegan ajedrez, sin pronunciar palabras, ¿cuál ha de ser peruano, sino ese que mira por los cristales del Casino que dan sobre el mar, como si afuera lo estuviesen esperando?...

La moda, los placeres, la política, la literatura, la gloria, siguen siendo, hoy más que nunca, vehículos de nacionalismo, solapados concursos de bandera nacionalista.

Se trata aquí de concursos tácitos. No es menester para el caso, de convocatoria y ni aún de voluntad expresa de parte de los concurrentes. Se muestran ellos griegos, uruguayos o japoneses, sin intención deliberada, sin darse cuenta y, muchas veces, apesar suyo. Los sudamericanos, verbigracia, ansían todo lo contrario, es decir, ansían europeizarse a la fuerza si es posible y, particularmente, afrancesarse, en Deauville, en Biarritz o en París. Pero es en vano. Su nacionalidad se denuncia a la distancia.

Hay, como es natural, numerosos matices en esto de querer asumir aspectos de una nacionalidad distinta a la

verdadera. Nos cuentan que en Rusia hay extranjeros que saben disimular a la perfección su nacionalidad, sobre todo, cuando proceden de países reccionarios o anticomunistas. La policía moscovita vigilante y científica, se vale entonces de finos y misteriosos procedimientos para descubrir, en el curso de una investigación política, la verdadera nacionalidad de ciertos extranjeros. Se emplea, entre otros métodos, un aparato inventado por el célebre profesor sueco Kielland, con la ayuda del cual se puede controlar perfectamente nuestros pensamientos más secretos. Una membrana de una sensibilidad extrema, se apoya sobre la sien del objeto. Esta membrana recibe las vibraciones de la tensión arterial y las reproduce con toda nitidez, como en el teléfono. El profesor Kielland ha observado que los pensamientos tienen sobre la circulación de la sangre una gran influencia y que la sien es el asiento de pulsaciones características, según sea el género de las ideas. Este sabio, después de numerosas experiencias, ha llegado a obtener una base gráfica, que varía con todos los pensamientos. La policía moscovita, a su turno, obtiene diariamente hermosas revelaciones acerca de las íntimas ideas políticas de cuantos sujetos caen bajo el estudio del aparato del señor Kielland.

La ciencia, como el arte, ofrece en ocasiones, descubrimientos muy divertidos y extravagantes. De esta envergadura es el descubrimiento últimamente obtenido de una planta tropical (tropical había de ser), que es muy sensible a los ataques de tos, como los niños y los ancianos. En cuanto hay polvo o una ligera humedad en el aire, la planta de marras hace una leve explosión de la peluza de sus hojas, muy semejantes al ruido de un acceso de tos de una persona constipada.

M. Pierre Audiat nos anuncia, por otro lado, haber descubierto por sí mismo una piedra que vive, suda, se nutre, odia, ama, sufre, goza y probablemente muere. Todo junto.

Mundial, N^o 334, 5 de noviembre de 1926.

LA GRAN PIEDAD DE LOS ESCRITORES DE FRANCIA

Acerca del proletariado literario.— La doctrina y el ejemplo de Maurice Barrés.— La doctrina y el ejemplo de Carl Sandburg y de Pierre Hamp.— Una célebre frase del autor de "La Colina Inspirada". Los intelectuales tienen derecho a ser maridos infieles?— El escritor Clement Vautel gana veinte mil francos diarios.— El Príncipe de Gales se casará con la Infanta Beatriz de España!— El veraneo en Europa toca a su término.

(Especial para Mundial)

París, octubre de 1926.

De algún tiempo a esta parte se viene combatiendo denodadamente en París para mejorar la situación del proletariado literario de Francia. La Sociedad de Gentes de Letras, presidida por M. Edouard Estaumié, de la Academia Francesa, ha reforzado esta campaña día a día, y la prensa francesa ofrece cotidianamente una rúbrica de propaganda en el mismo sentido, bajo el título común de "La Gran Piedad de los Escritores de Francia". Porque en París existe un proletariado literario enorme, sin pan, sin techo y aún hasta sin pluma para escribir. Poetas sin zapatos con qué vagabundear por las vías zarzosas del enigma; novelistas sin guantes con qué tomar el escalpelo psicológico; dramaturgos sin smoking con qué salir a ta-

blas a agradecer las ovaciones del público; periodistas sin sombrero con qué saludar a los Ministros en las entrevistas; en fin, una trailla desarrapada, que lleva en los bolsillos, en vez de monedas, apenas unos grasientos fósforos mentales.

—Qué le vamos a hacer! —clamaba Maurice Barrés, cuando le hablaban de tales proletarios de la pluma—. El escritor que no puede ganarse una posición y un nombre en la vida, es porque carece de talento. No hay nada qué hacer con ellos. La historia y la experiencia nos demuestran que sólo las grandes virtualidades creadoras han triunfado y han ganado el dinero que querían. Los demás, los que se mueren de hambre, es porque son unos estúpidos!

El hombre que así hablaba del proletariado literario era justamente el autor del "Culto del yo", el académico, el diputado, el autor de cien novelas que se vendían como el pan. El hombre que así hablaba era el nacionalista hasta el chauvinismo, el leader de la democracia, el rico burgués que vivía en un palacio del Bosque de Boloña, con treinta criados brillantes y diez secretarios de levita. El hombre que así hablaba era el magnate de la pluma, poderoso personaje inaccesible, a quien se llegaba sólo después de atravesar cien antesalas más que para llegar al Presidente de Francia. Qué era, en efecto, el señor Millebrand en el Elíseo al lado del señor Barrés en su casa?... Y como es natural, un semejante personaje no podía fraternizar con los compañeros pobres.

—Antes de los cuarenta años —había graznado Barrés en su mocedad, en la sala de redacción de un periódico en París—, seré académico y millonario!...

Y, naturalmente, un semejante personaje estaba incapacitado, —no es verdad, señor Barbusse?— para apiadarse de los míseros y hambrientos de este valle de lágrimas. El señor Barrés, que goza tanto en la vida y a quien Dios tenga ahora otra vez entre goces celestiales, se oponía a toda campaña de piedad por los escritores sin pan. Apesar de ello, la campaña ha continuado arando el ambiente y ha llegado, como hemos dicho, a constituir una gran fuerza social.

Pero, en contra de esta "Gran Piedad de los Escritores de Francia", hay otra corriente doctrinaria, que no es, por cierto la misma de Barrés. Se trata de una corriente muy antigua, practicada por muchos grandes escritores, desde Homero hasta Carl Sandburg y Pierre Hamp, en nuestros días. Estos escritores repugnan la piedad. Ba-

rrés la creía inútil; Sandburg y Hamp la creen ofensiva para la dignidad del escritor y, sobre todo, nociva al libre desarrollo del espíritu del creador. Sandburg, el yanqui, y Hamp, el francés, creen que los escritores padecen un error muy grave al pretender ganarse la vida exclusivamente con la pluma y no ya en otro oficio o actividad. Un poeta piensa que, por ser poeta, no puede ya hacer otra cosa que versos para ganarse el pan. Día y noche escribe versos. No quiere ni se esfuerza por franquear los otros campos de trabajo. Hacer zapatos un poeta? Qué ocurrencia! Qué indignidad! Conducir un coche? Qué ofensa! Qué vergüenza! Unas manos que escriben poemas más o menos perecederos o inmortales, se mancharían y se estropearían; así luego de dejar la pluma pasarían a aserrar madera.

El poeta, el novelista, el dramaturgo, de este modo, se han parcializado, sustrayéndose a la hermosa pluralidad de trayectorias de la vida y amputándose así otras tantas múltiples vías de sabiduría y riqueza emocionales. Se han profesionalizado. Están mutilados. Están perdidos.

Pierre Hamp quiere sacar de este tremendo error a los escritores. Quiere sacarlos del tintero al campo, al taller, a la vía pública, al espacio, al mar, a lo desconocido, sin dejar, por ello, de volver a sus cuartillas. Que el poeta conozca y sienta directamente, sobre su propia piel, cómo se raja un leño, cómo se salta un barranco, cómo se abre una acequia de regadío, cómo se carga un fardo, cómo se barre el suelo, cómo se arrea una partida de puercos gordos, cómo se sube una montaña, cómo se rompe el hielo, cómo se guisa un águila al vino, cómo se amarra un toro bravo, cómo se maneja un dínamo, cómo se suda en Africa, cómo se barrena en las minas, cómo duele un golpe de viento sobre el mar o sobre un aeroplano, cómo es, en fin, la vida infinita, unánime, salubre, fuerte, creadora. Haciendo esto, cuando el escritor no puede ganarse el pan de cada día con un verso, lo podrá ganar de otra manera: como cocinero, como contador, como acróbata, como portero, sin dejar, no obstante, de cantar su verso. Por qué no ha de ser así? Todo trabajo es digno o dignificable, y lo es más ante el concepto superior y vidente del artista.

Para salvar de la miseria a los escritores, según Pierre Hamp, no hace falta apiadarse de ellos, haciendo aumentar el precio de los versos, como si se tratase de tallarines o de espárragos. Para salvar de la miseria a los escritores no hay sino que desconchar al escritor de su concha profesional y que lance sus tentativas y posibilidades humanas

en todas direcciones. Así no se morirá de hambre y así, por otro lado, ganará el arte en riqueza vital, en inspiración cósmica, en agilidad, en gracia y en desinterés eso es el arte. Porque es la labor más libre, incondicionable y cuyas leyes, linderos y fines no son de una orden inmediato como los de las demás actividades.

Como se ve, esta teoría se funda en que el escritor ha de estar dotado de fuerzas para hacerlo todo. Tal un Rimbaud. Mientras los otros hombres sólo pueden ser abogados o tenientes coroneles, y sólo tenientes coroneles, y se limitan y se profesionalizan en esta o aquella actividad, el artista, en cambio, ha de hacer tabla rasa de las divisiones del trabajo, practicándolos todos. Idéntica libertad tiene para otros aspectos de la vida. Si un hombre normal está obligado, dentro de la actual sociedad, a ser un marido fiel, un artista está facultado a no serlo. Madame Rachilde es la primera en opinar que no debe serlo. "Un intelectual fiel? —exclama la señora de Vallette—. A quién y para qué?... La fidelidad es una costumbre y lo contrario de la aventura. Entonces? Un intelectual es siempre un aventurero y a menudo un bienaventurado!..." Georges Courteline, el regocijado dramaturgo de "Bou-bouroche", declara que, en general, los maridos que engañan a sus mujeres son los mejores maridos y, aún más, si son intelectuales. Todos están, pues, de acuerdo en esto de la moral sin riberas del artista en materia de matrimonio, salvo Clement Vautel, quien establece que el artista no debe tener una moral distinta de la de los demás hombres. Y es que Clement Vautel gana veinte mil francos diarios con su pluma. Esto nos explica por qué se opone a que los artistas tengan moral diversa a la de los demás mortales, como también nos explica por qué Vautel no trabaja en otra cosa que no sea escribir estúpidas comedias como "Mon curé chez les riches", cuyas mil representaciones le han hecho yarico. Qué necesidad tiene Vautel de ser picapedrero, si su pluma le dá todo el dinero que quiere? y, correlativamente, qué necesidad tiene Vautel de engañar a su mujer, si él es un escritor mediocre y carente en absoluto de inquietudes? Estamos pues, en un mundo donde todo tiene su explicación.

Hasta los amores principescos tiene su explicación, bien que no sentimental, sino meramente política. Hoy más que nunca, los príncipes se casan por móviles de orden político o policial, si se quiere, y no de orden cardíaco. En este número de enlaces figura el que va a contraer el Príncipe heredero de Bélgica con la Princesa As-

trid de Suecia, y el que probablemente ha de ajustarse muy en breve entre el inevitable Príncipe de Gales y la Infanta Beatriz de España, si antes no han destronado a Alfonso XIII los artilleros ambiguamente republicanos que se sublevaron últimamente en los cuarteles de Segovia. El heredero inglés pasa, entre tanto, sus vacaciones en Biarritz y una que otra noche da sus saltos a San Sebastián, para galantear a hurtadillas a Beatriz, como cualquier seminarista erótico y precoz.

Mas ya llega el otoño, y las vacaciones, en playas y montañas, van a terminar. Empiezan las muchachas a cambiar de trajes y, posiblemente, de amores. El charleston de los dancings, a la orilla del mar o al pie de la nieve, languidece, y las parejas, en el baile y en la vida, se dispersan más pronto en el otoño que en el verano. A París empiezan a volver, para quedarse o de paso a otras urbes, todos los veraneantes. A veces son los reyes de Yugoslavia o el Príncipe Shishibu del Japón, o el Infante don Jaime de España, o, simplemente, el modesto empleado de Banco, el obscuro negociante en carbón, o el pobre diablo anónimo y hastiado. No sería raro que una de estas mañanas pasase por París el Príncipe de Gales con la pala al hombro, es decir, con el presunto noviazgo hecho añicos.

Mundial, N° 337, de 26 de noviembre de 1926.

EL SALON DEL AUTOMOVIL DE PARIS

Tres grandes demostraciones de caballos de fuerza.— El buen mecánico derrota al gran pintor.— Se reanuda la vida del gran mundo en la ciudad.— Apogeo de la ciencia industrial.— Elegía de las sienes y los vientres.— Viajes por adentro y viajes por afuera.— El público que lee a Paul Morand.— El secreto de la dicha humana está en la bencina.— El progreso es un simple fenómeno económico.

(Especial para Mundial)

París, octubre de 1926.

Hoy abre sus puertas al público de las cuatro esquinas del mundo, el XX Salón del Automóvil de París. En estos mismos días se inaugura también una Feria Automovilística en la Puerta de Versalles y un Meeting Náutico a las orillas del Sena. Se ha esperado las primeras nieblas otoñales para lanzar a la vez, estas tres exposiciones de la velocidad, con todos los honores del caso; asistencia del Presidente la República, discursos, exhibición de las modas suntuarias de la nueva estación y, sobre todo, concurrencia de los miles de personas del gran mundo, que acaban de volver de las playas o que vienen expresamente para estas fiestas del motor, desde los otros continentes. De este modo, el Salón del Automóvil constituye como la primera recepción social del año en París, después de las vacaciones del verano. La vida elegante

de la ciudad sólo empieza con la apertura del Salón del Automóvil. Antes, ahora 15 ó 20 años, la gran vida mundana parisiense empezaba cada año con el vernissage del Salón de Otoño. Un día vino la guerra, murieron varios millones. Salió, como se sabe, mala ficha para los artistas y buena para los electricistas. Hoy son los automóviles los que mandan y nó los cuadros ni las estatuas como sucedía en las sociedades del Renacimiento. Y este reinado social de la rueda no sucede siquiera en New York, a la que podía echarse la culpa de materialismo excesivo, sino en París, que no podrá negarla.

Qué gloria para los fanáticos del progreso! Qué triunfo para los futuristas! Qué poderosa demostración de caballos de fuerza! Por las vastas avenidas que rodean al Grand-Palais, donde está el Salón del Automóvil, pasean victoriosos de esta demostración, los constructores de carros, los ingenieros convencidos, los sportmen, las damas-pilotos y sus perros de lujo, los turistas de anteojos, con el inevitable señor Citroën a la cabeza; hoy más que nunca, van y vienen por todas partes, haciendo un ruido prepotente de bocinas sobre las cabezas insomnes de las estatuas inmóviles y, lo que es más, sobre las sienas grávidas de los sacerdotes recalcitrantes, de los aedas, de los sabios y de las mujeres en cinta, a las que el más leve estremecimiento puede matar o hacer dar a luz niños ya muertos para siempre... Y qué contentos están, asimismo, los artistas incipientes de la época, que hacen versos cinemáticos como el pobre Canudo, cuadros con temas neumo-gástricos, como Max Ernst, o estatuas formadas de calderas y termómetros, como mi inquieto amigo Decrefft. El apogeo de la ciencia industrial no ha sido hasta hoy mayor como en esta triple exposición de la velocidad. Así lo aseguraba ayer, paseando los múltiples stands del Salón de Automóvil, Paul Morand, el trashumante novelista de "Rien que la terre", el escritor ultramoderno, que hace viajes en torno del mundo cada veinte y cuatro horas, y posee la virtud de desconcertar con su modernismo epiléptico y errátil a más de un escritor gordo, gigantesco, ramplón y sedentario.

Algunos han salido al encuentro de este espasmo automovilístico de París. Al señor Morand se le ha dicho que las andanzas y vagabundeos son más fecundos cuando se operan por los senderos inciertos y sin fin del reino interior, y nó cuando se llevan a cabo sobre sendas expeditas, en un Hispano-Suizo, en un aeroplano o en un trasatlántico, con pasajes de primera clase, pasaporte di-

plomático, gorra de antilope y cien mil francos en la cartera. Al señor Morand se le ha dicho que es menos interesante viajar, como él lo hace, en condiciones de empleado del Ministerio de Negocios Extranjeros, de New York a Pekín o de Moscú a Barcelona, que viajar a pie, por cuenta propia, de la duda a la fe, del dolor a la alegría, de la vida a la muerte, o de Dios a la Nada. Al señor Morand se le ha dicho, además, lo que hace algunos años escribía yo, poco más o menos, a Alcides Spelucín: "El Universo está en usted mismo, en su jardín, en su cuarto".

Y se le ha recomendado al señor Morand, y en su persona, a todos los novelistas internacionales y poetas cosmopolitas de pega, que debe ya tomar un reposo, pues, según parece, está en peligro de atrapar en los caminos un "mal viento", que se explicarían los quechuas de América.

Ahora hay que esperar lo que van a decir las mujeres, en defensa de Paul Morand y de la manía viajera. Paul Morand es un escritor tan eminente y, ante todo, tan rápido, en el sentido viajero del epíteto, que su público por excelencia, además de ciertos escritores gordos, está formado de damas y de damas modernísimas. El erótico fondo del temperamento femenino anda muy íntimamente vinculado a la literatura "nocturna" de Morand y a la velocidad moderna. "El amor a la velocidad, —expresa Ernest Naef—, deviene una verdadera pasión entre las mujeres. Estas sienten la necesidad de la ruta y un regocijo avasallador en dirigir caballos de fuerza. Desgraciado dé! que no puede amar no ya a la sombra de un sauce gemebundo, como en tiempos de Musset, sino en un épico Rolls Royce de seis cilindros. Enamorados del primer cuarto de siglo XX! Os ha tocado amar sobre las rutas asfaltadas, a 80 kilómetros por hora. Se da un beso en un viraje, y Dios sabe en qué garaje nacerá una criatura. Todos los países se quejan de la baja creciente de la natalidad. ¿No será la falta de automóviles la causa de ellos? No sabremos decirlo. Lo que está fuera de duda es que la juventud actual deja ya de lado los matrimonios a base de amor y de agua fresca. En nuestra época se impone, antes que nada, la bencina. Dése un poco de bencina a una pareja y dejadla en un carro y ya verá cómo aumenta la población.

Así se expresa Ernest Naef, hablando de automóviles y mujeres. Y esto y mucho más se dirá en defensa de la literatura de "wagon-lit" como es la de Morand y compañía.

Sólo que estos argumentos en favor del automovilismo-

mo son, argumentos de personas ricas y no de gente pobre. Probado está que el progreso sirve, al menos hasta ahora, al dinero y no a los míseros. En el Salón del Automóvil el carro que menos cuesta es diez mil francos, mientras los hay hasta de un millón. La carrera en automóvil en París empieza con un franco. El pobre, en estos casos, queda relegado al margen del festín. Mientras haya pobres habrá siempre viajeros a pie, pese a todos los progresos en materia de locomoción. El progreso industrial es, exclusivamente un fenómeno económico. Los servicios que de él emanen dependen de la capacidad económica de cada cual para adquirirlos. El progreso será bueno cuando sus beneficios estén al alcance de todos.

En otros términos, la comodidad y bienestar de los hombres no depende tanto del progreso industrial y científico, sino de la justicia social. Si por hacer exposiciones automovilísticas, se descuida la justa distribución de las ganancias de la empresa constructora, entre patrones y obreros, de nada servirá que el hombre vaya a la luna, o coma estrellas fritas, o escuche por inalambrama las músicas seráficas en cuerda viva. Unas parejas de novios seguirán besándose, repantigadas entre los cojinetes de un gran Renault, mientras otros se suicidan por hambre, arrojándose, precisamente, bajo las ruedas de los carros perfectos y brillantes.

Mundial, N° 338, 3 de diciembre de 1926.

EL CREPUSCULO DE LAS AGUILAS

Diferencia entre cosmópolis y ciudad cósmica.— Buenos Aires y París.— Urbes donde se gana y urbes donde se gasta.— Singularidades de la vida parisiense. —El Perú y la Sociedad de las Naciones.— Debate sobre la nacionalidad de Paul Gauguin.— Necesidad de reclamar una gran gloria peruana.— El duelo entre las águilas y los aviones.

(Especial para Mundial)

París, noviembre de 1926.

El contenido cósmico y cosmopolita de París es tan grande, su riqueza psicológica y social es tan universal, que en esta urbe se encuentran contenidas todas las demás urbes. París es New York, Berlín, Londres, Roma, Viena, Moscú y además París. Ni Moscú, se escapa de estar contenido en París. Qué de original habrá en la capital rusa, que no lleva el sello europeo que da París? El elemento comunista no va más allá de la máquina administradora. En lo restante, Moscú conserva el tono ciudadano de la urbe europea contemporánea, cuyo paradigma es París, no sienten mayor cambio de normas y hábitos de vida social. He hablado con muchos de ellos y me han declarado que la vida de ciudad de Moscú no difiere esencialmente de la de París.

Se ha dicho de la capital francesa que es una cosmópolis. Hay que añadir que esta cosmópolis ha progre-

sado y evolucionado hasta convertirse en ciudad cósmica. En la cosmópolis los extranjeros viven de huéspedes a plazo más o menos largo, y sus intereses materiales y espirituales conservan su sello de origen; en la ciudad cósmica, los extranjeros han llegado a un género de convivencia más permanente, más homogénea, humana y universal. En Buenos Aires, tipo representativo de cosmópolis, las colonias extranjeras no pierden su fisonomía social y los ciudadanos italianos, ingleses, rusos, españoles, son siempre españoles, rusos, ingleses, italianos. En París, tipo representativo de ciudad cósmica, las colonias extranjeras pierden su fisonomía social y se parisianizan, es decir, adoptan el ritmo social de París; y es que a París no se viene para enriquecerse, como en Buenos Aires, ni para divertirse y pasar, como en Biarritz o la Costa Azul: a París se viene para vivir más amplia y noblemente, es decir, permanecer. A París se viene, no ya en exploración vital y humana, es decir, generosa y ascendrada. La urbe cosmopolita es un fenómeno económico o mundano; la urbe cósmica es un fenómeno desinteresado y se apoya en perspectivas y necesidades de orden más generoso, más profundo y permanente. Si París ha sido, acaso, antes una simple cosmópolis mundana, he aquí que ahora es ya la ciudad cósmica.

En esta urbe cósmica ocurren cada día mil cosas raras, que marcan por su rareza, los matices y polares y las inquietudes extremas de la convivencia humana. Hoy es una dama pobre que la miseria arrastra al suicidio, arrojándose al Sena. Un guardia de policía la advierte desde un puente del río, saca su revólver y la amenaza dispararle sobre la cabeza, que se debate a flor del agua, si la mujer no renuncia a suicidarse. Entonces la mujer, que quería morir, al ver que iba a recibir un balazo en la cabeza si no obedece al guardia, se llena de miedo y haciendo un esfuerzo tan supremo como singularísimo, da unas cuantas brazadas y logra salir del río... El guardia, obedecidas sus órdenes y salvada la mujer, envaina su revólver y oculta entre sus mostachos una sonrisa dolorosa y desmedida, que apenas cabe entre sus labios.

El mismo día es una multitud que se arremolina ante un affiche, en la calle Douane. El affiche dice textualmente: "Si buskais trabajo, cuidáos de ir al restorán X... de la rue Douane. Allí son unos ladrones. Me habían prometido 275 francos mensuales y no me han dado sino 200. La gorda Angëlle de la rue du Temple, es una vaca: ella me ha hecho arrojar del restorán". El gran affiche

de marras, que lleva el timbre fiscal correspondiente, como en los affiches de la apoteosis de Jaurés, está firmando así: "María la sirvienta". Venganza? Publicidad?... Réclame de la sirvienta o del restorán? Nadie lo sabe. La multitud lee y se renueva a cada instante, del mismo modo que ante el curso de los cambios, que emite la Agencia Havas, por telegrafía sin hilos.

El mismo día es la Sociedad de las Naciones, la que se queja a grito herido, de que muchas potencias olvidan o hacen que se olvidan de pagar su cuota respectiva para los gastos que demandan las Asambleas de Ginebra.

Se queja de que Bolivia debe 185,000 francos; Honduras, 99,997 francos; Lituania, 57,000; Nicaragua, 100,000; y El Salvador 13,184 francos de oro. La China, a la que se ha ofrecido un puesto en el Consejo de la Liga, debe 3.140.000 francos. "Y, cosa extraña y desconcertante, — comenta un periódico de París—, El Perú, que hasta ahora era considerado como El Dorado del Mundo, debe al 31 de julio último, 878.168 francos oro a Ginebra". Adviértase bien cuáles son los países deudores a Ginebra: Salvador, Nicaragua, Lituania, Bolivia, Bolivia, China y El Perú. Estupendo!

El mismo día es un cablegrama luminoso que anuncia, a media noche, en la Plaza de la Opera, que un avión acaba de vencer a un águila de dos metros de tamaño, a raíz de un terrible torneo de alas, a 700 metros de altura sobre los Estados Unidos. Las nobles y épicas plumas de la naturaleza han llovido sobre las montañas norteamericana y los pujantes tubos de cobre y las palpitantes esferas del avión, han seguido jadeando en el espacio infinito.

Y el mismo día es un ruidoso debate sobre la verdadera nacionalidad de Paul Gauguin, el gran pintor sintetista, precursor de todas las inquietudes artísticas d'après-guerre. Se trata de saber si Gauguin es francés o peruano. "Gauguin tenía en su sangre, —dice André Warnod en un artículo reciente— elementos latino-americanos, pues su madre fué peruana y, además, ello se siente en su pintura. Las gentes de allá no han tardado de reivindicarlo como suyo. Hay en él esa fuerza creatriz que se halla en el origen de todas las artes, y es verdaderamente milagroso cómo un hombre del siglo diez y nueve haya podido conservar tan intactos y puros los dones transmitidos por sus antepasados". Y al señor Warnod le responden otros críticos franceses, defendiendo la nacionalidad francesa de Gauguin. La polémica, iniciada ya hace muchos años, a raíz de la muerte del artista, acaecida en 1903, vuelve

ahora a encenderse, esta vez en términos decisivos. ¿Gauguin es una gloria francesa o peruana? Mi distinguido amigo, el gran pintor peruano Felipe Cossío del Pomar, me ha dicho lleno de entusiasmo:

—Gauguin, el nieto de Flora Tristán, es, sin disputa, peruano. Es menester que lo reivindicemos como gloria nuestra. Una copiosa y seria documentación histórica lo prueba. Unámonos para esta campaña de reivindicación (*).

En verdad, Gauguin es, por todos respectos, una sensibilidad peruana, cosa que tuve ya ocasión de afirmar hace mucho tiempo, en un artículo escrito para "Paris Times". Los amores temáticos del gran pintor, su fuerza temeraria, su exceso insultante, su simplicidad, están voceando los Andes, el Amazonas, el Cuzco.

Necesario es reivindicar a Gauguin como peruano. Es el primer pintor de América y uno de los más grandes de todos los tiempos y países.

Mundial N° 340, 17 de diciembre de 1926.

* F. Cossío del Pomar ha publicado por lo menos dos libros sobre Gauguin, su remoto pariente: "Vida y arte de Paul Gauguin" (Paris, 1929); y "El Hechizo de Gauguin" (Santiago de Chile, 1938) (Ed.).

EL NUEVO RENACIMIENTO

Regla para distinguir a los grandes juristas.— Sígnos de la decadencia jurídica en Roma.— El tiempo del reposo y el tiempo del trabajo.— Henri de Montherlant, tipo del hombre nuevo.— Paralelo entre la cicuta y el helado Pompadour.— El sueño en los niños, en los jóvenes y en los viejos. Los espíritus novísimos, los "pasadistas" y los mediocres.— Los trabajos y los placeres.

(Especial para Mundial)

París, noviembre de 1926.

Al señor Henry Robert, miembro de la Academia Francesa y primer criminalista de Francia, le han preguntado un día, al anochecer:

—A qué hora suele usted acostarse a dormir?

—Yo me acuesto a las ocho de la noche, —ha respondido sin precauciones el señor Robert.

—Y a qué hora se levanta usted?

—A las seis de la mañana.

Los curiosos y admiradores de Henri Robert empiezan a pensar que los criminalistas son unos hombres del Renacimiento, puesto que, como los artistas del siglo XV, aman la luz del día y se horrorizan de las sòmbras nocturnas. Se cree que los criminalistas odian la noche a causa de que en la noche se comete el mayor número de crímenes y natural es que quienes se empeñan en explicar,

para evitar los hechos criminales, repugnen cuanto contribuya a oscurecer esos hechos y a propiciar a los delincuentes. Sólo las rúbulas vulgares, los abogadillos de guñol, cuyo único papel profesional consiste en enredar y propagar los actos criminales de la clientela, odian lo claro, huyen del día y son por ende, nocherniegos. Tal es la diferencia que hay entre los grandes penalistas y los pequeños, entre los abogados nobles, idealistas y amantes de la justicia y los tinterillos grasosos y depravados. Para reconocer si un abogado es un profesional digno, un hombre de bien, no hay sino que averiguar si es o no trasnochador. Su fotofobia será un síntoma seguro de su pequeñez. En tiempo de la decadencia del derecho romano, muchos de los juristas, tales como Papinianus y Cayus el joven, iban a las audiencias del foro completamente ojerosos y no era raro que se pusiesen algunos de ellos a cabecear de sueño, en pleno público.

Si esta explicación no basta a probar que M. Henri Robert, por el simple hecho de ser un abogado que se acuesta a las ocho de la noche, es un hombre del Renacimiento, traigamos en apoyo de esta tesis la circunstancia de que Henri de Montherlant, poeta claro y armonioso torero y campeón de foot-ball; también se acuesta a las ocho de la noche.

—Tengo un miedo pavoroso a la noche —ha exclamado Montherlant—; apenas cae la tarde, me encierro en mi casa y ya no salgo hasta el día siguiente.

Y nadie podrá negar que Montherlant es un perfecto mozo del Renacimiento Natural de luz, de fuerza y de gracia singularmente animal o "bestiaria", como él la llama; poeta pindárico, de grandes vocalizaciones de gesta; instinto de tierra anti-metafísico, anti-kantiano y anti-bergsoniano; hombría de razón y equilibrio, que, a manera de Sócrates, de beber la cicuta, lo haría, no ya para sellar una misión providencial, sino para probar si el sabor de ese jugo supera.

El autor de "A l'ombre des épées", es, entre los escritores actuales de Francia, el tipo por excelencia del hombre nuevo.

Traigamos, asimismo, a defender el Renacimiento de M. Robert, la circunstancia de que Pierre Mille, por el contrario, no duerme nunca en la noche.

—Y pensar que yo dormía admirablemente hace veinte años, —gime lastimeramente el pobre novelista de folletín.

Nada más natural. Cuando se es joven, el sueño

viene pronto y largo. Esto probará, por otro lado, que trasnochan solamente los viejos, mientras que los jóvenes, apenas ponen la cabeza en las almohadas, ya están al otro lado de las cosas. Los niños, además, duermen veintitrés horas en 24. Se concluye de aquí que la juventud espiritual y física no padece insomnios y que, en cambio, se desvelan y trasnochan únicamente los valetudinarios de cuerpo y alma.

Partiendo de estas consideraciones y retorciendo un poco las últimas consecuencias del tema que nos ocupa, hay quienes clasifican a los habitantes de París, según el tiempo en que duermen, en tres categorías: los que, como Henri Robert y Henri de Montherlant, cierran los ojos apenas cierra la noche; los que, como Pierre Mille y Francis Carco, se acuestan al rayar la aurora; y por fin, los que, como los demás mortales, se acuestan a las doce de la noche, y se levantan a las ocho de la mañana. A la primera categoría pertenecen los espíritus novísimos, que trabajan en el día y reposan en la noche, tal como lo quiere el ritmo científico de la naturaleza; a la segunda categoría pertenecen los "pasadistas", que diría José Carlos Mariátegui, es decir, los que todavía creen en la bohemia, en el "claro de luna", en fin, los que vagabundean de noche, en "Le Bouf sur Toit", "Chez Florence", o los "Ambassadeurs", a la rue Blanche, al Chateau de Madrid, bailando el chárleston o improvisando a su manera poemas, ideales o proyectos industriales, entre una carrera de automóvil, una cena de faisanes, un beso d'avant-guerre y una manito de póker. Por último, a la tercera categoría de habitantes de París, pertenecen los demás, los que podríamos llamar, con criterio parlamentario, "los centristas", puesto que no están del todo de acuerdo ni con los espíritus novísimos ni con los "pasadistas". Esta categoría está formada por las personas respetables, ecuanímenes dentro de su concepción burguesa de la vida, que trabajan durante una parte del día —en lo cual se semejan a los espíritus nuevos— y vagabundean una parte de la noche, en lo cual se parecen a los "pasadistas". Son los buenazos mediocres, que no avanzan como los nuevos, ni retroceden como los retrógados. Las gentes de esta última categoría trabajan, van al teatro o a una visita, leen el periódico, duermen, se peinan y, después de reñir a los criados matinales, salen a hacer ellos mismos sus compras en los mercados, como antes de la guerra, y vuelven a sus casas inmediatamente, para salir y encaminarse atropelladamente, como después de la guerra, hacia el taller o el bureau.

Una vez allí cierran la puerta para atrás y se cogen un dedo en la cerradura. Al mediodía se ponen solamente un poco de yodo doméstico en la herida y toman, por todo alimento, un pedazo de pan negro, como durante la guerra.

Se habrá advertido el rol que juega la guerra en estas clasificaciones de los habitantes de París y en los incidentes que caracterizan la vida de cada categoría. Todavía, y aún por cuánto tiempo más, la guerra manda y mandará en el curso y sentido de las sociedades europeas.

Mundial, N° 341, 24 de diciembre de 1926.

LA FIESTA DE LAS NOVIAS REALES EN PARIS

Las perturbaciones astronómicas europeas. Una noche formada de tres noches apuntaladas.— En París es frecuente que no amanezca.— Bajo el romántico patrocinio de Santa Catalina.— La crisis del hogar moderno.— Pavorosos corolarios de la guerra. En busca de un príncipe encantador.— El drama de la soledad de las mujeres en las grandes urbes.— La "Bohemia dormida" de Rousseau.— El black-botton y las canciones de la guerra.

(Especial para Mundial)

París, noviembre de 1926.

Hoy en París no ha amanecido. En París es frecuente que no amanezca. El reloj marca las siete de la mañana, las ocho, las doce del día, y no amanece. El reloj llega a marcar las cuatro de la tarde, las cinco y las seis de la noche, y no amanece. En París es frecuente que una zona nocturna, marcando las siete, las ocho, las once de la noche y no amanece. En París es frecuente que una noche salte a la noche siguiente sin que entre ambas haya día. Se trata entonces de tres noches apuntaladas, o, lo que es igual, se trata de una sola noche larga, formada de dos noches normales y de un día que no quiso abrir los ojos, es decir, que no quiso amanecer. Hoy ha ocurrido esto en París. Escribo estas líneas a las tres de la tarde

y hasta este momento no ha amanecido. La urbe sigue, desde ayer, sumida en una sola noche larga, en "una sola sombra larga". La actividad y la vida de los hombres han amanecido, y los negocios y el trabajo han vuelto a reanudarse a las horas normales. Pero la luz del día no ha vuelto, ni volverá más por ahora. Faltan unos cortos minutos para que, según ocurre normalmente en esta estación, torne la noche. Así, pues, toda esperanza de luz del día está por hoy perdida. Hoy en París no hay día...

La urbe, sin embargo, se mueve y vive como si hubiera día y como si nada de extraordinario aconteciera en el curso de la luz y de la sombra natural. La urbe ha mostrado abiertos sus almacenes, sus restaurantes, sus bancos, sus oficinas públicas, y la agitación en la calle no difiere en nada a la de los días de luz, a la de los días que amanecen. Solamente hay una pequeña diferencia: no hay luz solar sino alumbrado eléctrico.

Oigo que algunas gentes se preguntan por qué precisamente hoy, día de las novias de París, día de Santa Catalina, no ha amanecido ni amanecerá ya más? La fiesta de las vírgenes, la fiesta de las púberes, está transcurriendo ay! bajo los arcos voltáicos, en lugar de transcurrir, como conviene a los azahares y a la sangre joven, "bajo el gran sol de la eterna armonía". Las vírgenes en flor, las púberes hermanas de Santa Catalina, van y vienen por la urbe, atronando los aires con sus risas, sus cantos, sus pitos y matracas, sus ropas y sus trajes, hoy precisamente hoy que no ha amanecido ni amanecerá ya más en París.

Y, bajo una noche larga y trina y repleta de niebla otoñal, la ciudad ha suspendido a mediodía sus labores ordinarias en honor de las "jeunes filles" de París, de estas criaturas de Dios, como las llamaba Anatole France, que acaban de entrar a la pubertad y abren por primera vez sus grandes ojos castos al amor y a la esperanza. La fiesta muestra su mejor encanto, su gracia y sugestión más románticas y humanas, en las personas de las novias pobres, de "las midinettes", de las pálidas obreritas de la urbe tempestuosa. Las otras, las "jeunes filles" de los palacios y del lujo, han acabado por renunciar a la celebración de Santa Catalina, y miran transcurrir esta fiesta como una cosa extraña a ellas, como algo que únicamente concierne a las clases populares. Pero, por esto mismo, el día de Santa Catalina en París ha llegado a cobrar, sobre todo después de la guerra, un fuerte sabor dramático y humano. La población masculina de Francia es en una tercera parte inferior a la población femenina. Un con-

siderable número de mujeres y viven solas y mueren solas, sin haber logrado formar un hogar. Viven y mueren solas, sin esposos, sin prole, sin eternidad. Apenas han familiarizado con alguna otra amiga sola también, que tampoco pudo formar un hogar. El caso ha sido señalado, desde el primer momento de la escasez de hombres, por Víctor Margueritte. Es un hecho natural o un hecho contra natura? Se puede sí afirmar, por de pronto, que se trata de un hecho lógico y probablemente lamentable. Esta es la impresión que se tiene cuando vemos las diversas manifestaciones y festejos de las "catherinettes" de París. Solas o en grupos, las obreritas recorren las avenidas y bulevares, entran a los teatros y restaurantes, suben a los automóviles y tranvías, invaden las estaciones, las plazas y los jardines, con cigarrillos dorados en los labios, tocadas de grandes sombreros de fantasía, en tul o papel de color, los cabellos cortados a lo Ninón, saltando y entonando en coro terribles canciones de guerra que oyeron, hace unos ocho años, de boca de los héroes triunfales. ¿Por qué estas muchachas de ahora, de faldas a mitad de los muslos, la han dado en cantar, en el florido día de las novias, esas canciones muertas? Por qué, entre un orgiástico black botton, que improvisan y bailan en una esquina, irrumpen de repente aquellas ya viejas canciones que trajeron de las trincheras los esposos, los hermanos, los padres, en fin, los soldados desconocidos?...

Esta fiesta de las novias de París es, en medio de su jolgorio excesivo y epiléptico, una cosa, sin duda, emocionante y dolorosa. Hay entre las niñas que buscan novios de ilusión, príncipes encantadores, o siquiera un Rodolfo Valentino, con un poco de "gigoló" y un mucho de Apolo anacrónico, una que otra cabecita ambigua, extraña e inquietante. Las demás se acercan a esta niña singular y sutilmente varonil y se disputan entre sí por llevarla del brazo o por besarla en la mejilla. Se oyen gritos. Cruzan serpentinando. El público ríe. Se forma un tumulto pintoresco. Luego continúan pasando las comparsas.

Hay otras "catherinettes" que se han reunido para almorzar juntas. A esta niña rubia, de ojos rasgados, alta, hermosa, la conozco. La he visto mil veces almorzar y comer en el restorán "Colbert". Trabaja en los almacenes del Louvre. Siempre sola, a una hora fija, suele llegar y salir del restorán. Tendrá unos veinte años. Hoy está almorzando en una larga mesa llena de flores, acompañada de unas diez amigas. Todas están coronadas de crisantemos y de tules caprichosos. Al entrar, he reconocido in-

mediatamente a la rubia del "Colbert". Estaba enrojecida y sus rasgados ojos de olivo brillaban extrañamente. Hay en la mesa varias botellas de vino ya vacías. La oigo hablar de "buena posición", de "sueldo", de "hotel", de "trabajo". De súbito una de las amigas la ha tomado en sus brazos tierna y fraternalmente. Está llorando su perenne soledad, sin duda, sus días de trabajo inútil, sus estériles esperanzas. Está llorando sus cuarenta años futuros, sin hogar, sin hijos, sin amor ay! sin eternidad...

Existen también entre las niñas que hoy recorren las calles buscando novio, muchas que no se hacen cortar el cabello, que viven sin la esperanza de un amor y que, además, carecen del pan del día y de medios honestos de ganarlo por sí mismas. Estas son las bohemias, de una bohemia inquerida, como reza en el poema de Darío. Conocéis la bohemia inquerida? Oh, qué dolor! Yo sé de esta bohemia y conozco su hueso amarillento, su martillo sin clavos, su par de dados, su gemebundo gallo negativo. Estas "jeunes filles" de París, sin pan y sin techo, a pesar de sus fuerzas y apesar de sus gracias, suelen destacarse en medio de la turba riente, a causa del quebranto de sus gestos, que parten el corazón. Es dable encontrar a alguna de estas vírgenes bohemias, durante las heladas noches de noviembre, dormidas, al pie de un palacio de Rotschild o de una fábrica de Citroën, y dormidas acaso para siempre. Y, como no son las bohemias pasadas, las profesionales finiseculares, que pintó Rousseau, no es posible encontrar junto a sus cadáveres, ni siquiera un violín de Ingres. Solamente las sigue, aún más allá de la muerte, la hiena fosforosa del destino.

Mundial, N° 342, 1° de enero de 1927.

UN GRAN DESCUBRIMIENTO CIENTIFICO

Causa del "surmenage" moderno.— Nueva ofensiva contra las revoluciones, los terremotos y los niños prodigios.— El sentido económico de la naturaleza.— Cómo acaban los torbellinos de la historia.— Picasso contra el cubismo.— La novísima literatura rusa.— Alerta a la juventud literaria de América.— Los Premio Nobel de 1926.

(Especial para Mundial)

París, noviembre de 1926.

Vuelve la ofensiva de los que creen que la vida aborrece las revoluciones. Nada de terremotos ni motines. El proceso de perfección corre a lo largo de un alambre extremadamente delgado, que no resiste convulsas urgencias ni velocidades excesivas. La vida repele las improvisaciones y los saltos. El viejo apotegma "Natura non salus" sobrepuja toda objeción, cuando asistimos a hechos absurdos, a abortos y fracasos momentáneos del proceso lineal de la vida. La vida no quiere estos fracasos. La vida busca realizarse económicamente, es decir, sin desperdiciarse en inopinadas aventuras y precoces alumbramientos. La precocidad es otra de las formas de revolución en la naturaleza, otra de las formas de aborto de la vida. Los niños prodigios nunca han hecho nada grande y definitivo, pese a la opinión general de las gentes que se asustan inútilmente ante los seis años de Mozart, por

ejemplo. Radiguet decía que los niños-prodigio llegan siempre a ser unos hombres mediocres y unas existencias fracasadas. La vida quiere, pues, realizarse linealmente, fluyendo, con justeza y sin apremio, a lo largo de su alambre sutil, de una sutileza heroica y temporal. El tiempo da el diámetro del alambre. No se puede precipitar ni retardar los acontecimientos. "Natura non saltus". No se salta hacia adelante ni hacia atrás. Los políticos reaccionarios, desde este punto de vista, son tan nocivos como los revolucionarios.

La historia nos muestra que los movimientos de sangre han acabado por dar el paso atrás, enmendándose y refrenando sus urgencias y excesos. Fué siempre mucho lo que se quería. La velocidad del movimiento fue siempre tan excesiva, que se rayó en lo contrario de lo que se quería. Napoleón, porta-estandarte de los derechos del hombre, se hace a la postre y acaso sin darse exacta cuenta, emperador. Otras veces, esos movimientos de sangre se reconcilian con las situaciones anteriores, con lo que éstas tienen de justo y natural, en forma más deliberada. Este es el caso del Soviet. Los comunistas rusos van rectificándose y morigerando el exceso de sus propósitos, en organización económica e industrial sobre todo.

Falta saber en qué pararán los polvorazos y sacudimientos que en materia de arte vienen produciéndose, año tras año, escuela tras escuela, desde los días de la guerra, en todo el mundo. En qué parará el cubismo, el constructivismo, el dadaísmo, el superrealismo. Y en cuestión de ciencia, falta saber en qué parará al cinematismo, el avionismo, el radismo y todo este cúmulo de nuevas tentativas de vida, a las que ahora damos una importancia y trascendencia sin límites. Por de pronto, de Picasso y Stravinski ya se ha dicho que devienen clásicos, y León Daudet, inteligente y sincero espíritu, opina ya que el cinema es un arte inmensamente inferior de lo que se cree. En cuanto a los caballos de fuerza contemporáneos, es muy posible que el "surmenage" de las grandes capitales provenga exclusivamente de un desacuerdo entre las posibilidades modernas de la velocidad y nuestros nervios actuales. Ante un aparato telefónico que no responde inmediatamente, las gentes de París revientan de rabia. Se exige de la ciencia demasiado. Queremos que el avión no deba caer nunca. Las interrupciones atmosféricas del radio deben ser totalmente evitables y evitadas. "De qué sirve que haya automóviles, —claman muchas personas, echando espumarajos—, si pasamos horas enteras en una

esquina, sin encontrar uno solo desocupado". Estas personas no se dan cuenta de que la naturaleza no salta. No hay que exigir demasiado de las cosas. Los inventos no son todo lo formidable que se piensa. Para que los aviones nos conduzcan en veinte minutos de París a Buenos Aires y, además, no suframos nunca caídas, pasarán cientos o miles de años más. Entre tanto, oigamos a los que predicán contra los saltos y terremotos, en materia científica y en todo. Estamos en error al ponernos coléricos porque el teléfono tarda en respondernos.

Nuestra sensibilidad ha hecho un falso y excesivo recorrido, ha dado un brusco salto hacia el futuro, yéndose a situar en un punto adonde la realidad telefónica es incapaz de llegar aún. Es hora de rectificarse y morigerar el exceso de nuestro temple motriz. Reconciliémonos con la modesta evolución natural de las cosas. No hay que desbordarse. La rueda de un automóvil dista apenas una aurora muy azul de la pezuña de un buey. Para lo demás hace falta todavía muchos siglos.

En literatura, el movimiento hacia la modernización y hacia el equilibrio está aún más lejos. Todavía hay poetas que hacen versos negros y los caligramas de Apollinaire subsisten como norma de inquietud. Apenas de Rusia empieza a despuntar un nuevo género novelesco, sin corcoveos ni protuberancias clownescas, que no chaplinescas. La novela "El año desnudo" de Boris Pilniak, recientemente traducida al francés, es probablemente el heraldo de la nueva medida, del nuevo equilibrio, del nuevo espíritu. Entre relato intenso y triangulado de dolor, referente a la revolución de 1917, podría ser una alerta para los jóvenes escritores de América, que parecen empecinados en seguir, aún en 1926, mil escuelas literarias europeas, falsas, espectaculares, y, lo que es más lastimoso, lo que ellas tienen de epidérmico, mujeril y "perimé". La juventud de América no debe olvidar que no en vano acaba de transcurrir el octavo aniversario del Armisticio.

M. George Claude, austero sabio francés, ha anunciado ayer a la Academia de Ciencias de París, su invento para convertir al mar en una ingente e inagotable fuente de energías mecánicas. Basándose en la teoría de Carnot sobre máquinas a vapor, M. Claude proyecta transformar en energía mecánica el calor diferencial que existe entre los 25 grados de temperatura que tienen las aguas de la superficie del mar y los 5 grados de temperatura de las aguas del fondo. La experiencia de M. Claude, realizada en la Academia de Ciencias, ha sido concluyente.

Pero he aquí que harán mal los industriales al pretender exigir del invento de M. Claude rendimientos desmedidos y abracadabrantés. Las instalaciones de tuberías y turbinas bajo las olas costarán siempre mucha plata y habrá que contentarse con el hecho de que la utilidad proveniente de esta nueva energía mecánica, vaya aumentando lentamente, pero siempre muy lentamente.

Lo que no será nunca excesivo es la gloria a la que tienen derecho los creadores, en ciencia como en arte. Un Premio Nobel resulta ridículo para hombres tan meritorios como Bernard Shaw y Jean Perrin.

Mundial, N° 343, 7 de enero de 1927.

GINEBRA Y LAS PEQUEÑAS NACIONES

Un juez inútil y muy cobrador.— La Liga de las Naciones sirve, de todos modos, para algo.— Unos diputados muelen café y otros azúcar.— El novísimo código del gesto.— Seis mandamientos de la belleza.— Últimas novedades teatrales de París.— El robo del "Diamante Rosa" de Chantilly.— Joyas de reyes y tumbas de héroes.— Jules Romains y las dictaduras.

(Especial para Mundial)

París, noviembre de 1926.

Dije en otra crónica que la Sociedad de las Naciones se quejaba de que le deben varios países, tales como la China, El Salvador, Lituania, Nicaragua, Bolivia y El Perú. Para eso sirve la Sociedad de las Naciones: para cobrar! No sabe de otra manera de beneficiar a la humanidad, fuera del moderno beneficio de ser acreedor. Creada por Wilson, Presidente de un país acreedor por excelencia, como los Estados Unidos, la Asamblea de Ginebra juega en el mundo un papel preferencialmente acreedor y, antes que ser el órgano mayor de las aspiraciones de justicia de todos los pueblos, es, sobre todo, una oficina que cobra. Así lo piensan, al menos, los países deudores a Ginebra. ¿Qué otros vínculos hay en efecto, entre la Liga de las Naciones y Nicaragua, sino los de acreedor y deudor? Ginebra toma en cuenta a Nicaragua tan sólo para cobrarle y nunca para otra cosa, puesto que la pe-

queña república centroamericana es harto insignificante desde el punto de vista político. Lo mismo acontece entre Ginebra y El Salvador, entre Ginebra y Lituania, entre Ginebra y la China, entre Ginebra y Bolivia y entre Ginebra y El Perú. Es verdad que algunos de estos países ven acaso en Ginebra algo más que un acreedor: acaso ven en ella un plausible juez, que puede ser útil y no quiere o no le conviene serlo, pero que, de todas maneras, cobra gruesos honorarios por pleitos eludidos. Mas, de toda esta tramoya, lo único que sacan en limpio los clientes aludidos es que son deudores a una oficina que les cobra por los periódicos, como a gentes morosas y plebeyas.

La Sociedad de las Naciones, fuera de este rol de acreedor, sirve, además, para enseñar en Europa la geografía de esos pequeños países deudores, pobres, oscuros y remotos... Decía últimamente un cruel escritor político de París: "Los malos espíritus que piensan que la Liga de las Naciones no sirve para nada, están en error. La Sociedad de las Naciones nos hace aprender la geografía. Si no hubiera sido por la Academia de Ginebra, quizás nos habríamos confundido con El Labrador, a la República de Andorra o lo hubiésemos tomado por una moneda análoga al marco-oro. Mas he aquí que desde hoy sabemos que El Salvador se encuentra en la América Central, que su moneda es el colón; que dos colones, —felices colones del Salvador—, valen un dólar; que tiene 1'547,346 habitantes y que es una República. El Salvador tiene, además, una Constitución muy sabia. Hay allí cuarenta y dos diputados solamente y no sesionan sino cuatro meses al año, de febrero a mayo. De junio a enero, los honorables representantes del Salvador son invitados a moler café o pilar caña de azúcar"...

—No señor, —me decía, leyendo estas apreciaciones, el caricaturista salvadoreño, Toño Salazar—. La cosa no es para reirse del todo. Pasé por la caña de azúcar. Pero, por el café...

Mas, yo le he respondido que se deje de ironías en este caso, pues su país es una cosa seria en Ginebra. "El día que El Salvador se enoje, —dijeron en París muchos, con ocasión del veto del Brasil contra la entrada de Alemania a la Liga de Ginebra—, ese día puede temblar el mundo, pues, un voto del Salvador puede por sí solo paralizar de golpe todo el mecanismo de la Asamblea de las Naciones y, en consecuencia, hundir a Francia y Alemania juntas: su voz en Ginebra representa tanto peso como la de la propia Inglaterra".

El gran caricaturista centroamericano había tomado ya su lápiz y, mientras yo le decía todo esto, dibujaba aceleradamente mi cabeza. Luego me decía, trazando mis pómulos difíciles:

—Usted no sabe, por lo visto, el código del gesto. Menester es que lea usted a Thooris, a Thumazeau y a los modernos terapeutas ingleses, que tratan de la gimnasia facial...

Aparte de Alcibiades en la antigüedad y Deschanel en los tiempos contemporáneos, nadie ha poseído mejores resortes científicos de tonicidad muscular en la cabeza, como los biólogos británicos. Lea usted a estos sabios y, no solamente sabrá posar para los artistas malos y para las mujeres bonitas, sino que podrá usted hasta llegar a ser un hombre verdaderamente hermoso.

Entonces, pues, hay el código del gesto. Algunos sabios ingleses se han puesto de acuerdo en que, para ser bello, menester es aprender y practicar los siguientes mandamientos fisiológicos, que constituyen el verdadero código de la mímica: 1º no hay que perder ninguna ocasión para hacer trabajar a los músculos de la cara, sea en el tranvía, en el ómnibus, en el metropolitano; 2º frunza usted la cara cuando pueda; 3º sonría a cada instante; 4º como la hermosura de los ojos sólo puede ser conservada y aún suscitada por el ejercicio continuo de ellos, voltée y mueva usted los suyos en lo posible; 5º ejercite la nariz, oliendo, sorbiendo o respirando fuertemente, a fin de dar agilidad y gracia a ese órgano; 6º hay que masticar mucho y siempre, para mejorar las líneas del perfil. Cumpliendo estas prescripciones de los doctores de Londres, las mujeres pueden estar seguras de que serán bonitas durante toda su vida. “La gimnasia facial, —opina el doctor Thooris—, permite, no solamente conservar la tonicidad de los trazos, sino también luchar contra la pesadez y torpeza de los tejidos, que provocan las arrugas. La belleza es cuestión de salud y, para un morfologista, la salud es el resultado de una lucha perpetua contra la pesadez de los tejidos. Hay que aligerar los músculos faciales por la reeducación y ejercicio continuo de ellos”.

Conforme a este flamante código del gesto, es fácil ver a las mujeres elegantes de París gesticulando sin descanso, en sus automóviles, entre las cortinas de sus palcos teatrales, en las salas de ensayo de los costureros, en el boudoir. El ejemplo lo han dado ya Emma Gramática, la trágica italiana, que acaba de trabajar en el Teatro Eduardo VII, y la lindísima Yolanda Laffón, que juega actual-

mente el rol de reina de "El Dictador", pieza de Jules Romain, estrenada esta semana en el Teatro de los Campos Elíseos. A ambas actrices se les ha sorprendido en plena práctica del "Código del gesto", cuyas prescripciones, al mismo tiempo que las conserva hermosas, les dá facilidades para encarnar mejor los personajes que representan en la escena.

Aquella reina de "El Dictador" estaba irreprochable. Hasta el señor Blum gustó de ella, este señor Blum, socialista y bigotudo, que ha censurado la obra de Romain, porque en ella se trata de un diputado socialista que derriba con un gran discurso un ministerio burgués y, llamado a formar el nuevo gobierno, se convierte instantáneamente en un dictador y de los más absolutistas del mundo: disuelve las cámaras, destierra en cierto modo a los reyes, y, lo que es más gordo, encarcela a todos sus amigos socialistas de la víspera. A Jules Romain le ha atacado León Blum leader socialista del Parlamento francés, y, con este motivo, "El Dictador" ha hecho gran ruido en los círculos políticos y literarios de París.

Este diablo de unanimista de Romain es, sin duda, asaz osado. Ha planteado ya graves situaciones teatrales a base de una ideología social más o menos audaz y comunista. Ahora mismo, la crítica empieza a anunciar, en forma de rumor, que Jules Romain prepara actualmente una pieza teatral no menos atrevida, basada en el robo sensacional del "Diamante Rosa", llamado también "Diamante Condé", que ocurrió hace pocos días en el histórico castillo de Chantilly. Los ladrones se valieron de unas escalas y a las cinco de la mañana penetraron, rompiendo cristales, al Museo, sustrayendo el rico botín, consistente en el célebre "Diamante Rosa", una cruz de diamantes, obsequiada por el rey Joseph al barón Aymand, un bello puñal del duque de Aumale y otras valiosísimas alhajas. El robo está avaluado en tres millones. El servicio de antropometría de París dará hoy o mañana su dictamen sobre las huellas dejadas por los ladrones en el Museo. Entre tanto empieza ya a decirse que dos extranjeros, muy semejantes a los que compraron las cuerdas para la escala del robo, han estado ayer bajo el Arco del Triunfo, a dejar una corona de crisantemos sobre la tumba del Soldado Desconocido. Un periódico que hace notar esta semejanza, ha sido observada y denunciada por uno de sus lectores.

He qué, pues, unos ladrones de diamantes de los an-

tiguos Reyes de Francia, que, luego de vender probablemente estas alhajas, compran unas flores para la tumba de los héroes de 1914. En verdad, hay aquí un sabroso tema teatral, digno de Jules Romains.

Mundial, N° 344, 14 de enero de 1927.

LA MUERTE DE CLAUDE MONET

O el ocaso del impresionismo.— Los apóstoles del arte en pleno aire.— Claude Monet o el nuevo ojo de la pintura.— El impresionismo y los iconoclastas profesionales. Autores predilectos de los sportmen.— Un torneo de absurdos astronómicos.— El mundo dantesco de la Bolsa.— El día astronómico y el día sociológico.

(Especial para Mundial)

París, diciembre de 1926.

Resuena el De Profundis en el aire del otoño, haciendo trizas los linderos. Resuena el De Profundis, en el puro, en el falso, en el lírico bordón de gran parada. Resuenan el De Profundis, el Kyrie, el Sanctus y el Agnus Dei de la "Misa fúnebre" de Schiffels. Resuena el responso de Nanini y el Dies Irae. La lamentación del Pieté Jesús de Fauré se eleva, y se eleva el Beati mourti de Mendelssohn, el Libera me de Rousseau y el Ego sum de Gounod. El instante es solemne y la emoción culmina cuando resuena el Pater Noster. Y, luego, el aire del otoño dobla todas sus rodillas caminantes, de tres en tres, armas a la funerala, cuando desfilan sobre el horizonte los sonos de la "Marche Fúnebre" de Chopin y la de "El Crepúsculo de los Dioses" de Wagner.

Quién es éste que así se muere —preguntaría Verlaine, como en la "Muerte de Felipe II". Quién es éste que así se va del mundo, a "los sonos melancólicos de los salterios

de Sión"? Es Claude Monet. Es Claude Monet, el gran pintor, el jefe del impresionismo. Es Claude Monet, el más ardiente y destacado de los jefes del impresionismo. Es Claude Monet, aquel que pintó "Impresión du Soleil Levant", cuadro que por su nombre y calidad artística, habría de constituirse en paradigma de medio siglo de pintura francesa.

Claude Monet muere a los ochenta años de edad. Muy viejo ya, y casi ciego del todo, Monet era, con Armand Guillaumin, uno de los dos únicos sobrevivientes de la pléyade abanderada del impresionismo.

Monet aportó a esta escuela un gran descubrimiento artístico: la pintura en pleno aire, es decir, el elemento mejor, el aporte más valioso y característico del impresionismo. Era menester abrir las puertas y las ventanas, limpiar las paletas, los pinceles y hasta los propios cascos de los caballetes. Era menester la Luz. Había que soltar al color en toda su fuerza y frescura, en toda su crudeza vital. Y, como las ventanas estaban cerradas hacía siglos, a favor de los hierros del Instituto, fué necesario abrirlas a la fuerza. Monet y sus amigos, Pissarro, Renoir, Sizle, Manet, Cezanne, Guillaumin, abrieron esas puertas, rompiendo los vidrios, las maderas, los hierros y aún echando abajo muchos muros seculares. La nueva estética floreció en las catedrales con las ninfas, los hongos y los álamos de Monet y en ellos vinieron a inspirarse las nuevas generaciones. Monet fué, sin disputa, el alma del impresionismo y "un nuevo ojo de la pintura", como decía de él, Cezanne.

El impresionismo en estos momentos, ha muerto como escuela. En 1908 sucedió a su estética la estética cubista de Picasso. Pero, del ciclo impresionista quedan, sin disputa, obras resplandecientes y nombres imperecederos. Probablemente, el impresionismo fué, después de los románticos, el más logrado de los esfuerzos pictóricos del siglo XIX. Esto es indudable. Vano es que los iconoclastas de todos los tiempos nieguen el valor del impresionismo, para hacer resaltar los posteriores escarceos cubistas, dadaístas y superrealistas. Ya los artistas de post-guerra, pueden, a base de su futurismo científico y sportivo, argüir lo que quieran en contrario. En gustos no hay disputas. Y menos, tratándose de gentes ultramodernas, de gentes sportivas.

En estos círculos se dan las cosas más divertidas y caprichosas. Jean de Lacomottes preguntaba últimamente a los campeones de diversos juegos sportivos cuáles eran

sus autores literarios preferidos. Suzanne Thuault, campeona de ciclismo, dijo que prefería, entre todos los autores, "el autor de sus días". Remy Woll, campeón de nado, dijo que sus autores preferidos eran Maurice Leblanc, Conan Doyle, Zola, Gaston Leroux. Henri Deglane campeón olímpico de lucha, dijo que amaba a Víctor Hugo, Molière, Lamartine. André Reynaud, campeón de atletismo, dijo que prefería a Dumas, Clement Vautel, Hugo, Dekobra. Lucien Mechard, campeón de carrera, declaró que amaba a Hugo, Dumas, Paul Bourget, René Bazin, Henri Bordeaux, Pierre Benoit. Gabriel Poulain, campeón automovilístico, expresó su idolatría por Leroux, Leblanc, Loti.

Como se ve, las gentes de sport poseen, en general, una gran sensibilidad, moderna, modernísima. Los autores literarios preferidos por los sportmen son, según se colige de los nombres citados, los mejores genios del mundo. ¡Pobres Goethe, Shakespeare, Dostowieski, Poe! Estos escritores quedan relegados para ser leídos por los demás mortales que no son sportmen, que no son modernos, que no comprenden el sport, en fin, que no avanzan dentro de los moldes de la nueva verdad humana, que, es, en el fondo la verdad más verdadera, puesto que es nuestra verdad presente.

Sin embargo, existe un autor, que aunque no es leído por los modernistas y sportmen, al menos supervive en nuestros días. Este autor es Dante. Ayer reinó en París un verdadero mundo dantesco, a causa de la tenebrosa obscuridad producida por la niebla otoñal. Ayer a las seis de la mañana no amaneció. Mejor dicho, ayer a las seis de la mañana volvió a anoecer. Hemos tenido una larga noche de veinte y cuatro horas seguidas. Y, como la vida de los hombres está sujeta, más que a la rotación de los días y las noches astronómicas, a la rotación de los días y las noches anatómicas y sociales, a las seis de la mañana, pese a las tenaces sombras nocturnas, todo el mundo, como de costumbre, se levantó, reanudándose, sin mayores contratiempos meteorológicos, la actividad ordinaria de la urbe. Humanamente existió día, a pesar de que astronómicamente reinaron todo el día las tinieblas de la noche.

En medio de la actividad, astronómicamente nocturna y sociológicamente diurna de París, la ciudad ofrecía los más imprevistos espectáculos. En ciertos barrios, como el de la Opera y los grandes boulevares, la noche fué completa y la actividad financiera de la Bolsa, en esa oport-

tunidad daba una sensación verdaderamente dantesca. En las grandes Galerías y el peristilo del edificio rebullía una muchedumbre frenética, resonando los valores y sus fluctuaciones, agitando los brazos sobre las pizarras y los carteles, saliendo y entrando, las caras afiladas de angustia. Hubo una interrupción de la electricidad y apenas una que otra lucecilla interminente arrojaba sobre los rostros reflejos de zozobra, calofriantes y fantásticos.

En cambio, sobre el Sacré-Coeur y Montmartre caía del cielo un suave resplandor azul, como en un amanecer inacabable. Por el lado de Versalles y Saint-Cloud, el espacio se vió cruzado de vivos meteoros irisados, como una erupción volcánica de los últimos días de Pompeya. Un poniente de sol verde y doloroso, alumbró un buen rato sobre el Arco del Triunfo y Longchamps.

En suma, París era ayer el teatro de un extraño torneo de absurdos astronómicos. Ante ellos nada son los más irregulares decoradores impresionistas ni los maquillajes de las más recientes mujeres de Montparnasse.

Mundial, N° 347, 4 de febrero de 1927.

LA JUSTA DISTRIBUCION DE LAS HORAS

Las disyuntivas de la atmósfera.— La suerte del último romántico.— El teatro cuyas representaciones duran tres días cada una.— Contra el aburrimiento de los días invernales.— Más sobre la influencia de los negros en París.— El Premio Nobel de la Paz.— Un nuevo sport de invierno: el push-ball.

(Especial para Mundial)

París, diciembre de 1926.

Ahora que en París los días son, a causa de la niebla, tan oscuros como las noches más lóbregas, todas las gentes sufren mil sucesos imprevistos. Los sufren todos. Y todos están también de acuerdo en que nada debe ni puede lograrse fuera del curso normal de la naturaleza. Los propios hombres de trabajo, los grandes exigentes de la voluntad, no llevan su acción hasta el punto de transigir por ejemplo, con las sombras excesivas, por muy pragmáticas que ellas fuesen. El señor Renault, el señor Citroën, el señor Poincaré, que son grandes trabajadores de París, saben que existe una rotación natural en el curso de las horas, sin la cual todo esfuerzo fracasa. A las horas de luz deben seguir las horas de sombra. A las horas de trabajo deben seguir las horas de reposo. Los grandes trabajadores de Francia, al igual que el norteamericano Ford, aman el orden, el equilibrio, la justa basculación de los trabajos y los días, como base de hermosos frutos de

toda labor. Hay cosas que no deben hacerse sino en ciertas horas del día o de la noche. Hay cosas que realizadas en la noche, representan un desequilibrio, es decir, una inconveniencia, una lesión al ritmo regular del tiempo. Aún más, podría afirmarse que hay cosas cuya plena eficacia depende del estado de la atmósfera, del calor reinante o de la clase de luz de cada instante. Los grandes trabajadores, los grandes pioneros del éxito, lo saben muy bien. Un poco más cortas las tardes de Locarno o un poco más tardío el sol en ocultarse y, seguramente, el señor Briand y el señor Stresseman no habrían ganado este año el Premio Nobel de la Paz, y la concordia europea habría fracasado para siempre. Un poco más breves o largas esas tardes lacustres de la Suiza neutral y el señor Briand habría seguido siendo pobre, el señor Stresseman, republicano y europeo, esta elástica amazona de la mitología, habría sido lanzado trágicamente del lomo del terrible toro, cediendo al arduo cosquilleo político del viento...

La justa o irregular sucesión de la luz y la sombra mira, asimismo, hacia el lado del fracaso de las cosas. Estos grandes hombres de labor conocen también hasta que punto una noche demasiado larga o un día muy nublado pueden determinar las derrotas, las faltas y las caídas de los hombres. Jean Richepin se hacía tomar un día fotografías para los prolegómenos de la película "Chemineau", que se filma actualmente en los alrededores de París. Las placas fueron tomadas en pleno aire. El objetivo vibró. La cámara obscura guardó lo suyo. Jean Richepin volvió a ponerse el abrigo y a caminar. Pero, la muerte había ya también abotonado sus botones superiores. Y cuando Richepin entró a su casa de regreso, se encontró consigo mismo, justamente a la altura del espejo de su lecho. Una neumonía hizo lo demás. Jean Richepin ha muerto. Fácil es comprender que, por muy fotogénico que fuese el autor de las "Blasfemias", alguna cabeza de fósforo debió de haber fallado de encenderse ese día, ya en el fuego del gran sol o en el fuego de los ojos del fotógrafo. Decididamente no es posible sustraerme de la influencia de la atmósfera. Por eso mismo, no es nada bueno un día demasiado nublado, en el que no se ve ya nada y hay necesidad de encender focos eléctricos, a espaldas del corazón humano y de los astros.

Si, a causa de estos trastornos atmosféricos, hay quienes pueden o no recibir premios de Oslo y hay quienes pueden o no recibir la visita de la muerte, pero también existen los demás, que por lo general no llegan en este caso

más que a aburrirse admirablemente. Porque no hay cosa más aburrida que la sombra. La luz es rica en variaciones nerviosas. La sombra es, sin remedio, simple y absolutamente, invariable, monótona, angustiosa, aplastante. La mucha luz, a lo más ciega. La mucha sombra mata. La mucha luz atañe solamente a la extensión. La mucha sombra atañe a la profundidad. Se aburre uno a fuerza de fondo. El aburrimiento, contra lo que alardean las personas muy ocupadas, es gran trayector de un hombre o de una raza.

Para los aburridos de los días oscuros de París, acaba de terminar Georges de Bouhelier una obra teatral cuya representación durará por lo menos tres días enteros y seguidos, con sólo algunos entreactos para que el espectador pueda beber, comer y dormir un poco.

Así las gentes podrán distraer sus largas noches de invierno. Se entrará al teatro para quedarse en él tres días sin salir, como quien entra a una clínica. Nadie podrá salir del local mientras dure la representación de la obra. Se entrará y ya no se saldrá sino al tercer día, como en el Nuevo Testamento. Al efecto, se construye un local especial, dentro del cual habrá restorán y unas butacas semejantes a cunas infantiles, a fin de que el espectador que quiera dormir, duerma. Habrá también baños. Las madres quedan autorizadas para llevar a sus niños, con sus respectivas baterías de puericultura. Por otro lado, el teatro de tres días ofrece una gran ventaja, cual es la de conjurar en parte la crisis de la habitación. Por último, el teatro de Bouhelier representará solamente tragedias. Definitivo.

Y, como si el teatro de tres días no sea bastante a divertir los oscuros días de este invierno, se empieza a hablar de un nuevo sport de la estación, que será introducido en París próximamente. Se trata del push-ball, una especie de rugby africano para mujeres, que se diferencia del rugby europeo en que el balón, en vez de estar en el suelo, se mantiene en el aire por un gran número de manos, listas para atraparlo, apenas caiga. Algunos encuentran en este sport un gran efecto plástico, pues recuerda mucho el célebre grupo en bronce de Carpeaux. "Las cuatro partes del mundo", donde aparece el globo terrestre, sostenido en el aire por las mujeres de todas las razas, a las que la tierra arrastra, girando el torno de su eje. El push-ball hará su aparición en un gran music-hall de París y en el primer match tomarán parte célebres

artistas europeos. No se tiene todavía detalles acerca del traje que convendrá llevar en este sport, como no sea tenue, arrogante y natural que usan las mujeres musculosas y sombrías de Togbao.

Mundial, N° 348, 11 de febrero de 1927.

LOS PREMIOS LITERARIOS DE FRANCIA

El premio Goncourt y el premio Fémina. Los quinientos premios de la Academia Francesa.— La opinión pública y la moralidad de los jurados.— Las fuerzas del torneo: autores, editores, académicos, críticos.— Lo que cuesta una cena de Pascua. M. Briand, solterón y diplomático.— El dinero y la tristeza de París en Navidad.

(Especial para Mundial)

París, diciembre de 1926.

El Premio Goncourt no ha de ser dado al mejor libro del año, sino al autor que, aunque no ha escrito grandes obras, ha demostrado sin embargo, poder escribirlas más tarde. El Premio Goncourt se da al autor de esperanzas y no a la gran obra realizada. Por lo menos, así nos lo han dicho este año. Muchos, y Frédéric Lefèvre a la cabeza, creían que Georges Bernanos sería indefectiblemente el laureado, en mérito a su libro "Bajo el sol de Satán", obra consagrada por la crítica como la más grande de las publicadas en 1926. Pero, de repente en vísperas de ser adjudicado el premio, un miembro de la Academia Goncourt salió a decir que no. Salió a decir que "Bajo el sol de Satán" es ya un libro demasiado famoso por sí solo para que necesite de la fama que da el Premio Goncourt. Y el público ha venido entonces a recordar que, en efecto, en tesis general, los premios literarios se dan únicamente a los que comienzan, a los incipientes, en fin, a quienes

han menester de estímulo para producir lo que llevan en potencia en el cerebro. Puedan, pues, los públicos extranjeros recordar en esta ocasión que el famoso Goncourt no es para los grandes autores, sino para los aprendices.

Este mismo valor tienen en París los demás premios literarios? Este mismo sentido tiene el Premio Fémina, que sigue inmediatamente en importancia al Premio Goncourt? No parece ser así. Hay casos, al menos entre los laureles que discierne la Academia Francesa, de grandes palmas literarias otorgadas a escritores maduros y hasta muertos, tales como Georges Courteline, el general Mangin, Tristan Bernard, François Mauriac y otros. Ante esta cuestión de premios literarios quizá valdría más atenerse a lo que opinan ciertos bellos escritores epilépticos, como Picabia y Breton, que creen que la existencia actual de tan crecido número de premios literarios en Francia, testimonia un alarmante grado de decadencia intelectual. Al efecto, se señala la circunstancia, muy significativa por cierto, de que cada año la Academia Francesa reparte alrededor de quinientos premios literarios entre pecuniarios y meramente honrosos.

En cuanto a la moralidad de los jurados de estos premios, la opinión pública se halla también muy dividida. Tratándose del Premio Goncourt en particular, se sabe que cada académico tiene su "Poulain" y que cada editor tiene asimismo el suyo. Leon Daudet tenía este año a Bernanos. Albin Michel tenía a Kessel. Cada uno de los otros "diez" y de los demás editores de París patrocinaban a otros tantos candidatos. Ello se deduce de los cuadros de los escrutinios sucesivos de la sesión. En cada uno de los turnos electorales los votos se reparten de uno en uno entre tantos candidatos como cuentan los electores. Los escrutinios hablan de un desacuerdo endiablado entre los académicos. La independencia con que se hacen los sufragios es absoluta. En un cónclave no domina, probablemente, más auténtica libertad de sufragio. Además, hay otra circunstancia que nos confirma la moralidad del jurado. Cuando el premio fué otorgado a Henri Deberly, éste ni siquiera lo sospechaba. Encontrábase en ese instante almorzando en un restorán de Montparnasse. Sonó el teléfono, en el preciso momento en que Deberly liquidaba un sabroso escalope de hígado de vaca y rábanos.

—El Premio Goncourt a mí?... —exclamó fuera de sí el laureado—. Eso no puede ser. Sin duda hay un error. Yo no conozco a ningún miembro de la Academia Goncourt. Es imposible...

Henri Deberly decía que él no podía ser el agraciado porque no conocía a ninguno de los "diez". Algunos periódicos hacen constar esta exclamación de Deberly y deducen de ella hasta que punto en Francia se tiene la conciencia de que los premios de esta clase son otorgados siempre cediendo a móviles extraños a los méritos intrínsecamente artísticos de las obras. A esto hay que añadir el escándalo producido hace dos años, cuando fué premiado Thierry Sandre. Aquella vez declararon los miembros de la Academia Goncourt de modo particular y cada cual por su cuenta, que hablaban en puridad durante el año, puesto que nadie tendrá la inocencia de creer que los académicos tuviesen tiempo y paciencia de leer los miles de libros que se publican en Francia en un año, ni mucho menos de cotejarlos en conciencia y escoger de entre todos ellos el mejor. Se dice "el mejor libro del año", por decir algo, pero no hay tal.

En vista de estas circunstancias, tan contradictorias como reveladoras, a la opinión pública no le toca sino mirar con indiferencia estas pintorescas carreras de caballos, que son los Premios Literarios en Francia, en los que se dan todos los caracteres de verdaderos espectáculos hípicas: los "poulains", que son los candidatos: los dueños de studs, que son los editores; los jockeys, que son los miembros de los jurados y, en fin, las apuestas, que las hay, y muy fuertes, por parte de los aficionados.

Así son la mayor parte de los actos peculiares de las academias e instituciones. O son sabrosos números de turf o son, a lo más, grandes recepciones de gala a un Presidente Wilson o al Rey de los Belgas. En este último caso, esas instituciones se producen en forma más inocente aunque no menos espectacular.

De todos modos, Deberly, laureado de los Goncourt, y Charles Silvestre, laureado del Premio Fémina, diez mil y cinco mil francos respectivamente, han pasado preciosas Pascuas, por mucho que la carestía de la vida no les haya permitido mayores licencias. Una cena en el *Ciro's* o en el *Café de París*, a trescientos francos y champagne a doscientos francos la botella, puede servir de base para una jornada de gastos que no retroceden más acá de la mitad de cualquier premio literario. Agréguese unos pitos de oro, unos bonetes de seda, una máscara de marfil y unas guirnaldas de auténticos sarmientos del Extremo Oriente, y se tendrá el total del Premio Goncourt y del Fémina juntos.

En París ninguna suma es demasiado grande. Sobre

todo, si la suma proviene de un Premio. Aún al señor Briand, premiado por la Academia de Oslo, no le habrá sobrado mucho dinero para su noche de Noél. Solterón incorregible, diplomático vencedor en cien Ginebras, hombre de la malicia fina y sonriente (pues la diplomacia y el amor actuales están hechos solamente de malicia), el señor Briand, con sus sesenta años, necesita de mucho dinero, de ese dinero tan caro al protocolo y al flirt contemporáneo.

Y para quienes no haya Premio de París ni de Noruega, la fiesta de Navidad transcurre bajo un helado cielo de tristeza, y las almas huyen lejos, hacia las tibias tierras del recuerdo, como pájaros de fragata, hendiendo los cálidos mares de la esperanza, como los submarinos y las velas.

9

Mundial, N° 348, 18 de febrero de 1927.

ULTIMOS DESCUBRIMIENTOS CIENTIFICOS

La sordera curada por medio del ruido.— Divagaciones estéticas y exactitudes científicas.— Microcosmos humano y microcosmos en marcha.— La mejor arteria urbana de París.— La construcción del bulevar Haussmann duró setenta años.— El invierno en las montañas, en los lagos y en las calles.— Destino de las viudas de guerra.

(Especial para Mundial)

París, enero de 1927.

Un gran físico inglés acaba de descubrir un ingenioso aparato para curar la sordera. Viajando en automóvil con un amigo sordo, se dió cuenta de que cuando el carro hacía más ruido, su acompañante le oía mejor sus palabras. Luego de largas experiencias en su laboratorio, el profesor ha podido llegar a construir un "vibrador", destinado a emitir vibraciones de gran intensidad, que van más allá del límite de percepción normal de la oreja. Un sordo, sometido a oír este excesivo ruido, de manera regular y cotidiana, ha alcanzado a comunicar a sus orejas un inusitado poder de percepción de tales sensaciones. Se espera que el ensayo culmine en la curación definitiva e infalible de la sordera.

De este invento se pueden colegir regocijadas y perfectas paradojas. Alguna vez escribí yo, a propósito de

las mutabilidad de los símbolos estéticos, que el color negro no es la negación de todos los colores, sino una sensación óptica positiva, al igual que el blanco, que es la suma de todos los colores. Dije también, que, en materia de óptica, el negro y el blanco valen por igual en fuerza reveladora del mundo visible, puesto que el blanco y el negro son los polos del equilibrio de este mundo y nadie sabe, al menos hasta ahora, cuál de ellos es el positivo y cuál el negativo. Para saberlo, menester sería saber previamente cuál de estos colores da mayor impresión de infinito. El infinito es blanco o negro? Probablemente el infinito carece de color, es decir, no es blanco ni negro. El color limita.

Y, siguiendo este discurso, dije que no hay que atribuir a las cosas un valor beligerante de mitad, sino que cada cosa contiene posiblemente virtualidad para jugar todos los roles, todos los contrarios, pudiendo suceder, en consecuencia, que el color negro simbolice a veces, según los hemisferios y las épocas, el dolor o el placer, la muerte o la epifanía. Y, llevando aún más adelante este discurso, dije que en materia auditiva un gran ruido puede a uno quitarle el sueño o dárnoslo. Puede suceder que una persona, según el sistema nervioso, no pueda conciliar el sueño en el silencio, sino bajo la acción de un ruido endiablado. En fin, afirmaba yo, asimismo, que uno puede volverse sordo a causa de oír un silencio excesivo. Más todavía, ese silencio excesivo e inaudito puede llegar hasta causar la muerte. Pitágoras sostuvo que los hombres oyen en el aire, de modo ordinario y natural, un ruido formidable, terrible: el ruido producido por el paso fatal del universo. No lo percibimos ni nos damos cuenta de él, porque hemos nacido con él y aún, desde siglos de los siglos, la oreja humana lo trae en sí y en torno suyo. Si el hombre, al nacer, se sintiese de súbito abandonado por el ruido de los mundos, quedaría muerto al punto. El físico inglés, al curar la sordera, no ha hecho sino aplicar estos principios. No ha dado la muerte con un gran silencio, ni con él ha ensordecido a nadie, pero, en cambio, ha devuelto el oído por medio de un gran ruido. Mañana ese mismo físico podrá matar con solo descargar un gran estruendo en una oreja o curar la sordera con un silencio excesivo. La ley es la misma en todos los casos; varían sólo sus consecuencias y aplicaciones.

Y esto prueba que esta cosa posee una gran multiplicidad de valores vitales y que, por ejemplo, un frío puede llegar a ser tan fuerte que produciría la combustión.

Cada cosa contiene en potencia a todas las energías y direcciones del universo. No sólo el hombre es un microcosmos. Cada cosa, cada fenómeno de la naturaleza es también un microcosmos en marcha.

Con tal de que esta marcha no se haga a lo largo de un bulevar, porque ello sería muy moroso, debido a los embotellajes de la circulación y debido a que las nuevas vías urbanas se abren lentamente, cada setenta años. El bulevar Haussmann se empezó bajo Napoleón III y solamente ayer, domingo quince de enero (1927), acaba de terminarse y ha sido entregado al tráfico público. Esta nueva inmensa vía de París, cuya apertura ha dado lugar a mil demoliciones y expropiaciones, ha costado mil doscientos millones de francos. Unicamente el terreno costó sesenta y dos millones, pues ella mide unos dos mil quinientos metros desde lo que fue el antiguo bulevar Haussmann hasta la plaza de la Bastilla.

Este bulevar será muy pronto la más ancha y larga vía de la ciudad, en la que ha de sentirse, como en ninguna otra parte, el sutil y prepotente pulso de la vida de París. Sobre su gran calzada, recién pavimentada, empiezan a verse a las mujeres elegantes ir y venir, en sus tibios trajines de invierno, bajo la nieve, bajo el viento.

En los helados lagos de París y en las nieves pirenaicas y alpinas patinan las mujeres y mueren los cisnes y los osos blancos. Pero en los bulevares de la urbe, los vientos vengan a los pobres animales, soplando en dirección de las mujeres, como en las religiones fabulosas.

Sólo que en tratándose de mujeres, no hay malos vientos nunca. Ni los vientos de la muerte. Las mujeres europeas enviudaron en 1914 a millones, y, según reza la estadística, un cuarenta por ciento de ellas se van casando de nuevo anualmente. En Inglaterra se casan 4,500 viudas de guerra al año. Y, a falta de un segundo marido, el charleston es muy buen remedio contra los malos vientos del corazón.

Mundial, N° 352, 11 de marzo de 1927.

UNA GRAN REUNION LATINO-AMERICANA

Dos esferas de intelectuales hispano-americanos.— Escritores oficiales y escritores no oficiales.— Labor del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual.— Un discurso de M. Louchar y otro de Gabriela Mistral.— Hispano-americanismo e Indo-americanismo.— La continuación histórica en el nuevo mundo.— Otros importantes acontecimientos del día.

(Especial para Mundial)

París, enero de 1927.

Hay en París, desde hace pocos años, dos esferas de artistas y escritores de América: la oficial y la no oficial. La esfera oficial está formada por quienes vienen a París a brillar y triunfar y por quienes, debido a sus cargos diplomáticos, están obligados a una vida espectacular y cortesana, que muchas veces está lejos de agradarles. La esfera no oficial está formada por quienes vienen a París a vivir libre y honestamente, sin premuras de llegar, ni preocupaciones de relumbrón. La esfera oficial opera de smoking y, en todos los actos públicos, pasa lista y dice en el protocolo: presente! La esfera no oficial opera en particular tácitamente o, mejor dicho, no opera sino actúa, que es muy diferente.

Desde hace relativamente pocos años, existen en París esos dos hemisferios de artistas y escritores transatlánticos.

Quizás desde hace sólo unos quince años, cuando uno que otro rebelde como Blanco Fombona y otros colegas se aburrieron del mujeril espejeo de las revistas ilustradas y las recepciones y salieron al bulevar a tirar piedras sobre los salones luminosos y las glaucas redacciones. Posteriormente, esta tendencia se ilustraba con Diego Rivera, Vicente Huidobro y otros. En la actualidad ambas clases de intelectuales están tan separadas una de otras, que muchos elementos de entre ellas no se conocen ni de vista. Permítaseme una nota personal: yo estoy en el número de los escritores hispano-americanos no oficiales. Mi vida podrá ser todo lo modesta y lacrada de faltas que se quiera, pero procuro vivirla, siempre honestamente, es decir, sin traicionarme ni traicionar a los demás. No es que yo desdeñe por sistema y a priori ese oficialismo. Lo desdeño porque, después de haberme asomado a él cediendo a mi inquietud, lo he hallado desagradable, opuesto a mi manera de ser y, sobre todo, superior a mis fuerzas y aptitudes cortesananas. Los banquetes, los bailes, las reuniones con lecturas y té, violentan a tal punto mi sensibilidad, que antes que ello prefiero sufrir una epidemia, con todas sus consecuencias.

Mi excelente amigo, el eminente escritor boliviano Alcides Arguedas, ha conseguido ayer, como otros buenos amigos lo han hecho ya en otras ocasiones, hacerme ceder momentáneamente, llevándome al Instituto Internacional de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones, donde ha tenido lugar una reunión de intelectuales hispano-americanos. En el Palais-Royal encontré al mundo oficial de escritores transatlánticos, casi en pleno. M. Loucher, Presidente del Instituto, planteó la orden del día de la reunión: de cómo debía procederse para hacer conocer en Europa la producción intelectual y artística de la América Latina. En el curso de sus palabras, M. Loucher dijo que era menester que se haga conocer en todos los idiomas, nuestras obras maestras, ramas recién florecidas de la gran tradición europea. Por su parte, Gabriela Mistral dijo que para llevar a cabo esa versión proponía gestionar la participación de un delegado español, el que podría ser el jefe moral del Comité que se encargue de dicha labor. "Si prescindimos de España —dijo—, haríamos una cosa fea y manca".

M. Loucher quiere que Europa conozca lo que su cultura ha engendrado en América? Muy insignificantes cosas hemos producido bajo la égida cultural de Europa. M. Loucher. Unos pocos pensamientos de Bolívar y Sar-

miento; unos breves paradigmas de estilo de Montalvo y Ricardo Palma. Nada más. Que resulta todo esto, al lado de los formidables y múltiples jalones del pensamiento humano que, ustedes, los europeos, han dado con Homero, Shakespeare, Cervantes, Dostoiewski? Puede estar usted seguro, M. Loucher, que no vale la pena la versión de nuestras obras. En cuanto a lo propuesto por Gabriela Mistral, ello nos prueba precisamente que lo que va a traducirse no nos pertenece del todo, puesto que ese jefe moral español va a dar tono y sentido a nuestras obras, sellándolas con el pase del ordinario. La idea de Gabriela Mistral demuestra que carecemos, no solo de personalidad literaria, sino de mayor edad intelectual.

Desde que aún necesitamos de tutor, hay que convenir que seguimos siendo una sucursal europea y, por consiguiente, falta acento propio, valor original a nuestras obras. Gabriela Mistral acaba de sostener, como quien no hace la cosa, que el pensamiento novomundial es todavía colonial. De acuerdo.

De acuerdo. Cuanto de intelectual se ha producido en América con posterioridad a la colonización española, inclusive la poesía de Gabriela Mistral, no ofrece más que un muy mediocre interés para Europa. Toda la producción hispano-americana, —salvo Rubén Darío, el cósmico—, se diferencia poco o casi nada de la producción exclusivamente española. Y es, justamente por esto, que advierto a M. Loucher que si va a hacerse la versión de las obras intelectuales suscitadas en América por la tradición europea, casi nada, desgraciadamente, vamos a ofrecer de importante al mundo.

Pero, la cuestión puede ser posible por otros respetos. La versión que hay que hacer es de las obras rigurosamente indo-americanas y precolombinas. Es allí donde los europeos podrán hallar algún interés intelectual, un interés, por cierto, mil veces más grande que el que puede ofrecer nuestro pensamiento hispano-americano. El folklore de América, en los aztecas como en los incas, posee inesperadas luces de revelación para la cultura europea. En artes plásticas, en medicina, en literatura, en ciencias sociales, en lingüística, en ciencias físicas y naturales, se pueden verter inusitadas sugerencias, del todo distintas al espíritu europeo. En esas obras autóctonas, sí que tenemos personalidad y soberanía, y, para traducirlas y hacerlas conocer, no necesitamos de jefes morales ni patrones. Lo otro no es trabajar por el incremento de nuestras posibilidades y realizaciones efectivas, sino truncarlas y

destruirlas. Porque no debemos olvidar que, a lo largo del proceso hispano-americanizante de nuestro pensamiento, palpita y vive y corre, de manera intermitente pero indestructible, el hilo de sangre indígena, como cifra dominante de nuestro porvenir.

Tal ha sido, esta reunión en el Instituto de la Sociedad de Naciones, el acontecimiento de mayor interés novomundial realizado en estos últimos días en París. De otra suerte de encanto informativo son el proceso y condena de Rizziotti Garibaldi, por traición a Mussolini y a todos los políticos de la tierra; el proceso y condena del coronel Maciá, por su movimiento separatista catalán; la muerte de la ex-emperatriz Carlota de México; la visita del Lord-Maire de Londres a París; la muerte de Turpin, el célebre inventor de la melinita, terrible explosivo empleado en la última guerra, y los funerales del Emperador del Japón.

Mundial, Nº 353, 18 de marzo de 1927.

LA RESURRECCION DE LA CARNE

Resonancias mesiánicas en los Campos Elíseos.— El sueño de una noche de Noel.— Audacias del réclame comercial.— La eterna simulación de la vida.— Una clientela de viudas de buena voluntad.— Todo resucita y lo demás es cosa de fé y de ilusión.— Vuelve la moda del pantalón a la rodilla.— Nada hay de nuevo ni de viejo bajo el sol.

(Especial para Mundial)

París, febrero de 1927.

Ahora que los grandes almacenes de modas hacen su exposición de blanco, construyendo dentro de sus vitrinas regocijadas motivos de decoración a base de piezas de ropa albeante, recuerda la clientela el delicioso ingenio decorativo, desplegado por esos mismos establecimientos, en las recientes exposiciones de Pascua y Año Nuevo. Hubo creaciones sorprendentes, por la sutileza de la composición, por la audacia de los resortes automáticos, por la aguda actualidad temática, por el poder de ilusión a gran torraje. El "Bon Marché" mostraba, entre otras curiosidades, el sueño de un niño, la noche de Noel. Esto era un simulacro perfecto, casi vital. El cálido niño de marfil dormía tranquilamente y el ritmo de su respiración subía y bajaba entre las sábanas. De improviso su rostro se bañaba de una expresión neumática de ensueño; sus labios se entreabrían de sonrisa y sus párpados se alzaban

solicitados por cazurras pupilas de relojería. A la sombra del dormitorio sucedía un suave resplandor. Los ojos del niño descubrían entonces maravillados la figura barbada y beatífica del buen padre Noel, asomando a su lecho. Otra corriente eléctrica, de diversa frecuencia, hacía después desaparecer la visión encantada en la obscuridad. El niño, luego de buscarla con sus ojos de celuloide, plegaba sus labios, se cubría con las frazadas y, al quedarse de nuevo dormido, el ritmo de su pecho de marfil reanudaba sin violencia el simulado curso biológico... Eso era un simulacro perfecto, casi vital. Un muñeco había logrado suplantar a un niño de carne y hueso. Contemplando de cierta distancia aquel remedo, era difícil distinguir si allí estaba actuando la vida verdadera o un simple fantoche. Las gentes asistían a ese ensueño, hechizadas, es decir, embaucadas deliciosamente.

Pero, las necesidades del réclame comercial y, sobre todo, la inquietud hiperfísica de París, no se detiene nunca. En una polícroma vitrina de los Campos Elíseos se ve en estos días un espectáculo incomparable en el género. Se trata de un espectáculo que se desarrolla solamente a la hora del anochecer, a la hora en que los ojos de los hombres son incapaces de negar una amable caída al Más Allá. El público se detiene y contempla.

—¡Ah! —exclaman las señoritas románticas (que las hay): — no son de carne y hueso, pero allí están muy bien. Muy bien. Es una adaptación modernísima, le dernier cri del automatismo y del sprit.

Las preguntas se multiplican, se cruzan. Alguien, un señor de bigote a lo Gastón Doumergue, y que no lleva la Legión de Honor, se atreve a preguntar a una empleada de la casa:

—Y ustedes tienen ya mucha clientela?

Y como la empleada es mujer, sonríe y responde, palpándose el collar de perlas chinas:

—Mucha. Una clientela creciente.

—Y ustedes trabajan en vista de modelos vivos o en vista de fotografías?

—Nuestros trabajos proceden de ambas maneras, aunque, en verdad, la obra es más factible y más perfecta sobre modelos vivos. Pero nuestros artistas son, ante todo, creadores, en el amplio sentido de la palabra...

—Entonces, ustedes pueden resucitar a los muertos?

—Ni más ni menos.

La casa comercial expone en sus vitrinas una gran multitud de muñecas en diversas materias, que figuran.

con una fidelidad desconcertante, originales de personas muertas. El negocio es magnífico para sus creadores, como para la clientela. Una viuda inconsolable, verbigracia, puede mandar hacer allí, pagando naturalmente su valor, un muñeco que retrate al pie de la letra a su difunto esposo. La imitación es irreprochable. El nuevo vivo anda por sí mismo, mueve sus articulaciones movibles, vuelve los ojos, habla, respira, se sienta y... piensa y siente. Puede exigirse más? La simulación es absolutamente perfecta. Ejemplos de ellas son esa caterva de resucitados y de vivos que actualmente evolucionan y viven su vida relativa ¡oh misericordioso señor Alberto Einstein! en la vitrina luminosa de los Elíseos. "Se tiene verdaderas ganas de tenderles la mano", exclama un comentarista bien educado.

La viuda del ejemplo puede tener, pues, a su difunto esposo, en plena simulación vital, es decir, resurrecto. El calor de sus ojos, su talle, la ondulación de sus cabellos, en fin, su profundo psiquismo, emanan de su total actitud y hasta de sus trajes que él gustaba en su primera vida. Lo demás, —almas de fe, corazones de candor, pieles hiperestésicas—, es cosa de un poquito de buena voluntad y de vehemencia.

No falta quienes, por simple gana, sin duda, de defender el principio de que nada hay de nuevo bajo el sol, vean en este inocente arte de resucitar a los desaparecidos, una cosa tan antigua como la Restauración. Existen, en efecto, algunas siluetas en no sé qué museo de París, hechas hacia 1840, de la misma añagaza de las de ahora, con sólo una diferencia de perfección a favor de nuestros días; los demás arguyen que, justamente todo progreso radica nada más que en una mayor perfección, y que si nada hay de nuevo bajo el sol, nada hay tampoco de viejo bajo el sol. Los axiomas son, posiblemente, las cosas más falsas, aún en las propias esferas físicas del universo.

La inquietud del hombre es eterna. Sus conquistas, perfectibles al infinito. Todas estas maravillas mecánicas de hoy, —los muñecos de los Campos Elíseos, como los rascacielos del Wall Street—, no serán mañana sino groseras formas de nuestra inquietud.

No nos engañemos. No confundamos. Nada se repite y nada se va del todo. No hay vueltas ni adioses. Hay solamente el ser, uno y múltiple, ido y venido, variable y constante. Si hoy el señor de Waleffe lanza la moda del pantalón a la rodilla para el hombre, no quiere decir esto que tornamos a la época de los Luises. Así también con la

moda que acaba de lanzarse, de sombreros de todos los colores para el hombre.

Existe, sin duda, diferencia, entre un duque del siglo XV y ese aguerrido caballero elegante que anoche, en el baile de los "Petits Lits Blancs" de la Opera, se atrevió a lucir, por primera vez en París, un hermoso pantalón de terciopelo, a la altura de una rodilla que se ha hincado en Verdún heroicamente.

Mundial, N° 356, 8 de abril de 1927.

LOS IDOLOS DE LA VIDA CONTEMPORANEA

Hacia la disciplina de la justeza.— Fin del espíritu revolucionario.— Necesidad de un examen de conciencia individual.— Movimiento a favor del buen sentido.— Risas neumáticas y lágrimas de precisión.— El miedo de los hábiles y la fe de la vida.— Equilibrio; nó regresión.

(Especial para Mundial)

París, marzo de 1927.

La hora del equilibrio se avecina. Tienden aún las revoluciones a postular sus máximas exigencias; pero, del fuego mismo de las rojas banderas, empieza a brotar, a la derecha, la verdegueante yema de otra bandera: la del control fecundo. Y, poco o mucho, el tinte del pendón y el de la yema, obedeciendo a una nueva gracia de modos comunicantes, vendrán a madurar la esperanza y a refrescar el fuego de la sangre. Poco a mucho, el centro vendrá a abozalear al espumoso belfo. Ya viene el equilibrio. El propio espíritu revolucionario presiente ya la necesidad de las contrarias disciplinas de ponderación y justeza. Basta de pataleos de pesadilla y de angustioso barroquismo. En el orden político, artístico y económico, los ensayos culminan ya y se presiente el advenimiento de las fórmulas cabales, de las fórmulas creatrices. Porque sólo lo cabal crea. Sólo la máquina, cuyos resortes y piñones han encontrado un ritmo orgánico, es decir, un ritmo

infalible de repetición cardíaca, quiero decir, de prosecución constructiva, está decapitada para funcionar y para funcionar vitalmente.

De esta era de exceso a que asistimos, vivir para lo menos excesivo. Lo excesivo es bueno solamente a condición de ser exceso de vida, y nunca exceso de cabeza, ni exceso de patas. Y, a lo que nos parece, de esta época de extremos no operará en el porvenir la extrema izquierda, la extrema derecha y ni siquiera el extremo centro. Operará en el porvenir solamente lo justo, lo exacto de exactitud histórica.

La boga popular en que están cayendo los revolucionarios es el mejor signo de la agonía de las revoluciones de post-guerra. Ya es difícil encontrar una persona que no sea revolucionaria o, al menos, que no esté adherida al revolucionarismo contemporáneo. Todos y no por snobismo sino sinceramente, vanguardizan en política con los comunistas integrales, en economía con el marxismo, en literatura con el superrealismo, en música con el jazz-band, en artes plásticas con los negros, en ciencia pura con Einstein, en ciencia aplicada con el cinema, en gimnástica con el tennis. El pueblo goza ante todo hasta el espasmo. Como se ve, ya no existe lucha alguna entre los hierofantes de estas nuevas modalidades de vida, y la vasta y cabezuda clientela. Tales revoluciones han logrado una victoria absoluta. Su jornada histórica, en cuanto espíritu revolucionario, está, pues, cumplida.

Que se quiera más? No vemos la causa del espectáculo que ofrecen esos revolucionarios, cuando saltan a mitad de los grandes bulevares a gritar, con voz de Daniel en el foso de los leones:

—En verdad os digo que las vanguardias salvarán a ios hombres. En verdad os digo que los vanguardistas son los enviados de Dios. Abominad a los que no creen en Charlot, en Josephine Baker, en Lenin, en Einstein, en Suzanne Lenglen, en el radio, en los versos con punta, en la Tour Eiffel, en Tuney, etc....

No vemos el por qué de estas imprecaciones ni contra quiénes se dirigen, si, como nos dice la experiencia diaria, todos estamos conformes con los flamantes y ya gloriosos enviados de Dios. Quien es aquél que no lo está? Quién es aquél que ha negado la divinidad de la negra Baker, de Einstein, de Douglas Fairbanks ni de Dempsey? Millones de millones de hombres se arrodillan al paso de estos ídolos auténticos. Las porterías, los cocineros, los ministros, los reyes, los pobres, los ricos, los meridianos

y los polos de la pobre tierra, los adoran unánimes. A los vanguardistas del Soviet, no se diga; a esos vanguardistas que, como el Embajador de Rusia en Inglaterra, dejó, a su muerte, una fortuna de varios millones de libras en oro sonante. No sabemos, pues, de qué incomprensión se quejan los apóstoles de la revolución.

Pero ya estamos en vísperas de que se inicie el otro movimiento, aquel que ha de ir contra lo que hay de truco, de ingenio, de habilidad mecánica, de antivital, en fin, en todos esos fanatismos de post-guerra. Ese movimiento no será de reacción, ¡oh triste Pero Grullo! sino de equilibrio dinámico, de justeza evolutiva y de ese buen sentido que predica Keyserling, tan caro a los creadores, a las brújulas, al concierto cósmico.

Ese movimiento vendrá a poner llave y medida a nuestra época. Y ese mismo movimiento cribará los valores actuales, separando la granza del grano. Nadie sabe lo que saldrá de ese acto de justicia y de rigor. Temo por los habilidosos, por los prestidigitadores, por los técnicos, por los teorizantes, por los "jongleurs" del colmo, por los sutiles héroes del truco, por las risas neumáticas, por las lágrimas de precisión.

Y respondo por lo que de vital haya en esos fanatismos. Que, probablemente no habrá mucho.

Mundial, N° 358, 22 de abril de 1927.

RELIGIONES DE VANGUARDIA

Polémica sobre el cine y sobre Charles Chaplin.— Conflicto entre el cine, el circo, el music-hall y el teatro.— Consecuencias mundiales del divorcio de Charlot.— Una opinión de artista y una opinión de hombre.— Cismas entre los cinemistas.— Douglas Fairbanks y Tío Jim, personajes de comedia italiana.— Espíritu y hombres de las minorías modernas.

(Especial para Mundial)

París, marzo de 1927.

En estas disputas acerca del cinema, nadie sino un profano está autorizado a opinar. En asuntos cinematográficos, como en todas las artes, los iniciados y profesionales son los menos llamados a opinar, cuando, sobre todo, se trata de situar el alcance libremente humano y extra-técnico del arte. Así, pues, hoy que se busca determinar si el cinema llena un rol artístico supremo y si, por consiguiente, posee propios y peculiares medios de expresión, independientes de las demás artes, la opinión de los críticos, autores, actores, meteurs-en scène, carece de autoridad. Ni Jean Epstein, ni Louis Delluc, ni Jannings, ni el mismo Chapin, dirían lo que debe decirse. Los técnicos hablan siempre como técnicos y rara vez como hombres. Es muy difícil ser hombre, señores norteamericanos! Es muy difícil ser esto y aquello, artista y hombre, al mismo tiempo. Un hombre, que es artista, ya no puede hacer ni decir nada que se relacione con el arte, sino como artista. Un poeta juzgará un poema, no como un simple mortal.

sino como poeta y así sucede con los cineístas. Abel Gance, *meteur-en scène* de "Mater Dolorosa"; Douglas Fairbanks, protagonista de "El Pirata Negro"; Charles Chaplin, autor, *meteur en scène* y actor de "En pos del oro"; León Mousciac, historiador y ensayista del écran, no alcanzarán a expresar un justo criterio acerca del destino total y humano del film. Ya sabemos hasta qué punto los expertos se apalean entre los hilillos de los bastidores y se fracturan la sensibilidad, caídos por el lado flaco del sistema, del prejuicio o del interés profesional.

En los debates del cinema pueden opinar, a lo más, los escritores libres, los que nada tienen que ver con aquellas entretelas de la profesión. Por esto, me place, en esta polémica, una idea de Paul Valery, de André Suarez de Braise Cendrars o del doctor Allendy, estén o no a mi gusto. Pero, en general, sólo vale en esta cuestión el parecer del hombre rigurosamente profano que no sea, naturalmente, un inculto.

Ya los lectores sabrán que, a raíz del juicio que a Chaplin le sigue su ex-esposa, Lita Gray, un arduo revuelo polémico se ha suscitado en el mundo, respecto de la personalidad artística de Charlot y, por ende, respecto del valor estético del cinema. En París, un grupo de escritores, encabezados ¡cosa rara! por el poeta católico Max Jacob, ha hecho la defensa y apología de Chaplin y del écran. De otro lado, un segundo grupo de escritores, a cuya cabeza figura André Suarez, carga contra el charlotismo. Un gran periódico parisién publica, en esta ocasión, una encuesta sobre el valor del cinema, del circo, del music-hall y del teatro moderno, en la que aparecen opiniones de muy significados escritores y artistas de París. De este conflicto nadie sabe aún lo que saldrá. Quién sabe caiga el teatro, o el music-hall, o el circo, o los tres juntos, en obsequio al arte mudo. Nadie aún lo sabe.

Lo esencial de la encuesta se reduce a saber si el cinema existe o no como un arte nuevo e independiente de las demás artes, y, en caso afirmativo, cuál es el estado de su desarrollo y cuáles sus posibilidades para el porvenir. La polémica sobre Chaplin tiende, en el fondo, a resolver idéntico postulado. Nadie, repito, presiente los términos definitivos de la solución. Por de pronto, puede ya deducirse del debate, que "la religión cinematográfica o charlotesca", como la llama sarcásticamente André Suarez, tiene acaparado a un 90 por ciento de la población del globo terrestre. Un 8 por ciento está constituido por enemigos acérrimos e irreconciliables del cinema. El 2 por ciento

restante está formado por gente libre y cambiante, que, siguiendo los vaivenes de su gusto y las peripecias del desenvolvimiento del cinema, logran dar entonación humana y sincera a sus ataques y a sus elogios, sin sistematizarse ni dejarse llevar por modas ni escepticismos troglodíticos.

Existe el cinema? Fuego! Fuego! La pregunta, a estas horas, quema ya y pocos se atreven a responder negativamente. Un 90 por ciento, hemos dicho, están listos a votar por la existencia del cinema. El 8 por ciento votan, con todas sus manos, en contra. Ni uno ni otro bando, son pues, honestos, porque ambos están fanatizados.

Sólo interesa la opinión libre y humanamente variable, según el múltiple proceso del espíritu del 2 por ciento restante de las gentes. Cuando estas gentes niegan la existencia del cinema, la niegan honestamente. Cuando la afirman lo hacen también honestamente. Al primer grupo pertenece "todo el mundo", al segundo pertenece "otro todo el mundo" y al tercero pertenecen los mejores.

Entre los adoradores del écran, los hay —sin contar el grueso público y operando entre unidades—, que fundamentan su fe cinematográfica en muy sintomáticos motivos. Madame Rachilde prefiere el cinema, porque es más barato. Bill prefiere el cine porque "nada hay en el circo, en el teatro, ni en el music-hall de comparable al genio de Chaplin". Gabriel Trarieux cree y espera en el écran, porque es un arte mundial. "Aparte de la música, —dice Trarieux—, muy pocas obras artísticas irradian a lo lejos". Dominique Braga cree y espera en el cinema, porque es el arte de la quinta dimensión. "El *meteur-en scène*, —dice Braga—, llegará a penetrar, desde el ángulo de la *praside-vue* en el interior de su personaje, para interpretar su vida cinematográfica, es decir, de una manera, a la vez, plástica e intelectual" y así sucesivamente.

De vez en cuando, se oye una voz disorde, una bofetada al aparato, un bostezo irreverente. Es Leon Daudet. O Georges Kaiser. O Henri de Naussanne. O el propio André Suarez. O alguno que otro cineísta desengañado o moroso, que, como Galtier Boissière, confiesa la partida oblicuamente. "En la actualidad, —afirma Boissière—, el cinema no es más que un arte de intérpretes y con mucha justicia se ha comparado a Douglas, Tío Jim y otros a los personajes de la comedia italiana".

La polémica continúa y, en ella, las apuestas a favor del cinema crecen con cada nacimiento y aún con cada muerte.

Mundial, N° 359, 29 de abril de 1927.

LA REVOLUCION EN LA OPERA DE PARIS

Ruidoso festival vanguardista.— “Las Coéforas” de Milhaud y “El Rey David” de Honneger.— Relaciones e independencia de las artes entre sí.— Escollos de compositores y de críticos.— Guerra a los clichés.— Beethoven, el más músico de los músicos.— Pecados y actos de contrición del cronista.— Las caídas del hombre y las del técnico.

(Especial para Mundial)

París, marzo de 1927.

Un paso queda por dar a la música y es su independencia completa de las demás artes. Dominique Braga sostiene todavía que todas las artes deben prestarse entre sí sus medios de expresión y, lo que es aún más grave, sus procedimientos. “Lo esencial, —dice Braga—, es que cada arte, por encima de tales puntos de contacto, ofrezca un lenguaje esotérico y peculiar, no asimilable por las otras artes”. Así, pues, la música participa todavía de las artes plásticas, de la danza, de la literatura y del cinema. La *música pinta, esculpe, construye, decora, versifica* y se mueve. Todavía los músicos componen con dibujos, colores, perspectivas, masas, resistencias, altura, nivel, cesura, rima, transposiciones, planos, visiones fragmentarias, distancias, tiempos, gestos y trucos. Todavía Ravel titula una pieza suya “Pavana” (título originariamente de dan-

za) para una infanta difunta”, y Faure presta de Homero el nombre de Penélope para dárselo a una de sus obras. Hasta el propio Erik Satie cayó en la zancadilla, al componer muchas de sus piezas con los nombres de estatuas, ludiones, corazas, monedas y maderas. Sin embargo, existen y es posible crear títulos exclusivamente musicales, como los de sinfonías y sonatas. El que menos se ha salido de la música propiamente dicha ha sido Beethoven, a causa, justamente, de ser el compositor más puro y más grande. La mayor parte de sus obras se titulan simplemente sinfonías, adagios y sonatas. ¿No será entonces posible un arte musical que, empezando por los títulos de las composiciones, se baste por sí mismo, acusando personalidad sustantiva e independencia absoluta de las demás artes? Porque lo que pasa con los títulos de las piezas, sucede con el propio cuerpo estético de las obras. Todavía existen obras a base expresa de armonía imitativa”, como en “El Tamborín” de Kreisler, o de luz y color, como en “La isla placentera” de Debussy, o de volúmenes y pesos, como en “Tres movimientos perpetuos” de Poulenc, o de acción cinematográfica, como en “Los dos pichones” de Messager, o de danza, como en ciertos “Croquis” de Satie. (Ya he dicho en otra ocasión que el futuro de la danza será, así como su completa independencia de la música, no sólo en cuanto al acompañamiento, como lo quiere Alfonso Reyes y lo ha realizado Isabella Echerzsaray, sino en cuanto a la estructura estética y al procedimiento.

Críticos y ensayistas llevan al extremo esta mescolanza e hibridismo de las artes. Cuando quieren exponer y estudiar una obra musical, todavía se valen de valores y términos prestados a la literatura, a la plástica, al cine. La haraganería de mollera y pericardio les ata para juzgar a la música, es decir, con sensibilidad y maquinaria estrictamente musicales. Se trata de una ópera? Echan mano al libreto, a la tabla literaria. En “Boris Godounow”, el crítico dirá que las súplicas del pueblo, reunido en el patio del convento de Novedievitch, para que Boris acepte la corona de zar, están magistralmente expresadas en el prólogo de la partitura. El crítico exclamará: “El acento cívico ataca, más que por medio de los coros, por medio de los saxofones. Diríase un simple movimiento de ansiedad anatómica, a lo largo de los bronquios. Si la presión atmosférica alcanza en cada aro respiratorio una que otra interlínea extra-anatómica, será por instinto social de la elevación. Los saxofones allí son irresistibles. Un pue-

blo no debía dirigirse a sus dirigentes político por medio de memoriales en papel sellado, sino por medio de suspiros en saxofones. Boris cederá, más que a la palabra de los señores del Imperio y de los dignatarios eclesiásticos, al viento fascinante de la orquesta..." etc., etc. Todo, a base de los datos del libreto.

Otras veces el conchabaje para el juicio lo sacan del título. En la "Primavera" de Grieg, el crítico aludirá, naturalmente, a la eclosión de una flor en cada nota, al rumor de alas en el aire escandinavo, al tibio aliento suave del sol de la mañana... Ni más ni menos. Exacto. Traducción fiel. Sondaje certero. Espejo de gran reflexión. En este caso, se hace una literatura excesiva sobre una música, asimismo, literaturizable al infinito.

Pero, cuando los críticos llevan a una obra musical sin título, sin libreto, ni explicación alguna, se caen del trapecio y se salvan refugiándose en tópicos de técnica y estilo.

Algo de ello sucede ante casi toda la obra de Beethoven. La falta de libreto, lo genérico y vago, en fin, lo musical de los títulos, repudia las interpretaciones de cliché. Es esto y aquello o no lo es. Y, en cuanto al procedimiento, es inútil toda exégesis.

Y pensar que yo también he hecho a veces lo que esos críticos. Dios mío! Sálveme, al menos, el que yo no hago de crítico. Como hombres, todos tenemos derecho a la caída. Como expertos, la cosa cambia. Precisamente, en esto reside la diferencia entre hombre y técnico. El hombre que yerra, está muy bien y no estafa a nadie. El experto que se equivoca, estafa a los demás y está muy feo.

El gran festival extraordinario que la Opera ofreció ayer, con las "Coéforas" de Darius Milhaud y "El Rey David" de Arthur Honegger, dos de los más jóvenes compositores franceses de vanguardia, exigiría otro modo de exégesis distinto del corriente.

Mundial, Nº 360, 6 de mayo de 1927.

LA INOCULACION DEL GENIO

Sutiles expedientes del "boudoir" moderno.— Un genio a palos.— Mecánica secreta de las vigas.— Futura igualdad de las inteligencias.— Los divorcios aumentan en invierno.— Las sorpresas de la naturaleza. Una buena paliza quita la estupidez.— Humorismo en la ciencia y en el arte.— Accidentes del trabajo y accidentes de la lógica.

(Especial para Mundial)

París, abril de 1927.

A un pobre obrero le cae de repente en la cabeza una enorme viga. Del golpe y de resultas de ese golpe, la fisiología cerebral del obrero sufre un cambio radical: una gran sangría de las sienas le torna un genio. Ha habido allí uno de esos desvíos excesivos de piñones, que de una máquina de envolver cigarrillos hace una máquina de desenvolverlos o que de una miel muy dulce saca acritud. El accidente acontece en París, en Berlín o New York y no en otro lugar, porque no en todas partes cae una viga a plomo en la brutez de los obreros. Esto es posible únicamente en los lugares y ambientes donde las vigas o necesitan de mucho peso para dar luz o de poco nivel para dar sombra. En otra parte la viga habría, a lo sumo, causado el dolor en la familia del obrero y el pago por parte del dueño de la construcción de una indemnización por accidentes del trabajo. Pero, en los grandes bulevares

de París, el accidente trastornaría cauces profundos de la vida del obrero y de la sociedad, pues el nuevo genio queda en posesión de un 99 por ciento de posibilidades para convertirse de golpe y por resultas de ese golpe en la cabeza, el señor entre los hombres y elegido entre las almas. Es obvio hacer la salvedad de que, si esa enorme viga cae, no ya en la cabeza de un obrero, sino en los pies del dueño de la construcción o en el pecho de un simple y desinteresado transeúnte, las consecuencias del accidente cambian totalmente.

Como se ve, la naturaleza no quiere si no un pretexto para darnos sus mediavueeltas. Esto apareja ley sin excepción, número exactamente divisible. Unas veces el pretexto reside en un palo en la nuca y tenemos el genio a palos, o al menos, un ladrón de Stevenson o un médico de Molière. Otras veces, el pretexto viene jineteando en una aguja terapéutica y entonces tenemos que, por influjo de una vulgar inyección hipodérmica, un sujeto totalmente genial, —un Dostoiewski o un Shakespeare—, puede convertirse en un imbécil absoluto, metafísico, admirable. En todos estos casos, la naturaleza ha tomado un pequeño pretexto para voltearse los guantes burgueses y lucir al revés arlequinesco e inesperado.

El camino o truco para obtener tales metamorfosis queda así abierto y expedito. Partiendo de aquí, todo es posible en la materia. El profesor inglés Low, de Londres (en Londres tenía que suceder) podrá entonces formular declaraciones de esta envergadura: "La teoría del cerebro sintético acaba de ser encontrada. No queda más que desenvolverla y aplicarla. La teoría consiste en que si, por ejemplo, un hombre que se ocupa de descubrimientos, de industria o de literatura, posee una viva imaginación, pero tiene una memoria débil, podemos estimularle a voluntad las glándulas de la memoria. Si la falla concierne a la imaginación, podemos igualmente vitalizarla y curarla. En ciertos casos podemos aún producir un summum de imaginación y llegar a hacer de un sujeto corriente un superhombre. Todo esto equivale a asegurar que un día muy próximo podremos inocular el genio a un individuo, como se inocular un suero cualquiera, por medio de una simple inyección hipodérmica. Vamos, pues, a contrarrestar seriamente las leyes y taras de la herencia, remediando de golpe la gran desigualdad humana que pretende que tal hombre sea inteligente y tal otro idiota. No habrá entonces más imbéciles. La necesidad será curada como se cura la tifoidea o el paludismo.

Entendido. Con tal de que una sociedad compuesta de genios de igual potencia creadora no nos mate de tedio y de monotonía. O que, como en una novela de Chéster-ton, no lleguemos a perder el sentido de la desigualdad y de la diferenciación a tal punto que ya no sepamos distinguir nuestra mano derecha de la izquierda.

Decididamente, estos hombres del Támesis se resbalan de una manera asombrosa y casi irreprochable. El profesor Low, el de la inoculación del genio, como Chéster-ton, el de "El hombre que fue jueves".

Dichosos ellos que, al menos, pueden así divorciarse de las necesidades de la lógica. Hay otros que no se divorcian ni de sus mujeres. Un alto magistrado de París declara que los divorcios se hacen cada día más escasos. "Solamente en invierno, —ha dicho el buen juez—, los divorcios aumentan y a tal extremo que, por juzgaros, no tengo tiempo ni de besar a mi esposa, razón por la cual ésta acaba de solicitar, a su turno, nuestro divorcio, fundándose en mi falta de calor en el invierno"... Una diestra escritora de París, —que no es por cierto la Condesa de Noailles ni madame Rachilde, que ya lleva abolido por los años todo peligro de divorcio—, opina que el asunto de las frecuentes separaciones conyugales en invierno, tiene una explicación muy natural: los esposos, a causa del frío, permanecen más tiempo dentro del hogar, creándose así un ambiente de aburrimiento insoportable. Mientras más triste es el cielo invernal, el hogar es más amable y retentivo, y el divorcio, —aunque parezca paradójico—, se impone a la postre y sin remedio. Todo ello se encadena lógicamente e inevitablemente. En París las causas y los efectos asumen goznes increíbles, aunque justos.

Una sola fuerza vence a estos goznes dolorosos, en París como en todas partes. Una sola fuerza puede evitar a las mujeres el divorcio: la belleza. La esposa ya marchita y crepuscular, que no quiera separarse de su esposo, puede ocurrir a los ingeniosos procedimientos para embellecer que la especialista Lina Cavallieri propone en sus recientes tratados del boudoir moderno, fileteados de oro e ilustrados por el célebre Pavil.

Mundial, N^o 362, 26 de mayo de 1927.

ORIENTE Y OCCIDENTE

(Especial para Mundial)

París, abril de 1927.

Una reciente encuesta promovida por un gran diario de París, acaba de aclarar en parte, exacerbándolo en mucho, el conflicto entre el Oriente y el Occidente. Las respuestas enviadas por eminentes políticos, escritores y filósofos, ponen de manifiesto una fuerte discrepancia de opiniones. Los criterios extremos están marcados, de una parte, por Henri Massis, que cree con Maurras, que el Asia mira extrañamente a Europa, procurando arruinarla, y, de otra parte, por el austero orientalista francés, Louis Massignon, para quien el Oriente no hace más que pedir cuentas a Europa de su alma destruída. “Nosotros hemos pulverizado a los orientales, en nombre de la civilización, —dice acusadoramente M. Massignon—. El Oriente está cansado de nuestra hipocresía y habría preferido que le dijéramos francamente que necesitamos de sus materias primas y de sus mercados para nuestros productos manufacturados. Nuestras guitarras de la libertad y del derecho suenan ya a falso en sus oídos. Se le ha engañado como se engañaba a los electores. Su xenofobia es, pues, justa”.

Los golpes de Massis y sus amigos contra el Oriente y contra los orientalistas, más o menos francos o disimulados tales como Lenine, Curtius, Keyserling y Spengler, son golpes defensivos. Massis no quiere dominar el Oriente, sino defender a Europa de lo que él llama “el peligro oriental”. En cambio, los golpes de Massignon y de los demás orientalistas de la encuesta, son golpes ofensivos,

por lo menos, violentas demandas por delitos de lesa cultura y humanidad, que ellos se encargan de denunciar y precisar uno por uno. Europa desconoce totalmente el Oriente. Se han explotado las riquezas orientales sin medida ni moral alguna. Existían en el pasado del Oriente muchas cosas interesantes y los europeos las han hecho desaparecer por completo. En fin, la acción europea ha producido la débacle de la vida y de la cultura del Oriente. Es hora, pues, de que el Occidente rinda cuenta de esta ruina absoluta del espíritu oriental...

Entonces, todo el mundo se pregunta: Los pueblos del Oriente son capaces de organizarse económicamente fuera de Europa y contra Europa? Solamente el Japón posee industria. La India, el Egipto, la Turquía, empiezan recién a organizar la suya, y sus fábricas están todavía en embrión. En el Oriente musulmán no hay todavía nada. Pero la impotencia actual contribuirá allá a aumentar el odio, ese odio con el que aquellos pueblos nos empiezan a conminar al juicio de la historia.

Y el mismo señor Massignon se encarga de definir este juicio, con las siguientes palabras de conciencia: "Desde Cristóbal Colón, todos los europeos cargamos los pecados de la mala colonización. Hemos arruinado las filosofías y las religiones del Oriente. Los orientales no creen ya en nada. Un vacío inmenso se ha producido en la vida del Oriente y allí sólo cabe la anarquía o el suicidio. Una gran desgracia las aflige: han perdido su alma y la han perdido por nosotros. Ahora la reclaman de Europa y tal es la terrible cuenta que tenemos que rendir ante el Oriente..." palabras tremendas son éstas; voces apocalípticas, corneta de Juicio Final. Porque estas afirmaciones salen de la conciencia honrada de un hombre insospechable y sabio en la materia. M. Louis Massignon, que es Profesor del Colegio de Francia, ha vivido largos años en Marruecos, en Egipto, en Bagdad, en Constantinopla, en Jerusalén, en los Dardanelos, en Siria. Sus declaraciones acerca del Oriente nada tienen de literarias y diplomáticas, como las de Paul Morand, ni de eclesiásticas y cortesananas, como las de Tagore. M. Massignon, que no sirve los intereses de ninguna cancillería, ni felicita con voz de pastor alemán a los reyes y dictadores europeos, es un escritor libre. No es siquiera un apóstol ni un correo de gabinete. M. Massignon habla solamente como un hombre.

Y quién podría decir de América lo que del Oriente dice M. Massignon? Quién podría denunciar, una vez

por todas, que en América hemos perdido también nuestra alma y que la hemos perdido por Europa? Porque en América (hablo de América Latina) los europeos nos han arruinado todo, filosofías, religiones, industrias, artes y, del mismo modo que en el Oriente, hay desde el arribo de Colón, un terrible vacío en nuestra vida. “Al Oriente sólo le queda ahora la raza y el país”, —dice Massignon. A América le quedarán también la raza y el país, al menos?...

Mundial, N° 363, 27 de mayo de 1927.

EXPLICACION DE LA GUERRA

París, abril de 1927.

Un hombre que ha llegado a adquirir sensibilidad química o, más precisamente, farmacéutica, está, sin duda, capacitado humanamente para ser herido. Un hombre que ha descubierto el yodo, ¿qué ha de hacer sino buscar el ser herido o, por lo menos magullado? Un pueblo que en mitad de una ráfaga de obuses, puede sacar un poco de éter y unos finos bisturíes de su invención, para operar, inmediatamente a un sargento y evitarle una gangrena, es, sin réplica, un pueblo que disfruta del derecho a la batalla. Si no se enoja mucho M. Barbusse en la cárcel, ni el señor Briand en el Quai d'Orsay, séame posible aventurar que la guerra es acaso hermosa, entre otras cosas, porque existe el cloroformo. Filosóficamente, toda herida tiene su remedio; metafísicamente, a todo remedio corresponde una herida. Científicamente también es así. Hay ingentes virtudes medicinales, inéditas en la naturaleza. Para suscitarlas, en bien de la humanidad, existe un sólo y único reactivo: el dolor. Todo remedio reclama, pues, una herida.

Pero, los moralistas de buena voluntad podrán sostener que no es el remedio el que antecede a la herida y la suscita, sino al contrario: primero, se produce la herida y luego se busca el remedio. Los grandes descubrimientos de medicina y cirugía, —se dirá—, se producen a raíz de las grandes matanzas. Si no hubiera guerra, no sería posible ningún descubrimiento en la materia. Son, pues, las heridas las que hacen nacer los remedios y no al revés. A lo que los grandes místicos de la ciencia podrán argu-

mentar muy sutilmente que en verdad, el potencial farmacéutico existe ya, desde, siempre, en la naturaleza y que el dolor no viene más que a precipitarlo. Esto mismo sucede con todas las energías científicas. El petróleo artificial, por ejemplo, que acaba de ser descubierto y fabricado por el eminente químico francés M. Audibert, en su laboratorio de Genlis, existía ya en potencia en la naturaleza. “Los elementos constitutivos de los hidrocarburos que forman el petróleo, —dice un crítico de ciencia—, se hallan dispersos en las formas naturales. De lo que se trataba solamente era de provocar su combinación, lo que se ha logrado por el maravilloso fenómeno de la catálisis”.

De todos modos y puestos de lados estos debates técnicos a cerca de la relación de causalidad entre la química farmacéutica y las guerras, no será mucho si se sostiene, por lo menos, que sólo Alemania, Francia e Inglaterra, tienen derecho a guerrear, a causa de haber creado métodos de cirugía, fórmulas medicinales, cuerpos terapéuticos, instrumentos clínicos, medicamentos. La guerra es buena o mala? Hay sus teorías. De lo que se puede estar seguro es que, si la guerra es mala, lo es menos cuando la hacen grandes pueblos creadores. En cambio, de ser mala la guerra, lo es más cuando la hacen pueblos inferiores, que los hay. Y que, desde el punto de vista de la creación, un fusil es, —dígase lo que se quiera en contrario—, una muy bella cosa, funcionando en manos de su inventor. En manos de su inventor. En manos de otro, que no lo haya inventado pierde todo su sentido estético y biológico y se torna una cosa monstruosa y antivital. Un fusil arranca de manos de su inventor, de modo orgánico y casi vegetal, y puesto en otras manos, ajenas a su invención, denuncia suplantación, fraude biológico. Debe causar una emoción de afirmación vital, el espectáculo de un soldado alemán, pongamos por caso, que cae en una batalla y, de pronto, despierta y siente,—constatándose así mismo en todo ello,— que le asiste un cirujano alemán, que le aplican remedios de invención alemana, en fin, que vuelve a ganar la vida, por esfuerzo y creación alemana... Ese soldado se siente entonces en su propio hogar histórico, en el seno de su propia entraña cultural, que es la entraña más cara del hombre.

No hay aquí nacionalismo, cuestiones raciales y ni siquiera culturales. Aquí hay una cuestión profundamente humana, un imperativo de creación común a todos los hombres, una necesidad de hogar cultural, Georges Duhamel ha referido, tal vez, la emoción que el hombre debe sentir

del dolor, al sentirse socorrido y salvado por obra de su propio estado de cultura, es decir, con los frutos de su propia vigilia creadora? . . . La ha referido tal vez el mismo Barbusse? Tal vez Thiérry Sandré? o Apollinaire? o Drieu La Rochelle? Merece este momento de la trinchera haber sido auscultado. Pero aquel sujeto salvaje, aquel pobre hombre sin historia, a quien se le da un fusil para que vaya a ciegas al campo de batalla, ha de sufrir sordo sufrimiento de violencia histórica, cuando siente que una mano extranjera, —aún siendo de su misma raza—, y sin nexo con su propio temple creador, le aplica en su herida un medicamento, igualmente extranjero a su estado de cultura. Ese fusil que él manejó no fue hueso de sus manos, y ese medicamento con el que va a ser curado, no es sangre de su sangre.

Un hombre cuyo nivel de cultura, —hablo de la cultura sanguínea y vital—, está por debajo del esfuerzo creador que supone la invención de un fusil, no tiene derecho a usarlo. Un pueblo cuyo nivel de cultura está por debajo del esfuerzo creador que supone un descubrimiento, tampoco tiene derecho a hacer la guerra.

Salvo mejor parecer.

Mundial, N° 364, 3 de junio de 1927

Esta obra se terminó de imprimir el
4 de mayo de 1960, en los Talleres
Gráficos P. L. Villanueva, S. A.
Jirón Yauli 1440-50 - Chacra Ríos.
Lima, Perú.

